Imanol Caneyada

LA FIESTA DE LOS NIÑOS DESNUDOS

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

IMANOL CANEYADA

LA FIESTA DE LOS NIÑOS DESNUDOS

TUSQUETS
EDITORES

Cada vez que veo un mendigo borracho,
sucio, alucinado, apestoso, tumbado con su botella
en la acera, pienso en el hombre del mañana
ensayando su final y lográndolo perfectamente.

E.M. Cioran

Nada era verdad
excepto el cansancio de la vida
y la desilusión eterna.

Patricia Highsmith

LENT…

I

—No me toques, soy un unicornio, ¿qué no ves?

La enfermera, sobre todo, olía. Olía el sudor hecho carne, pellejo inmundo. El aliento podrido de los dientes podridos. La grasa acumulada en el cabello astroso, una melena empolvada, blanquecina. También olía las células muertas en la ropa del hombre, manchada de calle. Pero no podía ver que fuera un unicornio. Por eso llamó al guardia de seguridad, para que de forma discreta retirara al mendigo del piano. El piano era una extravagancia en el recibidor de ese hospital de lujo, en donde mi padre hacía dos semanas que permanecía en coma. Alguien había decidido ponerlo ahí (el piano), justo frente a la entrada, un poco antes de llegar a los elevadores. Un Steinway de media cola negro que nadie tocaba. Al menos, durante el tiempo que llevaba ahí metido velando a mi padre, no había visto que nadie se sentara en él. No hasta esa mañana en que llegó el pordiosero, abrió la tapa y sus dedos tiznados comenzaron a ejecutar el Estudio n.° 3 en re bemol mayor, *Un sospiro*, de Franz Liszt. Hacen falta dedos muy largos y una técnica depurada para interpretar ese estudio en particular. Lo digo con conocimiento de causa: en esa época era maestro de piano, concertista fracasado, compositor desconocido, la puta sombra de lo que mi padre quiso que fuera.

Sucedió así: cuando contemplaba el escáner al que estaba conectado el corazón de mi padre, las lánguidas notas se elevaron, entraron al cuarto, situado en el segundo piso, y se mezclaron con el ritmo de sus constantes vitales. Había pasado muchas horas absorto en esa pantalla en la que el pulso cardiaco y la presión sanguínea formaban infinitas cordilleras. Las líneas ascendían y descendían, unas más pronunciadas que otras, como únicas señales de vida de ese cuerpo tendido en la cama, inmóvil, en un estadio insondable. Los primeros días me pregunté sobre el significado de

estar vivo. Me planteaba cuestiones como si la permanencia involuntaria de una anatomía enchufada a una máquina podía calificarse como una existencia en el sentido más amplio de la palabra. Entonces me preguntaba cuál era el sentido más amplio de la palabra. También dudaba de si el cuerpo que tenía frente a mis ojos era realmente mi padre. Si esos brazos, esas piernas, esa cara, ese tronco, ese cascarón eran suficientes. Si la relación genética que nos unía bastaba para nombrar algún tipo de vínculo. Si podía escupirle, insultarlo, humillarlo, golpearlo hasta saciar mi desprecio y, en consecuencia, habría alguna diferencia. Ahora que lo pienso, creo que la danza digital del escáner despertó a ese ser que habitaba en mis entrañas, cuya presencia había intuido desde niño. El influjo del escáner, el único en esa habitación que sabía qué estaba sucediendo en tanto nos imponía una circunstancia de facto, tenía el poder de enajenarme.

Salí de la habitación atraído por la música, me asomé por la barandilla del pasillo y distinguí allá abajo, en el lobby, al vagabundo volcado sobre las teclas. Sorteaba con soltura los escollos de la pieza del compositor húngaro. Era sutil con los arpegios en triadas, delicado. La melancolía que destilaba su cuerpo armonizaba con el tema. Mi padre siempre había criticado la frialdad con que yo tocaba el piano. La técnica no es suficiente, me decía, debes tocar con el corazón, insistía mientras me propinaba unos golpecitos en los nudillos de los dedos con una regla de madera.

En el lobby del hospital reinaba el desconcierto. Por fin se acercó una enfermera e invitó al indigente a retirarse.

—No me toques, soy un unicornio, ¿qué no ves? —protestó el mendigo. Su voz era cavernosa, como la de los locutores de los programas de radio dedicados a la música clásica.

La enfermera, con un mohín de asco, llamó al guardia de seguridad. El guardia de seguridad, sin tocarlo pues era un unicornio, lo incitó a marcharse.

—Déjenlo, no molesta a nadie —intervino una señora que de pronto surgió de la farmacia. Vestía el uniforme del hospital. Me pareció la encargada. Su autoridad hizo titubear al guardia.

—Sí, qué tiene, a mi chamaco le calma los nervios —dijo una mujer joven con un niño de unos dos años en brazos.

El pianista retomó el estudio de Liszt, lo terminó con limpieza, se levantó, hizo una caravana, cruzó el recibidor y desapareció. La enfermera, el guardia, la encargada de la farmacia y la madre sonreían tontamente, como si acabaran de ver un unicornio. La

encargada de la farmacia siguió los pasos del pordiosero y lo alcanzó en la salida. Pude ver cómo dialogaba con el mendigo animadamente. La imagen me pareció extraña y repugnante.

Regresé a la habitación donde estaba mi padre conectado a un respirador artificial. Sentía un fuerte encono, no sabía si por el hombre en la cama o el mendigo pianista. Al entrar al cuarto, mi padre había abierto los ojos. Observaba su entorno con un desconcierto que me pareció fingido.

—¿Dónde estoy? —me preguntó.

II

Mi padre se desmayó frente a la Banda de Música del H. Ayuntamiento de San Jacinto Río Muerto. Al menos, eso me contaron. Como un Molière cualquiera (puedo imaginármelo), esa mañana se dirigió al ensayo sintiéndose enfermo, mareado, sin fuerzas. Tomó la batuta y ordenó atacar los primeros compases del Danzón n.° 2 de Arturo Márquez. Interrumpió la ejecución para regañar a toda la sección de alientos porque parecían gatos en brama (también puedo imaginármelo). De repente cayó al piso sin consciencia.

Yo me encontraba frente a la recién formada orquesta de la secundaria Benito Juárez enseñándoles a interpretar el himno nacional. Una veintena de alumnos dotados de viejos instrumentos producto de una donación del Club de Leones, intentaba sin éxito armonizar la espantosa melodía compuesta por Jaime Nunó. Ése era uno de los tantos empleos que tenía para poder reunir un sueldo decoroso. Debía mantener a una esposa que me odiaba y odiaba la música y a una hija de quince años que había empezado a odiarme. Por las tardes daba clases de piano en la Casa de la Cultura. Antes de eso, llegué a tocar el bajo en un grupo que amenizaba bodas y bautizos. En esa ciudad de provincia no había mayores expectativas para un músico. Formar parte de la banda municipal estaba descartado. Cada vez que me veía, mi padre recordaba todos sus sueños rotos, los propios y los que había depositado en mí. Un escándalo de esperanzas frustradas se interponía entre nosotros.

Esa mañana el prefecto interrumpió la clase para darme la noticia. Salí rumbo al hospital más por un sentido recóndito del deber (al fin y al cabo era lo que se esperaba de mí) que por un sentimiento de angustia. En el camino llamé a mi mujer.

—¿Bueno? ¿Qué pasó, Gregorio?

—Voy rumbo al hospital San Jorge. Algo le pasó a mi padre, me

acaban de avisar.

—¿Es grave?

—No sé, parece que se desmayó durante el ensayo.

—Me imagino que no vendrás a comer. ¿Y ahora qué hago yo con toda la comida que preparé? Te la tragas en la cena, chiquito, no la voy a tirar.

—No sé si llegue a comer, te llamo del hospital —le dije a la nada. Mi esposa ya había colgado.

Mi mujer había dicho esa última frase antes de cortar con una violencia escalofriante. Su única preocupación era si llegaría o no a comer, con todos los inconvenientes que esto podía acarrearle. A veces mi padre, en los raros intentos de conciliación que tenía conmigo, la culpaba a ella de mi fracaso.

—Con otra clase de mujer no habrías renunciado a tu carrera de concertista —me decía. Como argumento era insostenible.

Camino del hospital, el más caro de la ciudad, con piano de cola en el recibidor, me di cuenta de que la indiferencia de mi esposa por la salud de mi padre me horrorizaba porque no era más que un eco de la mía. El prefecto y la directora de la secundaria habían mostrado una preocupación reverencial por el maestro formador de tantas generaciones de músicos, y me habían absuelto de cualquier responsabilidad laboral: No se preocupe, la familia es primero. Esa actitud me había insuflado un grado de preocupación casi genuino que el desdén de mi mujer evidenció como lo que era: un sentimiento reflejo.

Encontré dónde estacionarme muy cerca del acceso a urgencias. A esa hora los alrededores del hospital lucían semivacíos. Me crucé con una ambulancia aullante con un joven en sus entrañas que se había partido la cabeza. Los paramédicos me hicieron a un lado a gritos mientras empujaban una camilla sobre la que yacía el muchacho cubierto de sangre. La sangre manaba de una brecha abierta en la frente como una segunda boca. El herido dejaba escapar unos gemidos apocados. Durante unos segundos, fascinado por el espectáculo, me detuve a contemplar su agonía. Un paramédico me hizo a un lado de malas maneras rompiendo con el encantamiento de esa máscara roja. Morirá en unas horas, vaticiné satisfecho. Al entrar a la sala me sorprendió que estuviera llena. Me sorprendió porque el exterior del hospital aparentaba una tranquilidad contrastante con el hervidero de gente que esperaba ser atendido. Todos los días, a todas horas, multitud de personas estaban al borde de la muerte o creían estarlo. Si no, ¿qué hacían ahí? Una de esas personas era mi padre. Localicé una ventanilla en

la que una vieja enfermera de ojos insomnes despachaba a los recién llegados. Le expliqué la razón de mi presencia. Me pidió el nombre de mi padre. Al pronunciarlo me di cuenta de que tal vez hacía años que no lo decía en voz alta. Me ordenó que me sentara a esperar. No encontré un asiento libre. Pasó una media hora. Las urgencias que habían convocado a esa asamblea de dolientes no eran tan urgentes salvo por unas pocas excepciones. Frente a mí se extendía un pasillo. Al fondo había una puerta de vaivén, como las de los salones del viejo oeste americano. De ahí salió un hombre abrazando a una mujer doblada por el dolor. Un par de mujeres, me parecieron hermanas, que lloraban dándose la espalda. Enfermeras, médicos. Pensé que ese lugar era tan bueno como cualquier otro para pasar un buen rato. Un doctor de aproximadamente mi edad pronunció el nombre de mi padre en voz alta e inquirió si se encontraba un familiar en la sala. Me dirigí a él y me identifiqué como el hijo. Creí que me pediría una prueba de ello. Su diagnóstico fue enigmático y perturbador: mi padre había caído en coma y, de momento, desconocían la causa.

III

—¿Dónde estoy? —me preguntó mi padre.

—En el hospital.

—¿En el hospital? ¿Qué pasó?

—Hace dos semanas se desmayó en un ensayo de la banda, cayó en coma…

—¡Dos semanas!

—Ajá.

Mi padre trataba de digerir la información sin reflejar alarma. Parpadeó frenéticamente en un empeño por constatar que, en efecto, se hallaba en la habitación de un hospital. Había envejecido una década en esos días. Siempre fue un hombre muy alto, muy flaco y muy encorvado. En ese momento era un hombre más flaco y encorvado aún, pero se había encogido. Me pareció un feto viejo, como si hubiera iniciado un proceso inverso al de la naturaleza. En ese estado de fragilidad sería muy fácil acabar con su vida. Ahuyenté la idea acercándome a la cabecera de la cama con expresión solícita.

—¿Qué se supone que tengo? —me preguntó con ese deje de suficiencia que adoptaba en situaciones así. Mi padre se sentía superior al resto de los mortales, incluidos los médicos, a quienes consideraba unos impostores.

—Lo más gracioso de todo es que no tienen ni idea; no saben por qué cayó en coma y no creo que sepan por qué despertó.

—¿Gracioso? No le veo la gracia por ningún lado.

En ese momento entró la enfermera a la que había alertado mediante el botón que colgaba de la cabecera de la cama. De todas las que habían pasado por la habitación de mi padre durante esos días, era la más malhumorada. Tenía el cabello blanco y muy corto, masculino, y unos andares matones que al principio me intimidaban. Solía gruñir, más que hablar, como si se encontrara

permanentemente molesta por el hecho de que existiéramos.

—Ah, canijo, ¿por fin despertó? —dijo mientras revisaba el escáner.

Mi padre la observó horrorizado. Traté de imaginar qué pensaba al contemplar a la enfermera: Estoy en manos de una lesbiana... o algo parecido. Mi padre nunca había sabido comportarse delante de una mujer si no era para expresarle órdenes o despreciarla.

—Eso parece —se limitó a replicar.

—Mire, pues, aquí su hijo preocupado todo este tiempo.

Y se marchó a buscar a un médico.

—¿Preocupado?

Asentí. Era un cínico. Mi padre recorrió su cuerpo con la mirada en busca de algún indicio que explicara su situación.

—Dame agua.

Reaccioné como si de nuevo fuera aquel niño acongojado. Corrí al buró, abrí la botella de agua, serví un vaso y quise dársela yo mismo.

—Quita, quita, que yo puedo solo.

Mi padre apuró el agua y estiró el brazo exigiendo más. Sus labios agrietados por los días en coma brillaban humedecidos. Bebió el segundo vaso con más calma.

—¿Preocupado? —repitió la pregunta.

—Sí, padre, todo el mundo estaba preocupado.

—Todo el mundo —murmuró al tiempo que tentaba con mucho cuidado, como si fueran los cables de una bomba, las conexiones que lo unían a la máquina que lo había mantenido con vida.

—Hasta el alcalde pasó a visitarlo.

—El alcalde es un reverendo pendejo. ¿Y ahora, qué?

Me encogí de hombros. Traté de sentirme útil. Salí al pasillo con la esperanza de encontrar a una enfermera o un doctor que me quitara de encima la enorme responsabilidad que había despertado la pregunta. Todo ese tiempo contaba con que seguiría dormido hasta que llegara el momento de tomar la decisión. Una decisión de la que no tenía ninguna duda.

Apareció la enfermera machorra con el médico que daba seguimiento al caso de mi padre. La cara de asombro del doctor era graciosa. Examinó el escáner tratando de disimular su desconcierto, como si realmente supiera lo que hacía. Vaya, vaya, dijo más para sí que para nosotros. La enfermera bloqueaba la puerta del cuarto, no supe muy bien si tratando de impedir que entrara alguien o que saliéramos los que estábamos adentro. El médico revisó la respuesta ocular de mi padre a la luz de una pequeña linterna. Puso un

estetoscopio en su pecho y escuchó el murmullo de su respiración, sus latidos. Hacía todo eso como un acto aprehendido, un protocolo para ganar tiempo y encontrar las palabras que develasen el misterio del repentino despertar de mi padre. Vaya, vaya. Mi padre desplegó esa sonrisa que tan bien conocía: una corriente fría de befa que provocaba en quien la sentía un diluvio de justificaciones. El médico detectó el sarcasmo.

—Voy a pedir que le hagan unos estudios completos, su caso es de lo más extraño, maestro.

Y se marchó seguido de la enfermera. Mi padre volvió a registrar su cuerpo con la esperanza de que hubiera alguna clave invisible en él.

—¡Qué bueno que despertó, padre! —dije absurdamente.

IV

En esas dos semanas había asistido todos los días al hospital a contemplar durante horas a mi padre reducido a la condición de un vegetal. Sondas, escáner, catéter y cables formaban parte de su nueva anatomía. Se veía tan inofensivo que por momentos su estado me provocaba conmiseración. Mi padre estaba perdido en una región intermedia entre la vida y la muerte. Yo acercaba mi rostro al suyo y le susurraba preguntas bastante idiotas: ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme? ¿Qué hay a tu alrededor? ¿Estás vivo o muerto? A veces me atrevía a decirle al oído lo mucho que lo odiaba. Su silencio y su quietud me exasperaban en tanto me tenían esclavo de esa cama, fiel a esa pantomima de hijo único abnegado. En aquella ciudad de provincia mi padre era un hombre público, proactivo, un pilar de la comunidad. Ello me obligaba a acudir al hospital cotidianamente y simular un dolor, una preocupación y una angustia que me dejaban exhausto, por lo que terminaba la jornada odiándolo aún más. Los primeros días, los músicos de la banda, algunos funcionarios del Ayuntamiento, algunos exalumnos se presentaron en el hospital a brindarme una solidaridad grave y secular que me asqueaba. Muchas veces estuve a punto de soltarles la misma frase que me había arrojado mi mujer cuando le pedí que me acompañara en el trance: Por mí como si se muere el viejo cabrón.

Mi mujer me había servido el desayuno acompañado de la noticia de que se iba a la playa a pasar unos días con su madre. Se llevaba a la nena. La nena, sentada enfrente con la mirada fija en su celular, desdeñaba los huevos con jamón, a mí, al mundo. Estaba convirtiéndose en una terrorista del desprecio.

—¿Y la escuela de la nena? —le pregunté a mi mujer.

—Ya hablé con la directora, no hay problema, le dije que el permiso era por la salud de tu padre. Son un par de días nada más.

—¿Se te hace bien largarte y dejarme todo el broncón?

Mi mujer se encogió de hombros, retiró el plato de la nena que siguió absorta en su celular y se sirvió una taza de café para poder sonreírme como solía, haciéndome sentir un enano repulsivo.

—¿Y si pasa algo cuando no estés? —insistí.

—Por mí como si se muere el viejo cabrón, es tu padre, es tu bronca —dijo y apuró la taza de café, y apuró a la nena porque se hacía tarde para ir a la escuela y me apuró a mí, que no tenía más compromiso que sentarme en la habitación de un hospital a observar a mi padre en coma.

Sí, mi padre era un viejo cabrón. Mi madre lo padeció durante cuarenta años hasta que decidió morirse de cualquier cosa. Mi madre era una sombra triste y silenciosa, un ser cobarde que había asumido su servidumbre conyugal con resignación. Era hija del fundador y director de la primera *Big Band* que hubo en San Jacinto Río Muerto. Nació y creció anodina, a pesar de que su padre, mi abuelo, era el principal orquestador de lo que entonces se conocían como noches bohemias. Había una zona de tolerancia con un par de prostíbulos y media docena de congales de mala muerte. En ese lugar mi abuelo fue animador, músico, organizador de concursos, y si me apuro un poco, padrote. Ni mi abuela ni mi madre ni sus tres hermanas sabían ni querían saber sobre las actividades de mi abuelo. Desaparecía al atardecer y regresaba al amanecer con un puñado de dinero que dejaba sobre la mesa. Mi padre, en aquel entonces un adolescente larguirucho y mustio, quedó deslumbrado por mi abuelo y pidió entrar a formar parte de la banda. En muy poco tiempo demostró un gran talento para la música. Del contrabajo pasó al saxofón en cuestión de meses. Mi abuelo lo adoptó encandilado por su virtuosismo. Mi padre, un misterio de orfandades que nunca explicó a nadie (al parecer un padrino violento y sanguinario lo había criado) se convirtió en un hijo putativo, se instaló en la casa de mi abuelo materno y conoció a mi madre, una especie de criada diligente y casi muda, la más fea de las cuatro hermanas, la única que, supongo, quiso ver en mi padre algo más que su arrogancia. Mi padre superó a mi abuelo como músico, lo despojó de la banda y de la casa, lo dejó en la calle y se convirtió en el gran maestro de futuras generaciones. Mis abuelos y mis tres tías sobrevivieron un tiempo en la zona de tolerancia hasta que un día partieron para no volver. Mi madre, siguiendo una tradición venerada en esa ciudad de provincia, le abrió las piernas a mi padre, quedó embarazada y se casaron. Mi padre era un individuo asexuado. A duras penas me lo imagino metiendo su

verguita asépticamente en el coño de mi madre, con los ojos cerrados y la cara al cielo, y dejando la semillita que me engendraría. Después de mi nacimiento, dos abortos consecutivos cancelaron toda posibilidad de progenie.

Los cuadros de mi infancia se suceden en la penumbra de una casa en la que mi madre me solicitaba constantemente silencio: Tu padre está estudiando, tu padre está ensayando, tu padre está durmiendo, tu padre está leyendo.

Lo hacía como si mi silencio la desgarrara, impotente, pero al mismo tiempo implacable: el silencio era el precio de la tranquilidad.

También surge la secuencia de un piano vertical adosado a una de las paredes de la sala. Recuerdo el día en que llegó a la casa. Yo tenía ocho años. Me encontraba en la mesa del comedor haciendo una tarea de la escuela. Como mi padre no estaba, mi madre canturreaba en el pequeño jardín que cultivaba en el patio, el único lugar donde parecía casi feliz. Mi madre tarareaba las canciones que desde niña había escuchado en su hogar. Lo hacía en un susurro, casi como una disculpa por emitir esos sonidos que mi padre censuró desde el principio porque desafinaban. Mi madre calló de golpe, azuzó el oído, entró al comedor y me mandó a mi cuarto a terminar los deberes. Desde la recámara escuché las voces rudas de unos hombres y la de mi padre dando indicaciones. Me asomé a la ventana y vi un camión de redilas con una rampa por la que los dos hombres deslizaban un piano de pared. Mi padre los guiaba severo, con un punto de indignación a causa de la insensibilidad de los mozos de cuerda, que trataban al piano como si fuera cualquier mercancía. Pasaron unos veinte minutos durante los cuales intenté concentrarme en la tabla del dos o cualquier otra cosa igual de inútil. La voz de mi padre me convocó a la sala. Ahí estaba el piano, abierto, con una partitura en el atril. Me indicó que me sentara en el banco.

A partir de entonces comencé a practicar todas las tardes hasta que el dolor en los dedos me arrancaba las lágrimas. Mi padre, de pie a mi lado, me corregía golpeándome con una regla de madera en los nudillos, mientras mi madre, en una butaca, encorvada sobre un tejido, se empeñaba en cerrar la boca. Alguna vez quiso intervenir alegando que yo necesitaba descansar o merendar o jugar.

—Eres idiota, mujer, nada de eso hará de este niño un concertista de nivel internacional.

Desde entonces, cada vez que escucho la expresión *nivel*

internacional, me dan ganas de vomitar.

Fue en ese tiempo que se manifestó por primera vez esa fuerza que se gestaba en mi interior. Una noche (he de haber tenido once años), por la ventana abierta de mi cuarto entraron unos maullidos lastimeros y agudos. Provenían del patio. Me puse unas pantuflas, una sudadera y salí a averiguar de qué se trataba. En medio de las petunias que cultivaba mi madre hallé un gato. Estaba malherido, supuse que había tenido un encuentro con un perro y había logrado arrastrase hasta el patio. Tenía la cadera destrozada, por lo que no podía incorporarse; de su boca manaba un hilito de sangre. En el cráneo, en el pecho, en el lomo aparecían marcas de colmillos, profundas, de las que también brotaba sangre. No atiné a hacer nada, no quería que nadie hiciera nada para poder contemplar la agonía del animal, la vida extinguiéndose en sus ojos suplicantes. Tuve la primera erección de mi vida, al menos, fui consciente por primera vez de cómo reaccionaba mi cuerpo ante el deseo. El gato murió a los pocos minutos. Corrí a mi cuarto, me metí bajo las sábanas y pasé toda la noche en blanco, temblando, incapaz de cerrar los ojos por miedo a encarar a esa entidad que se había manifestado por un momento y que, intuía, era parte de mí.

Al día siguiente, en el desayuno, mi madre me informó que había encontrado el cadáver de un gato entre las petunias. Mi madre estaba triste, abatida. Comencé a llorar. Mi madre rodeó la mesa de la cocina, atrajo mi rostro hacia su regazo y empezó a acariciarme el cabello mientras me decía que era un niño demasiado sensible. De pronto se apartó bruscamente. Mi padre, bajo el dintel de la puerta, nos observaba asqueado.

V

Habían transcurrido dos días desde el despertar de mi padre. Aún permanecía en el hospital bajo observación. Los médicos no se decidían a darlo de alta. Ignorantes de lo que padecía ese hombre que pedía a gritos largarse de ahí e insultaba a todo el personal, temían que volviera a caer en coma o se muriese sin más. A los médicos los entrenan para ser dioses, y los dioses no se equivocan. Así que en el caso de mi padre invocaban ese lenguaje técnico, sofista e incomprensible propio de las divinidades. Preferían las impertinencias de mi padre, su constante sarcasmo, sus groserías, a una posible negligencia médica. Yo iba cada vez menos a visitarlo. Despierto él, las horas en esa habitación espoleaban los demonios que creía haber sometido tiempo atrás. La única ventaja de su nuevo estado consistía en la lástima que empecé a despertar en el personal médico que lo atendía. Comenzaron a verme como una víctima de ese monstruo de soberbia, ególatra desquiciado. Y eso, tristemente, me divertía.

Ese día me presenté ya tarde en el hospital. Había retomado mis compromisos laborales, así que acudí a la visita después de mi última clase en la Casa de la Cultura. Aborrecía de esas clases, pero la base como empleado del Ayuntamiento (mi padre intercedió no sin antes insinuar frente al director de la Casa de la Cultura mi crónica inutilidad) me daba acceso al seguro social, al crédito de vivienda y a una futura pensión miserable. Mi alumnado era bastante ecléctico: normalmente chiquillos sin talento ni interés a los que sus padres inscribían para mantenerlos ocupados unas horas. También tenía alguna que otra señora de rancia alcurnia que quería aprender a tocar el *Para Elisa* en el piano herencia de su abuelo. Y un señor artrítico al que no había forma de convencer de que, por su enfermedad, era mejor que estudiara canto. Y un roquero trasnochado en silla de ruedas que aspiraba a tocar como

Ray Charles. Y una Lolita cachonda que al terminar de interpretar de mala manera cualquier clásico del blues, se soltaba llorando. Sus piernas descubiertas por una minifalda obscena hasta el encanto solían ser lo mejor de mi día. Sus mechones azules, sus *piercings* y tatuajes me despertaban fantasías en las que la frontera que separa el dolor del placer se diluía.

Al momento de atravesar la entrada del hospital, me envolvieron las notas del Concierto para piano n.° 3 en re menor, de Rajmáninov, uno de los más exigentes del repertorio. Aquel desperdicio humano estaba de nuevo sentado al piano interpretando una melodía que demandaba una técnica casi perfecta. De pie a su lado, la encargada de la farmacia seguía el compás de la pieza con unos sutiles golpes de cabeza. Mantenía los ojos cerrados y sonreía. Me detuve a un par de metros para presenciar cómo terminaba el segundo movimiento y sin pausa, como lo exige la partitura, se adentraba en el vigoroso tercer movimiento que redondea de manera precisa el concierto. Nadie parecía querer interrumpirlo, yo menos. Atisbé sus dedos infestados de bacterias, machacados por la intemperie, deslizarse sobre el teclado con una sutileza tal que lograban borrar todo rastro de podredumbre. Antes de poner fin al concierto ya lo estaba envidiando. Era un sentimiento contradictorio pues había un principio de admiración en él. Desprecié a las personas congregadas en el recibidor aplaudiendo extasiadas al vagabundo. El mendigo había dejado de mirar fijamente las teclas del piano y me veía a los ojos. Era una mirada silvestre.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—La Mónada Perfecta, mira.

El mendigo se levantó la acartonada camisa a cuadros, la misma que vestía la vez anterior, cuyo color eran todos los colores de la degradación, y me mostró su estómago: entre las líneas de mugre resaltaban unas cicatrices horizontales, muy finas, como laceraciones autoinfligidas.

—¿Ves mi sufrimiento? Es el de todos ustedes.

El mendigo se levantó del piano y cruzó el recibidor del hospital hasta perderse tras las puertas corredizas. Caminaba con el compás muy abierto, por lo que sus piernas daban la impresión de que terminarían zafándose del tronco y huyendo en direcciones opuestas. Más que un unicornio era un pato. Me sentí muy desamparado y muy imbécil.

Tomé el elevador, subí al segundo piso y me encaminé al cuarto donde estaba mi padre. Me encontré la puerta abierta y a él

asomado a la ventana. La ventana daba a un jardín impropio para ese clima: verde y exuberante. Más allá de la avenida se extendía la tierra semiárida, un erial.

—Buenas noches.

Mi padre tardó unos segundos en encararme. Al hacerlo, sus ojos llorosos contenían un par de lagrimones que amenazaban con rodar.

—¿Quién? —me preguntó.

No supe a qué se refería. De golpe, entendí.

—Pude haber sido yo, ¿no? —le contesté.

—Por favor, hijo —susurró mientras regresaba a la cama—, no digas pendejadas.

Se acostó y enmudeció, mirando al techo como si en él permanecieran aún las notas de la partitura de Rajmáninov. Me senté en la butaca de las visitas, ubicada a los pies de la cama. La soberbia con que solía recibirme había desaparecido. En su lugar quedaba una inusual derrota o, al menos, el cansancio que la precede. Por enésima vez en esos días deseé que cayera en coma de nuevo.

—¿Cuándo me van a mandar a casa?

—No sé. Siguen sin entender qué tiene. No quieren arriesgarse.

—Lo que no quieren estos hijos de puta es que deje de pagar cada noche que paso aquí, cada estudio, cada medicamento.

—Es posible.

—¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es todo lo que tienes que decir? Pero tú eres tonto o qué. Me tienen aquí para sacarme la lana, toda la pinche lana que puedan, si sabré yo cómo se las gastan.

—Así es, padre, ése es el motivo. Que estuviera en coma quince días no tiene nada que ver, es una nimiedad. ¿Qué tiene el señor? Nada, estuvo dos semanas en estado vegetal y de pronto regresó, pero ya se puede ir a su casa, que aquí no ha pasado nada.

Mi padre recuperó de golpe su naturaleza sardónica y me observó chispeante, gozoso de hacer aflorar en mí esa parte infantil, berrinchuda, maricona y alienada.

—Voy por un café —dije—. Ahora vuelvo.

Salí de la habitación, llegué al elevador y descendí a la planta baja. Consulté mi celular: eran las ocho y media de la noche. Media hora más y me largo, me dije. Tenía un mensaje de WhatsApp del director de la Casa de la Cultura. Me pedía sustituir a la maestra de coro al día siguiente, estaba enferma. Le contesté que lo sentía mucho pero que con el asunto de mi padre me era imposible. Lo entendió, todo el mundo entiende esas cosas. Y más tratándose de mi padre, uno de los fundadores de la Casa de la Cultura, etcétera.

Otro mensaje de WhatsApp, de mi esposa, me indicaba que pasara por la tienda a comprar leche. Llegué a la altura de la máquina de café. Una mujer enfundada en unos *leggins* con un culo operadísimo y desafiante de las leyes de la gravedad, esperaba que su vaso de cartón se llenara. Me entretuve en sus monumentales nalgas. Experimenté un amago de excitación. Me la imaginé arrinconada en la pared, con la grupa parada y yo penetrándola mientras tiraba con fuerza de su cabello largo y oscuro como una cascada nocturna. La mujer dio media vuelta con el café en la mano, me sonrió y enfiló al elevador. Tembloroso, atiné a elegir un capuchino sin azúcar.

VI

En San Jacinto Río Muerto nunca hubo un conservatorio. En una ciudad de provincia, la profesionalización del arte pasa por la autoproclamación del talento y poco más. Pero mi padre tenía sus propios planes para mí. Al terminar la preparatoria me envió a la Escuela Superior de Música del INBA. Desde los ocho años mi padre me había preparado para ese momento. Cada día, a excepción de los domingos y mi cumpleaños, me sentó al piano de la sala a practicar. Diez años después, me subí a un autobús rumbo a la Ciudad de México con una mochila y una carpeta de partituras. En el andén quedaron una madre sumida aún más en la tristeza, un padre enloquecido de orgullo y mi novia de la escuela, una muchacha por la que no sentía nada especial, mandona y posesiva, pero que había aceptado salir conmigo y se dejaba meter mano.

Ocho horas más tarde —el crepúsculo bañaba la nata gris que envolvía el valle del Anáhuac—, aquel monstruo de ciudad me recibió como a todos los que llegamos tras los pasos de la gloria: indiferente, hostil, tumultuosa, pagada de sí, ignorante de todo lo que no era ella misma. Me instalé en una casa de huéspedes de la colonia Portales, cerca del Centro Nacional de las Artes. A mi padre le habían recomendado esa pensión cuando acudió a inscribirme. Se presentó allí, inspeccionó el lugar, lo aprobó y dejó pagado medio año, por lo que la dueña me recibió como si fuera un príncipe. En la casa de huéspedes reinaba el matriarcado. Montserrat Castelldefels era hija de exiliados catalanes. Hablaba catalán y el español con acento catalán. Viuda eterna, madraza, nos llenaba la panza con *pa amb tomata*, fuet y butifarra hasta el estreñimiento. La anciana propietaria, jamona y altísima, muy pirenaica, y su ejército de indias chiapanecas se empeñaban en hacer de nuestra estancia una prolongación de la lenidad de los hogares provincianos. Las habitaciones eran austeras: una cama, un clóset, una mesa con una

silla. El baño, comunal, era el mayor inconveniente. En las mañanas se formaban largas filas de somnolientos meones con el pene enhiesto. Ahí nos fuimos conociendo la mayoría de los pensionados. Casi todos, estudiantes en el Chocorrol.

Le decían el Chocorrol porque uno de los edificios más emblemáticos del Centro Nacional de las Artes, el Cenidiap, era un cilindro color chocolate que se elevaba dominando todo el complejo. Carlos Salinas de Gortari había mandado construir esa desmesura arquitectónica en la época en que todo el mundo le besaba los pies. Dos años después estalló la crisis y se convirtió en el villano más socorrido de la historia reciente del país. Pero el Cenart se mantuvo, a la sombra del gran pastelillo vertical, una enorme verga apuntalando el cielo contaminado de esa desalmada ciudad.

A los pocos días de haberme instalado me presenté a la audición. Tres profesores adustos, antipáticos y despiadados (se parecían mucho a mi padre), me recibieron en un salón de ensayos recubierto por paneles de madera aglomerada. En medio de la sala me esperaba un Kawai color caoba de media cola con una partitura de Bach en el atril. Al viejo Bach me lo sabía de memoria. Mi padre me había machacado con él tarde tras tarde. Se trataba de la Partita n.° 1. Tenía la garganta tan seca que no podía tragar ni el aire que respiraba. Abrí la boca tratando de llenar mis pulmones. Los examinantes revisaban notas, listas y partituras. Ninguno me prestaba atención, como si yo no estuviera ahí. Los pedales se me escurrían de las plantas de los pies, parecían estar embadurnados en aceite. Tuve un bloqueo momentáneo, olvidé todo lo que sabía. La partitura se convirtió en un código indescifrable. Sentía mis dedos hincharse como morcillas, unas tripas porcinas, torpes, salidas de toda proporción. Me dolía el estómago. Me entraron unas impetuosas ganas de cagar.

—No tenemos todo el día, joven, empiece a tocar —me gritó uno de los profesores.

Y como si mi conducta estuviera condicionada al desprecio, en mi mente se activó alguna clase de mecanismo y mis manos recorrieron el teclado como si fueran las manos de otro. Bach inundó la sala, los sinodales me prestaron atención, aunque no modificaron sus caras de aburrimiento. Aquello estaba en marcha. Al terminar no parecían especialmente impresionados.

—Pronto le avisaremos si quedó seleccionado —anunció uno de los examinadores.

Fue todo. Días después me notificaron que había superado la

audición.

Ninguno de los aspirantes tenía mejores motivos que los míos: liberarme del yugo de mi padre, de la perpetua y melancólica sumisión de mi madre, de la asfixiante atmósfera de una ciudad de provincia, del patético adolescente que era.

Patético y falto de talento.

Lo primero pude poco a poco remediarlo gracias a un veracruzano que estudiaba para jazzista y a una oaxaqueña que cantaba divinamente: un trío calavera y una ciudad abierta y anónima. Una noche eterna con tugurios eternos, putas eternas, drogas nuevas y viejas, alcohol, y el mundo que cabía en esa urbe intratable.

Rogelio y Marisol apuraban cada minuto de su vida de estudiantes en el DF como si fuera el último.

—Mi padre —me dijo Rogelio cuando nos conocimos— es un político cínico y corrupto, tiene mucho dinero y yo, muchas ganas de gastarlo.

A su lado, yo era un pobre diablo obsesionado por las clases, las tareas y las calificaciones. Un infame pardillo. Rogelio siempre traía algún tipo de droga encima, blanda o dura: mariguana, hachís, coca, pastas, ácido. Entraba a los teibols de lujo de la Zona Rosa repartiendo billetes y los tipos de seguridad, las estrípers y las meseras, a pesar de su jeta de niño y su cuerpo de gnomo, se rendían a sus pies. Siempre he creído que me eligió como su valedor por el placer que le provocaba corromperme. Marisol era muy fea pero tenía una voz prodigiosa. Se sumó a nosotros una tarde en que se acercó para preguntarnos si teníamos mariguana. Estábamos en la cafetería de la escuela cuando se sentó en nuestra mesa y nos dijo:

—Ustedes tienen cara de pachecos, sobre todo tú —señaló a Rogelio—. Móchense con un gallo, traigo una pinche malilla del carajo.

Marisol era gorda, tetona y se pintaba el cabello de rojo. Tenía un tatuaje en el cuello y otro en el tobillo. A veces caía en depresiones devastadoras que la impulsaban a aplicarse pequeños cortes en los antebrazos. En esas ocasiones, la llevábamos a los teibols de la zona Rosa, en donde una euforia demente aplazaba el momento. Marisol, desde que la conocimos, avivaba en mí una ira que a veces me costaba reprimir. Yo era un maestro de la simulación, así que creo que ni ella ni Rogelio se daban cuenta del estado de agitación en el que entraba cuando convivíamos,

especialmente si nos metíamos algún tipo de droga, que era casi siempre. Aquella noche, como muchas otras, Rogelio desapareció en un privado con una bailarina. Solía incitarme a acompañarlo, a lo que me negaba bajo el pretexto de no dejar sola a Marisol. La verdad es que temía perder el control. Después de unos tragos y unas líneas de coca, contemplar a esas mujeres desnudas bailando en la pista provocaba en mí una serie de imágenes equívocas, fulgurantes, en las que me veía azotando sus pechos operados con una regla de madera. Aquella vez Marisol no quiso esperar a que Rogelio terminara de coger con la teibolera. Creo que de una manera tortuosa, estaba enamorada de mi amigo. Se levantó abruptamente y salió del antro. Decidí ir tras sus pasos. La seguí por las calles de la ciudad durante cerca de media hora sin darle alcance, guardando mi distancia. Poco a poco se alejó de las bulliciosas avenidas de la Zona Rosa y se adentró en las calles de la colonia Doctores. Caminaba como una zombi. En un paraje solitario y poco iluminado aceleré mi paso hasta alcanzarla. Me contempló con los ojos anegados en llanto. Se recostó en la pared de un edificio, parecía agotada, a punto del desmayo. Pálida y titubeante —calculé que el alcohol y la coca habían combinado mal—, me espetó que la dejara en paz, que me largara. Vestía una camiseta de tirantes apretada que marcaba grotescamente sus grandes tetas y sus lonjas. Una minifalda de cuero a punto de desgarrarse ceñía sus muslos carnosos. Una oleada de asco inundó mi boca. Sin saber muy bien por qué, empecé a gritarle que era una pinche vieja pendeja, una cerda asquerosa. Me abalancé sobre su cuerpo, la aprisioné contra la pared y busqué su sexo con una mano mientras que con la otra apretaba su cuello. Incrédula, deliciosamente asustada, paralizada por mi arrebato, Marisol no acertaba a reaccionar. Los dedos de mi mano izquierda hurgaban en sus labios vaginales como si fueran culebrillas de agua mientras que los dedos de la mano derecha se cerraban sobre su tráquea. Entonces sentí cómo una parte de mí se alejaba unos metros y nos contemplaba con una enorme desolación, una melancolía que sólo años después, en el parque de los pordioseros, volvería a experimentar. El desconcierto hizo que aflojara la presión de mis brazos. Marisol aprovechó para empujarme y salir corriendo. Cuando esa parte de mí regresó a mi cuerpo, me acometió un espasmo, caí de rodillas y empecé a vomitar.

Ni Rogelio ni yo volvimos a saber nada de Marisol. Nunca le confesé el episodio a mi amigo.

Marisol volvió a Oaxaca y se colgó de la viga de su cuarto. La

noticia me la dio Rogelio en uno de los últimos correos electrónicos que recibí de él, años después, a los meses de terminar la carrera, poco antes de que se largara a Europa para no volver. No me aclaró cómo se había enterado del suceso. Recibí la noticia con la misma ambigüedad con que años más tarde recibiría la del coma de mi padre. Quise padecer alguna clase de tristeza pero no fui capaz.

Lo del talento no tenía remedio. Pronto descubrí que al menos cien de mis compañeros tenían más futuro como concertistas que yo. Pronto supe que terminaría como maestro de música y mediocre ejecutante en esa misma ciudad de provincia de la que había huido.

En las vacaciones navideñas y de verano regresaba a casa. A mi padre le mentía sobre mis progresos musicales. Al principio trató de obligarme a demostrárselos en ese mismo piano vertical de la sala que en esa época había empezado a detestar. Al negarme, primero con cualquier pretexto, luego con la necedad hecha proclama, algo empezó a romperse entre nosotros. Su autoridad dejó de ser un vínculo, y sin eso, sólo nos quedó el aborrecimiento. Al segundo año anuncié mi decisión de abandonar la carrera de piano y pasarme a la de jazz. Mi padre amenazó con dejar de mantenerme. En uno de mis escasos actos de valentía que asumí frente a él en la vida y que, sorprendentemente, tuvo el efecto de doblegar su voluntad, le dije que no necesitaba su dinero y que no volvería a poner un pie en esa casa si no respetaba mis deseos.

Pero un suceso posterior, mucho más decepcionante para él, terminaría de abrir un abismo que aún permanecía. Un abismo que la muerte de mi madre ahondó. Una distancia que la repentina amenaza de la muerte de mi padre no lograba disminuir, al contrario. En el último año de carrera, mi novia de preparatoria, a la que veía cada vez que regresaba de vacaciones, quedó embarazada. Fue el resultado de un sexo apresurado, sin gracia, torpe, en el asiento trasero de la camioneta de su madre. El premio: una niña. Nos casamos porque en esa ciudad de provincia la mayoría lo hace después de preñar a sus novias. Luego nos instalamos en el infierno burgués con la inconsciente alegría de los estafados.

A veces, cuando me convenía, le echaba la culpa a ella de haber truncado mi carrera. Yo sé que sólo era un pretexto. Ella también lo sabía.

VII

Ese sábado, después de comer, decidí visitar a mi padre y terminar de una vez con la indefinición de los médicos. Seguían sin encontrar qué había causado el estado de coma, pero no se animaban a darlo de alta. Hacía una semana que estaba despierto y había recuperado su capacidad para envenenar el ambiente. Iba decidido a exigir que lo mandaran a su casa, que pusieran fin a la charada de todos esos análisis extravagantes. En el fondo lo hacía por mí. Desde que había abierto los ojos, la obligación filial de acudir a su lado había empezado a enfermarme. Estaba irritable y ansioso, odiaba mi vida, sometida al escrutinio de ese viejo cretino que me recibía siempre con su conmiseración.

El maldito piano sonaba de nuevo en el recibidor. A un costado había una silla de ruedas vacía, escoltada por una enfermera contemplando bobamente a mi padre tocar a cuatro manos con el vagabundo la *Gymnopédie n.° 1*, de Satie. Los dos intérpretes cruzaban miradas cómplices y candorosas. La gente agolpada alrededor los alentaba extasiada. La mayoría del improvisado público podía identificar la pieza: ha servido de banda sonora para series como *Nip/Tuck* o *The X-Files*, películas como *The Royal Tenenbaums* o documentales del Discovery Channel. Mi padre estaba exultante. Una energía inagotable recorría su cuerpo encorvado y contagiaba al mendigo, a la gente en el recibidor, a los médicos, a las enfermeras. Mi padre en el centro del mundo recibiendo toda aquella admiración, y el misterioso hombre del piano alimentando su enorme, sexagenario y magnífico ego. ¿Pero de dónde sacaban que ese sujeto podía tener algún padecimiento? Sólo yo, en medio de aquel éxtasis musical, estaba lleno de una bilis que me consumía.

Terminaron la pieza. Hubo aplausos. De pronto mi padre y el mendigo se abrazaron. Me acerqué a ellos, aunque mi primer impulso fue salir corriendo.

—Por lo que veo está muy bien, deberíamos pedir que le den de alta hoy mismo, ¿no le parece? —dije.

—¡Aquí estás! ¿Conoces a mi hijo? Te presento a uno de los mejores pianistas con los que he tocado en mi vida.

Por un momento creí que se refería a mí. Pero su brazo, poco a poco, se extendió en dirección al vagabundo.

—¿Y hoy qué es usted? ¿Un unicornio, una sirena, un centauro o qué? —le pregunté con brusquedad al mendigo, a pesar de que quise sonar amistoso.

El hombre me miró extrañado.

—¿Yo? Un simple mendigo.

—¡Pero qué pregunta es esa! —exclamó mi padre—. ¿Te has vuelto loco?

—Usted debe regresar a su cuarto, si no, me van a regañar —interrumpió la enfermera colocando la silla de ruedas a los pies de mi padre.

El mendigo tendió su mano sucia y estrechó la de mi padre. Hizo una ligera reverencia. Luego me miró y arqueó las cejas. La enfermera se llevó a mi padre rumbo a los elevadores. El mendigo abandonó el hospital tocando un piano imaginario. La gente en el recibidor lo despedía como si fuera una celebridad. Mi padre, antes de que se cerraran las puertas del ascensor, me gritó: ¡Vaya tarde, vaya tarde!

En ese momento nació en mí una idea absurda, sin ningún sustento médico; una creencia mágica.

Quince minutos después, el doctor Echeverría, jefe de Servicios Médicos del hospital, me recibió en su consultorio. Para lograrlo había tenido que elevar un poco la voz y exigir hablar con un superior. Fui a dar al octavo piso, destinado a suntuosas oficinas en donde despachaban los directivos. Recubrimientos de caoba en las paredes, reproducciones de Kandinsky, luz ambiental; palmas, orejas de burro y potos en los rincones purificando el aire. Reducido a mortal en tierra de dioses, me senté frente al doctor Echeverría y traté de exigir que dieran de alta a mi padre. La exigencia terminó en ruego. El doctor Echeverría resultó un arrogante hijo de puta que convirtió mi petición en una muestra de ignorancia e insensibilidad. Condescendiente, me explicó que la euforia de mi padre no significaba que estuviera curado, podía tratarse de un síntoma de todo lo contrario. Debían seguir los protocolos. La ciencia médica, a veces, desgraciadamente, no tenía todas las respuestas. En esos casos, me dijo, más valía ir con tiento.

Y ahí creció la idea. Como un algo físico, viscoso, latente, vivo.

Una superstición más que una idea, una posibilidad que a la luz del comportamiento de mi padre me parecía totalmente lógica, incuestionable.

—¿Cree usted que el indigente ése que viene a tocar el piano haya influido en el despertar de mi padre?

El doctor Echeverría me observó como se observa a una rata que aparece por sorpresa bajo el fregadero. Trató de reprimir la sonrisa de desprecio que nacía en la comisura de su boca y me respondió como si mi pregunta mereciera una respuesta.

—Tiene que entender que los médicos no comulgamos con ese tipo de ideas. Al final, siempre hay una explicación científica.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero existe todo eso de la musicoterapia, ¿no? Qué tal si la música de Liszt, Rajmáninov o Satie estimularon alguna parte del cerebro de mi padre y por eso salió del coma.

—Veo que es usted un conocedor de la música clásica, pero dudo mucho que tenga que ver con la salud de su padre. Insisto, seguiremos estudiando el caso hasta dar con la patología.

—O sea, de plano, nada que ver. ¿Está seguro?

—Mire, si a usted le ayuda a comprender lo que está pasando, pues no voy a quitarle esa ilusión —dijo el doctor Echeverría a un paso de la impaciencia. Luego se enfrascó en la pantalla de su computadora dándome a entender que la entrevista había terminado.

Regresé al lobby sin ningún deseo de acudir con mi padre. El viejo hijo de puta acababa de mostrarme una felicidad, una euforia y, sobre todo, una complicidad con el vagabundo que jamás tuvo conmigo ni con mi madre. Salí a la calle para tranquilizarme. A unos cuantos metros vi a la encargada de la farmacia y al mendigo. La anciana, me pareció que a escondidas, le entregaba unas cajitas al pordiosero. Supuse que eran medicinas. ¿Qué influjo podía tener ese hombre en los demás? La mujer sonría dulcemente, como hipnotizada. Se despidieron. El indigente cruzó el estacionamiento, llegó a la avenida y se echó a andar con su paso de pato.

No sé por qué, pero decidí seguirlo.

Fue una travesía larga, más larga en tanto que el vagabundo pianista elegía callejas que lo alejaban de las arterias principales, de la gente y, luego supe, de las patrullas de la policía. Mantenía una distancia prudente para no ser detectado por el vagabundo; aun así conseguí no perderlo de vista. Después de casi una hora, vi cómo se adentraba en el Bosque de la Ciudad, ubicado al poniente. Me detuve. Cualquier habitante de San Jacinto Río Muerto sabía que, una vez caída la noche, no era prudente entrar a ese nido de

malvivientes. ¿Nido de malvivientes? Es probable que haya sacado la expresión de algún periódico.

Llegué a una avenida iluminada y conseguí detener un taxi que me llevó de vuelta al hospital, en donde recogí mi coche para regresar a casa. Estaba agotado.

VIII

Mi madre murió el día en que mi hija cumplía trece años. La habíamos invitado a la fiesta en el patio de mi casa. Mi padre no acudiría, apenas nos dirigíamos la palabra. Ella nunca llegó. Mi celular timbró a media mañana. En la pantalla, el teléfono fijo de mis padres. Pensé que era mamá para avisar que no vendría. Si mi padre había amanecido con ese talante turbio que lograba paralizarla al grado de convertirla en una niña, no encontraría el valor de decirle que pensaba asistir a la fiesta de cumpleaños de su nieta. Di por hecho que se trataba de eso.

—¿Qué pasó, mamá, no podrás venir? ¿Te lo prohibió el ogro?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Soy tu padre, pendejo. Tu madre murió esta madrugada mientras dormía, al parecer fue una embolia.

Me quedé callado mucho rato escuchando su respiración vieja y asustada sin saber qué decir.

—¡Hijo de la chingada! —le grité por fin.

Y colgué. Y busqué un asiento. Y me senté para que mi cuerpo no me traicionara. Y traté de sacar con el llanto el tizón que me quemaba desde el esófago hasta la garganta. Pero no pude porque era una sensación de furia que nada tenía que ver con las lágrimas. Culpé a mi padre de su muerte. A ese cerdo egoísta que la había tratado como una criada, una puta, una enfermera. Una propiedad insignificante. Imaginé a mi madre muriendo en silencio, sola en su cama (hacía años que dormían separados). ¿Estaba enferma y a nadie se lo había confesado? Era probable que mi padre sí supiera. Que mantuviera oculta la enfermedad para evitar su protagonismo. Cuando mi mujer me encontró sentado en la sala con el celular entre las manos, dio un grito. No me reconoció. Creyó que era un extraño que había irrumpido en la casa. Estaba pálido, los ojos rojos, inclinado hacia adelante como si estuviera dispuesto a saltar

sobre alguien.

—Lo quiero matar.

—¿A quién? —preguntó mi esposa todavía más alarmada.

—A mi padre.

—¿Y ahora qué hizo? —dijo, suspirando con alivio.

—Mató a mi madre.

Mi esposa abrió mucho los ojos y la boca. Parecía una muñeca inflable. Y con el alma de una muñeca inflable dijo:

—Ay, Goyito, ¡cómo te gusta el drama! Tu madre se ha de haber muerto por tonta seguramente y tú no fuiste capaz de hacer nada al respecto, como siempre —y se adentró en la cocina contoneando su culo gordo. Mi mujer nunca había ocultado el desprecio que sentía por mis padres.

Cancelamos la fiesta. Fuimos en familia a la funeraria. Mi hija me anunció en el camino que había decidido no cumplir años nunca más: no quería que se le muriera la gente que amaba. En esa época mi hija no se convertía aún en la personita despótica que llegaría a ser dos años después. De todas formas, las lágrimas no asomaron a mis ojos. En la funeraria un montón de gente convocada por la figura pública de mi padre le daba el pésame. No distinguí a ningún amigo ni conocido de mamá. Tampoco a un familiar. Mi padre era el único protagonista de la muerte de su esposa. El cuerpo frío y embalsamado de la mujer que me había parido no era más que parte de la escenografía del duelo de mi padre. Lo observé desde la entrada de la funeraria y me pareció algo sobreactuado.

Mi padre había decidido incinerar el cadáver, a pesar de que mi madre era una católica empedernida y hubiera deseado descansar en camposanto. El viejo, un liberal a la antigua usanza, de ésos a los que se les llenaba la boca con las leyes de reforma, consideró que la cremación era lo mejor para el mundo.

Logramos avanzar entre el tumulto hasta llegar a su altura. Mi mujer apenas le dio el pésame. Mi hija le tenía miedo, así que permaneció oculta tras su madre. Nos quedamos a su lado mientras un centenar de personas externaba su solidaridad. Cuando disminuyó el flujo de asistentes, pude asomarme al ataúd por unos minutos. Me sentía tranquilo. Detestaba a la gente que hacía de la pérdida de un ser querido un espectáculo público. El duelo merece una intimidad mucho mayor que el sexo o defecar, por ejemplo. La mierda y el semen son más susceptibles de compartirse que los difuntos. Al enfrentar el rostro apacible de mamá, sentí una íntima alegría. Al fin y al cabo se había librado de mi padre.

Después de contemplar durante un cuarto de hora a mi madre

metida en el cajón, me dediqué a deambular por la funeraria. Sobre un elegante tresillo me encontré unos folletos publicitarios:

CREMACIÓN O ENTIERRO

Cuando un ser querido muere debemos decidir, entre otros aspectos, el tipo de sepultura que le daremos. La cremación o el entierro son las dos posibilidades que nos ofrecen las funerarias para poder despedir el cuerpo. Sin embargo, ¿cuál de estas dos opciones es la mejor? Para poder hacer una elección correcta es necesario no sólo conocer los beneficios de ambos tipos de sepultura sino también respetar las creencias religiosas y culturales del difunto para brindarle un funeral acorde a sus últimos deseos. Si este familiar no ha dejado ninguna indicación respecto a su despedida, es importante que hable con su familia para decidir qué tipo de servicio quiere contratar.

CREMACION Y SUS BENEFICIOS

La cremación es definitivamente la opción más popular debido a su bajo costo; razón de peso para que muchas familias la prefieran.

La cremación consiste en la incineración del cuerpo en un horno crematorio por medio de mecanismos de alta temperatura, presión y vaporización que desintegran el cuerpo a sus elementos más esenciales. Este proceso posee múltiples beneficios que mencionaremos a continuación:

1. La cremación es un proceso fácil y rápido que sólo tarda unas horas.
2. Con el pasar de los años la Iglesia Católica ha ido aceptando la popularidad de la cremación y la ha incluido en sus ceremonias.
3. Los servicios crematorios ofrecen un tratamiento del cadáver más respetuoso con el medio ambiente y ahorra espacio en los cementerios. Si desea puede mandar a colocar los restos incinerados en una urna junto con una pequeña placa que indique el nombre de la persona difunta, la fecha de su muerte y un emotivo mensaje.
4. La cremación es un proceso barato ya que sus servicios son más simples y requiere de menores costos en la compra de productos y/o servicios. Si aún le interesa abaratar más los costos, puede solicitar los servicios de cremación directa, es decir, sin ceremonia de despedida.
5. Usted será quien decida cuál será el descanso final de las cenizas. Estas cenizas pueden ser entregadas a los miembros de la familia o bien enterrarlas en un mausoleo, colocarlas bajo tierra o dispersarlas en el mar o río.
6. La cremación protege el ADN de la persona fallecida ya que éste no se puede utilizar para la clonación.

¿Quién podría querer recolectar el ADN de mamá y clonarla? ¿Alguien con la intención de crear un ejército de esclavas sumisas?

Llegó la hora. Mi padre, mi mujer, mi hija y yo, en completo silencio, vimos a través de un cristal cómo los empleados de la funeraria empujaban el ataúd y lo introducían en el horno. Luego ardió a no sé cuántos miles de grados hasta convertirse en ceniza.

Busqué el abrazo de mi padre y al oído, con dulzura y lástima, le dije que él la había matado.

Dos años después estaba atrapado en ese hospital fingiendo que me importaba su destino. Como mi padre, tampoco soportaba la desaprobación de los otros.

IX

Al día siguiente de entrevistarme con el director del hospital y seguir al pordiosero, desperté sintiéndome un pajarillo abatido por una tormenta. La negativa del doctor Echeverría de dar de alta a mi padre y mi falta de determinación para lograrlo me tenían hecho polvo. Desperté solo en la cama. Mi mujer retozaba bajo la ducha. Había engordado mucho en los últimos años. Era una cerdita broncínea de culo caído, tetas colgantes, estómago prominente y rollizas extremidades. Su cuerpo me causaba repulsión. Una vez al mes le introducía el pene imaginando que violaba a la estudiante de piano de cabello violeta, tatuajes y *piercings*. Era la única forma que tenía de conseguir una erección. El resto del tiempo me masturbaba evocando a la estudiante de piano. Una vez al mes mi mujer abría las piernas carnosas pensando quién sabe qué o en quién. A veces nos olvidábamos del asunto y ambos callábamos hasta el siguiente mes. Desperté solo en la cama sintiéndome un pajarillo caído del nido. Me acurruqué entre las sábanas y comencé a darme lástima. ¡Pobre de mí, oh, pobre de mí! Mi esposa entró en la habitación en ropa interior. ¿Podrías tener la delicadeza de taparte, pinche gorda? No se lo dije, lo pensé y me acurruqué aún más. Mi mujer, mientras se vestía, me informó de los planes que tenía para ese domingo. Ninguno me incluía. Iría aquí, allá, regresaría, volvería a salir. En algún momento llevaría a mi hija a alguna parte y después la recogería. ¿O tenía que llevarla yo? No le entendí. De hecho, ni siquiera la escuchaba, cada una de sus palabras eran dardos venenosos que se clavaban en el escroto. Ahora que ha pasado tanto tiempo puedo aceptar, no sin humor, que me había casado con mi padre. Decidí no bañarme ni cambiarme. Estaría todo el domingo en pijama viendo la televisión: noticieros, futbol, series, películas. Todo el día en el sillón haciendo *zapping*. No pensaba visitar a mi padre en el hospital. Seguro que el mendigo llegaría en algún punto

del día y tocarían el piano a cuatro manos, una orgía de genios. Recordé la cara de desprecio que puso el doctor Echeverría cuando le expliqué mi teoría de que la música había sacado del coma a mi padre. Me ruboricé. Pobre de mí. No le confesé al médico la incipiente idea de que si el vagabundo dejaba de ofrecer esos conciertos en el lobby, mi padre regresaría a su estado vegetal y moriría. Una idea que había crecido durante la noche, en medio de pesadillas en las que arrojaba el cuerpo de mi padre desde el segundo piso del hospital y se estrellaba contra la tapa del piano. ¿Pero cómo lograr que el vagabundo pianista no pusiera más sus asquerosas manos en el piano del lobby? ¿Cómo disuadirlo? Más importante: en caso de encontrar la forma, ¿estaría dispuesto a dar el paso?

Mi esposa se marchó con un beso al aire. Sus labios se fruncieron como el hociquito de un ratón y luego lanzaron un chasquido inaudible. Antes de cerrar la puerta dijo algo sobre que dejara de ser tan inútil y recogiera un poco la casa. Sólo entonces me animé a salir de la cama. Alcancé la cocina, me serví del insípido café que preparaba mi mujer y me senté frente al televisor de la sala. ¿Y por qué no? Supongamos que conseguía alejar al misterioso pianista del San Jorge. Supongamos que, en consecuencia, mi padre caía en coma. Se abrían dos posibilidades. La ideal: mi padre moría unos pocos días después. La menos atractiva: mi padre permanecía en estado vegetal durante varios meses hasta que los médicos se rendían y me ofrecían la opción de desconectarlo. La segunda vía era larga y me obligaba a seguir con el papel de hijo abnegado, pero ponía en mis manos el destino de mi padre.

La posibilidad de convertirme en un parricida me provocó una ligera taquicardia que podía fácilmente confundirse con la euforia. Me levanté del sillón y comencé a dar vueltas por la sala.

—¿Qué haces, maestrito?

Mi hija, al cumplir los quince años, había dejado de llamarme papá. En su lugar utilizaba ese diminutivo despectivo, o mi nombre, Gregorio, o marido de mi mamá. Por alguna razón se le había metido en la cabeza que yo no era su padre biológico. Le parecía imposible que la hubiera engendrado un perdedor como yo.

—Nada.

—Ah, ok, llévame con Tania, pasaré el día con ella.

¡Eso me había encargado mi mujer, que llevara a la nena a casa de su amiga! Me vestí con un pants y una sudadera. Nos subimos al coche, un Tsuru negro que nunca me fallaba, una de las pocas

certezas que me quedaban en la vida. Mi hija se instaló en el asiento trasero y escondió la cara en su celular.

—A sus órdenes, señorita, Jaime la lleva a donde quiera.

La nena arqueó los labios hacia abajo sin dejar de manipular el celular. No había entendido la ironía, por supuesto. Su gesto desdeñoso me hizo sentir un cretino. No dijimos palabra en todo el trayecto, quince minutos hasta una colonia residencial habitada por burócratas y maestros universitarios. Esa clase media provinciana, prejuiciosa y hueca, reaccionaria, cicatera. La clase de gente que a mi mujer le encantaba frecuentar. El tipo de persona en que se convertiría mi hija.

—*Bye*, Gregorio, mi mamá pasará por mí, no te preocupes.

La contemplé mientras se encaminaba a la entrada de la casa de su amiga Tania. Sus nalgas empezaban a adquirir la forma de las de una mujer. Bajo la blusa despuntaban ya unas tetas firmes y redondas. Pronto dejarían de verla como a una niña. Los hombres comenzarían a desearla. Pensamientos obscenos, impulsos inconfesables, chaquetas con la imagen de mi hija en su piel. Tuve una erección. El vértigo hizo que me saltara un alto. Un frenazo. Un pitido. ¡Fíjate, pendejo! La ancha avenida se convirtió en un desahogo. El Tsuru, a cien kilómetros por hora, amenazaba con desbaratarse. Respiré profundo, desaceleré y se esfumó la imagen de mi hija. De pronto ya no quise regresar a casa. No tenía una casa. No tenía nada más que rencor y miedo.

En esa ciudad de provincia, los parias, los olvidados, los náufragos, nadie sabía por qué, habían conquistado un parque moribundo: El Bosque de la Ciudad. Algo así como dos décadas atrás, un gobernador educado en Francia había tomado la determinación de crear un gran bosque a las afueras de la ciudad, un pulmón verde, a imitación del Retiro, el Bois de Boulogne, el Green Park o el Central Park. Mandó traer árboles de diferentes partes de Latinoamérica, hizo construir un lago artificial, cercó el perímetro con una valla alta estilo *art nouveau*. Gastó una millonada en el proyecto. Pero a sus sucesores en el cargo les pareció un adorno inútil y costoso habiendo otras necesidades prioritarias en San Jacinto Río Muerto. Así que dejaron morir el bosque. Con los años se convirtió en un lugar peligroso que ningún ciudadano se atrevía a frecuentar. En ese parque olvidado los pordioseros se escondían, dormían, comían, cogían, se drogaban al amparo de un acuerdo tácito con las autoridades. Se había convertido en su territorio, a espaldas de la ciudad, un lugar en el que se había detenido el tiempo. Ahí me encaminé con la esperanza de encontrar

al músico mendigo, ahí había recalado la noche anterior.

¿Estaba el tipo realmente loco?

Todo ese dislate de ser la Mónada Perfecta me parecía parte de una puesta en escena de un sujeto mucho más cínico que orate. Un seductor que utilizaba la música y su aspecto para embaucar a la gente. ¿Pero con qué fin? ¿Qué pretendía? ¿Cuál era su plan si es que lo tenía? ¿Era casualidad que hubiera aparecido en el hospital a los pocos días de que me padre cayera en coma? No pedía dinero ni comida. En su mirada brillaba un permanente destello de mordacidad que desmentía su locura. Sus modales, su vocabulario y su impecable técnica interpretativa aludían a una elevada educación. ¿Se trataba de un asceta en un tiempo en el que nadie renunciaba a los placeres del mundo? ¿Existían los filósofos todavía?

Antes de llegar al parque me detuve en un cajero automático y extraje dos mil pesos. Tenía un plan. Y un hombre con un plan suele ser temerario hasta que todo se va a la mierda.

Dejé el coche a la entrada. El cerco que alguna vez rodeó el parque se encontraba semiderruido. Me adentré por un sendero de tierra y maleza seca. A los pies de eucaliptos y álamos, los habitantes del parque habían levantado improvisadas tiendas de campaña con cobijas, lonas y cartones. Restos de fogatas convocaban a despojos humanos que me observaban con curiosidad y resentimiento. Basura. Traté de reconocer entre ellos al pianista, pero de repente me resultó imposible distinguir a unos de otros, todos parecían el mismo. Era incapaz de penetrar la cortina de putrefacción tras la que se escondían. Y como cuando una presencia extraña entra a un organismo y los anticuerpos se aglutinan en torno a ella, poco a poco me fueron rodeando hombres, mujeres y niños andrajosos. Algunos llegaron a rozarme, casi como una advertencia. El hedor era denso, concreto, tan agresivo que me revolvió las tripas. Intenté reprimir mi cara de vómito. Les sonreí con urbanidad, como se sonríe en la fila del banco. Uno de los mendigos, bastante imponente por las múltiples capas de ropa que envolvían su cuerpo, me pidió con amabilidad socarrona que diera media vuelta y me largara por donde había llegado. Una mujer con un solo colmillo y unas pocas muelas, ojos de lujuria y las tetas casi a la vista, reiteró la invitación a esfumarme, pero antes de partir me ofreció una mamada por cien pesos. Un niño me dio una patada en la espinilla y salió corriendo. Los anticuerpos se echaron a reír. El vagabundo imponente, ya sin tanta amabilidad, insistió en que me fuera. Estaba a punto de seguir su consejo cuando un destello de

coraje me empujó a abrir la boca. Al hablar, los anticuerpos se alejaron un poco. Les expliqué que andaba buscando a un hombre que solía ir a tocar el piano al hospital San Jorge, el cual se autoproclamaba la Mónada Perfecta. Pronunciaba las frases muy despacio, como si estuviera comunicándome con un extranjero o un retrasado mental. Ilustraba cada vocablo moviendo mis manos de forma grandilocuente. Al decir *hombre* dibujaba un hombre en el aire. Al decir *piano* tocaba un teclado imaginario. Lamentable. El mendigo que llevaba la voz cantante señaló a lo que parecía el centro del parque y me hizo señas para que lo siguiera. Los demás andrajosos se dispersaron.

Cuando llegué al corazón del bosque me pidió que esperara en el borde de un claro en cuyo centro había un árbol caído. Un grupo de parias rodeaba a un hombre sentado en el tronco muerto. Se trataba del pianista del hospital. La mayoría eran jóvenes; lo escuchaban hipnotizados. Su voz era melodiosa, grave, una caricia llagada.

—La herida que nos inflige el padre es tan potente como un disparo de escopeta en el pecho —predicaba en ese momento—. Todos ustedes la han vivido en carne propia. Vejaciones, abusos, golpes, insultos, humillaciones. Todos ustedes son una herida sangrante que el mundo ve con desprecio. Son víctimas de un patriarcado que exalta el poder. Poder sobre los otros. Poder sobre el hijo, la esposa, el débil, el enfermo. Yo los invito a liberarnos de esa tiranía. Cada uno de ustedes es un ser inmenso, lleno de gracia. Un plan perfecto, un diseño divino que no tiene que pedir perdón por existir, ni dar explicaciones ni justificar sus actos. Nosotros, los olvidados, los parias, somos el hombre del mañana.

—El hombre del mañana —replicó la audiencia en una sola voz.

El mendigo que me había guiado se acercó al músico y le dijo unas palabras al oído mientras me señalaba. Tuve la sensación de que el pianista sabía de antemano que yo estaba ahí y que sus palabras iban dirigidas a mí, sólo a mí.

—Tenemos visita, damas y caballeros, sean corteses —dijo el músico—. ¿Me dicen que anda buscando a la Mónada Perfecta?

—Así es.

Se levantó, cruzó el círculo de vagabundos que ya se desarticulaba y se plantó frente a mí con una insolencia exultante. Tal vez había cometido un error al presentarme ahí.

—¿Ya nos conocemos, verdad?

—Ayer usted tocó el piano con mi padre, en el hospital...

—Sí, sí, por supuesto, ya lo recuerdo. ¿En qué lo puedo ayudar?

Dudé en la forma en que le plantearía mi petición. No encontré

otra manera que pedírselo directamente.

—Quiero que deje de ir al hospital a tocar el piano.

Las palabras salieron de mi boca a pesar de mí. Quiero decir: a pesar de esa parte de mí que aún se negaba a admitir el profundo deseo que tenía de matar a mi padre. Tal vez se trataba de la atmósfera anárquica que me rodeaba, pero si aún tenía algunos reparos en cuanto a mis sentimientos parricidas, al expresarlos se desvanecieron.

—¿Y por qué tendría que hacer eso? Me encanta ir a tocar al San Jorge, es un buen piano, no es fácil conseguir un instrumento de esa calidad.

—Aquí traigo dinero, imagino que no le caerá nada mal.

—No me interesa el dinero. Mejor págueme con la verdad. ¿Por qué quiere que haga eso?

Me sentí sucio con el fajo en la mano, lo había sacado demasiado rápido. Me sentí torpe, infantil. Tenía miedo y rabia. Ganas de llorar, de insultar al pordiosero, de salir corriendo y de quedarme. El mendigo pianista, ante mi silencio, dio media vuelta y se alejó unos pasos. La entrevista había concluido. El vagabundo que me había guiado al claro me tomó del brazo con delicadeza y me invitó a marcharme.

—Creo que usted, con su música, despertó a mi padre del coma en el que estaba —dije.

El músico se detuvo.

—Tal vez le parezca una tontería, pero estoy convencido de que si no vuelve a tocar ese piano, caerá de nuevo en coma.

—¿Y por qué tendría que hacer yo eso? Su padre me pareció una buena persona.

—¿Está loco? ¿Una buena persona?

El mendigo se encogió de hombros dándome a entender que esa conversación implicaba un grado de demencia.

—Dígame lo que quiere sin rodeos, no me haga perder el tiempo —me ordenó.

¿No es lo que hacían en ese lugar: perder el tiempo? En fin.

—Estoy dispuesto a pagarle dos mil pesos para que no ponga más un pie en ese hospital y así mi padre termine de morirse —dije casi con euforia.

El mendigo se detuvo unos segundos a valorar mi petición mientras me estudiaba. De pronto esbozó una sonrisa de tahúr.

—Como ya le dije, no me interesa el dinero. Pero a ellos sí, lo necesitan —y señaló vagamente el parque—. Repártalo entre ellos, ésa es mi condición para no volver al hospital.

Hizo una pausa larga y majestuosa que no admitía otra réplica que mi silencio. El solo hecho de que hablara me tranquilizaba.

—Tengo otra condición. Escúcheme bien lo que le voy a decir y piénselo antes de contestar: el día que muera su padre quiero que venga a pasar una temporada a este parque. Renunciará a todo y vivirá con nosotros, como nosotros. Ése es el verdadero precio de lo que me está solicitando. Si acepta y no cumple, le advierto que puede haber consecuencias.

¿Qué me pedía ese iluminado? ¿Abandonarlo todo? Eché un vistazo al pútrido y desolador paisaje que me rodeaba y a sus habitantes en andrajos. Cierto que en algún momento de nuestra existencia todos deseamos saltar al vacío, despojarnos de nuestro yo para ser otro. ¿Pero era justo el precio que debía pagar por desear la muerte de mi padre? Iba a contestarle que estaba demente si pensaba que yo... cuando ese ente oscuro que se había manifestado en algunas ocasiones durante mi vida, volvió a hacerlo para hablar en mi lugar.

—De acuerdo.

—¿Está seguro? Mire que si no cumple habrá consecuencias.

—Sí —confirmé, y un temblor imperceptible sacudió mis corvas.

A medida que regresaba al Tsuru, mi personalidad proclive a la evasión se empeñó en desestimar el pacto que acababa de hacer. La situación era absurda, insostenible, por lo que las palabras dichas carecían de valor. Además, Fausto siempre me había parecido un imbécil y Mefisto un pretencioso hijo de puta. Unos días después comprobaría lo equivocado que estaba. La Mónada Perfecta jamás hablaba en vano. Ya en el auto me sentí avergonzado de lo que acaba de suceder. Era tal el bochorno que me empeñé en borrarlo de mi cabeza. No había ido a ese lugar, no había hablado con ese hombre. Luego me entró el verdadero pánico: ¿cómo iba a justificar ante mi mujer haber gastado dos mil pesos por una corazonada fantástica? Ella llevaba las cuentas con una dedicación implacable.

Tendría que mentirle.

X

La primavera trajo al salón de música de la Casa de la Cultura a la alumna de cabello violeta, tatuajes y *piercings* enfundada en un short cortísimo, una nimiedad de short, y un top negro que nada más cubría sus pechos. Su breve cintura, toda desnuda, a un metro de mi mano, lucía un ombligo liso, y dentro del ombligo, uy, qué dolor, una pequeña zirconita cortada como un diamante. La piedrita asomaba como si la carne fuera sólo un pretexto. Del costillar a la cadera, por el flanco derecho, se extendía una rosa con espinas de las que escurrían gotas de sangre. La conjunción de tatuaje, diamante pobre y cinturita me puso muy caliente.

La alumna, como era habitual, aporreaba el teclado. Dejé de escucharla. Lanzaba a través de la punta de mis dedos ondas imaginarias que retozaban en su piel. De pronto, el silencio. Había terminado de destrozar *Rock me baby*. Como siempre sus ojos estaban anegados.

—¿Te dolió?

La alumna me miró a través de la cortina de lágrimas con una expresión perpleja.

—¿Cómo dice, maestro?

—Que si te dolió.

Mi dedo índice se acercó peligrosamente a su ombligo. Se detuvo a unos centímetros. La alumna se deslizó por la banca hasta el extremo opuesto. Se sujetaba de la tapa del piano para no caer.

—¿El piercing?

—Ajá.

—Eh, no, bueno, no mucho, algo, un poco. ¿Qué le pareció?

—¿Qué me pareció qué?

—¿Cómo toqué?

—Ah, sí, mucho mejor, has tenido una considerable mejoría en la técnica. Pero al llegar a la parte —me senté en la banca, mi

muslo rozó el suyo desnudo— en que dice «*you don't know how it makes me feel*», debes dejar un *tempo*, así —la alumna retiró su muslo del mío— y atacar el siguiente compás así, ¿ves? —dejé caer mi mano izquierda sobre su rodilla después de ponerle el ejemplo—. Inténtalo.

Mi mano reconoció la textura huesuda de esa rodilla adolescente y rompió a sudar. Mi pene comenzó a hincharse. La alumna se puso en pie de un brinco.

—Ya es tarde, mejor lo intentamos en la próxima clase. Tengo que irme.

Y salió del salón corriendo. Me sentí un canalla, un viejo repugnante con una dolorosa erección y un atisbo del aroma de su sexo en mis narices. Consulté la hora en el celular. Faltaban quince minutos para la siguiente clase. Me encaminé a los baños. Estaban desiertos. Entré a un privado, me aseguré de trancar la puerta, saqué mi miembro y comencé a masturbarme. Sonó el celular. Sin dejar de acariciar el glande, verifiqué el número entrante con la mano libre: número desconocido. Contesté.

—¿Es usted Gregorio Cárdenas?

—Sí.

—Soy el doctor Echeverría. Siento mucho tener que darle esta noticia...

Mi padre acababa de fallecer.

Después de colgar, conservé en una mano el celular y en la otra mi pene flácido. Me puse a observar los azulejos de la pared del baño mientras calculaba los días que habían pasado desde mi encuentro con el pordiosero pianista: cuatro. En ese tiempo había acudido una sola vez con mi padre. La visita no duró más de media hora. Me exigió que lo sacara de allí. Me llamó inútil, me dijo que no servía ni para llevarlo a su casa a morir tranquilo o lo que fuera que tuviera que pasar. Le dije que era un viejo egoísta, mezquino, y que por mí podía reventar en ese momento. Salí del hospital decidido a no regresar más.

Ahora estaba muerto.

Reaccioné por fin. Guardé pene y celular cada uno en su sitio y abandoné la Casa de la Cultura sin decir nada a nadie. Le mandé un WhatsApp al director, que no estaba, contándole lo ocurrido y después apagué el teléfono. Me entró una inmensa pereza al visualizar lo que se avecinaba. Ya en el Tsuru me dio un ataque de risa. Luego recordé el pacto con el mendigo y la carcajada se diluyó en una punzada en el estómago, un presentimiento. Él había cumplido con su parte. ¿Cumpliría yo con la mía? No, me dije en

ese momento, aferrado aún a una normalidad en la que mi padre había muerto por causas naturales, en la que no existía el loco del piano, en la que la supuesta pena me embargaba el corazón, en la que yo era aún Gregorio Cárdenas.

Enterrar a alguien supone adentrarse en un laberinto burocrático agotador. Con mi mujer, quien al saber la noticia destapó una cerveza y brindó por el acontecimiento muerta de la risa (¿muerta de la risa?, qué ironía), no contaba. En esos días de funeral y entierro se dedicó a recordarme lo cabrón que había sido mi padre y lo pusilánime que era yo. Así que persuadí a los músicos de la banda municipal de que se encargaran de todo lo relacionado con las exequias. Yo era incapaz, estaba al borde del colapso por la pérdida. Lo entendieron, todo el mundo entiende estas cosas.

Oh, fastuoso funeral. Doscientos coches tras del féretro con el difunto maestro adentro. Un cortejo solemne que partió de la funeraria, pasó por delante del ayuntamiento, en donde las autoridades le hicieron los honores, y continuó rumbo a la capilla de la Asunción, en la que se celebró la misa de cuerpo presente. Oh, panegírico melifluo y mentiroso: pilar de la comunidad, artista consumado, fundador de las instituciones culturales en esa ciudad de provincia bárbara y sinarquista. Y pásele al púlpito, maestro, a despedir a su padre. Oh, tartamudez inmunda, repetición de epítetos tomados de la tele. Gregorio —me dijo la nena al terminar mi discursito—, te escuchaste pésimo. Mi esposa sonreía en consonancia con la apreciación de mi hija.

—No sonrías —le reprendí—, que todos nos están mirando.

Oh, puñados de tierra desparramándose sobre la tapa del ataúd de cedro, con su redoble definitivo, pataplán, con su sencilla rotundidad, pataplán. Ahí yacía mi padre, bajo una lápida grandilocuente (*La música fue su vida*, ¡a quién carajos se le había ocurrido semejante idiotez!), alimento de gusanos, liberado al fin de la cárcel del cuerpo: ¿pero quién reía el último, eh, quién?

XI

—¿Te das cuenta que ya soy huérfano de padre y madre? —le comenté a mi mujer unos días después del entierro.

La idea en sí era inquietante. Detrás de mí ya no quedaba nada. Delante de mí, una hija que seis o siete décadas después moriría. Mi mujer me miraba ausente: Ajá, de todas formas, ¿para los padres que tenías?, dijo. Luego salió de la cocina llamando a gritos a la nena. Sorbí el café sintiéndome desnudo y feliz. Me llenaba una agradable sensación de no pertenencia. Empezaba una nueva época para mí. Lo podía olfatear en el aire. Ya no había ofuscación. Los jodidos pajaritos cantaban allá afuera rebosantes de primavera. El cielo azul salpicado de nubes esponjosas y muy blancas entraba por la ventana de la cocina. La luz era un milagro. ¡Yo era un milagro de orfandad! Ya no había nada ni nadie que me impusiera un pasado, que me trazara un futuro. Estaba solo en el mundo.

Mi mujer y mi hija entraron a la cocina. La primera buscaba las llaves del Tsuru. La segunda me sonreía con desdén mientras manipulaba su celular. ¿Quiénes eran esas dos criaturas horrorosas, zafias, vulgares? ¿Por qué estaban en mi casa? Hice el intento de salir, no aguantaba su presencia. Pero en el momento en que les daba la espalda, la nena empezó a tararear una melodía. Me detuve en el marco de la puerta. Fui identificando poco a poco la tonada: la *Gymnopédie n.° 1*, de Satie.

—¿Y esa melodía? —le pregunté.

—¿Cuál?

—La que estás tarareando.

—No sé, la escuché en alguna parte.

—¿En dónde?

—Ay, Gregorio, no me acuerdo.

—Haz memoria.

—¿Qué te pasa, cálmate? —intervino mi mujer.

—No te metas. ¿Dónde la escuchaste?

—En casa de una amiga, no sé.

Era imposible que la hubiera escuchado en casa de una amiga. Las familias de las amigas de mi hija no escuchaban a Satie.

—¡Piensa, carajo!

—¡No le hables así a la niña, pendejo! —gritó mi mujer.

Mi hija me observaba como si fuera un sátiro excitado. Balbuceó:

—Creo que fue ayer, cuando venía de la escuela para acá, como a una cuadra de aquí, en donde está el Oxxo, había un hombre tocando una guitarra.

—¿Cómo era?

—No sé, no me fijé, era uno de esos *homeless*, tenía un sombrero en el piso para que le echaran dinero. Tenía barba y el pelo largo, con canas.

—¿Hablaste con él?

—No, no le dije nada.

—¿Y él?

—Ahora que me acuerdo, me dijo algo cuando me iba. Algo de los niños desnudos.

—¿Qué? —cacareó mi mujer como una gallina vieja—. ¿Por qué no nos contaste antes? Ha de ser un pervertido, un pederasta de esos.

—La fiesta de los niños desnudos, ¿eso te dijo?

—Sí, sí, eso mero —exclamó mi hija—. Desde ayer no he podido sacarme la música de la cabeza. Es muy triste.

—Es la *Gymnopédie n.° 1* de un compositor francés, Erik Satie. Y el pordiosero que viste no era ningún pervertido. *Gymnopédie* significa eso: la fiesta de los niños desnudos. Una celebración de los púberes espartanos en honor a la diosa Leto y sus hijos Apolo y Artemisa. A pleno sol, completamente desnudos, los niños y jóvenes bailaban y enfrentaban pruebas de gran exigencia física.

—¡Asco! —expulsó la nena por su boquita pintada como una aprendiz de puta.

—Háblale a la policía, Gregorio —me ordenó mi mujer.

—No seas idiota, no creo que esté ahí, en la esquina, esperando que la chota se lo lleve.

Mi mujer iba a replicar airada, enfurecida, pero algo ha de haber detectado en mis ojos que la detuvo. Insólitamente, guardó silencio al tiempo que abrazaba a la nena.

Yo sí sabía quién era y dónde encontrarlo. También sabía que me estaba enviando un recordatorio. Teníamos un pacto y no había

cumplido con mi parte. Él, sí: mi padre estaba muerto.

Ese día luché encarnizadamente contra la memoria. El olvido era la solución a todos mis problemas. Renuncié a la memoria de ser padre y esposo, hijo, hombre. Mi renacimiento exigía dejar atrás la culpa, el amor (que son prácticamente lo mismo), los celos, el odio, la envidia. Mi empeño: un cuaderno en blanco y una pluma con la que reescribir mi historia con música de Wagner. Adiós a la melancolía. Adiós a la razón apolínea y bienvenido el éxtasis dionisiaco.

En esos términos le expresé mi deseo a la alumna de cabello violeta, tatuajes y *piercings* cuando llegó puntual a su clase de piano unas horas más tarde. Creí que lo iba a entender, ella representaba un desafío a la moral de esa ciudad de provincia. La arrinconé en el salón de música y le hice notar la erección que palpitaba dentro de mi pantalón en su honor. Le rogué que la palpara, porque así palparía mi nuevo ser, ese ente oscuro que había permanecido oculto y que por fin afloraba luminoso. Huyó dando gritos por un resquicio que había dejado mi brazo izquierdo. A los cinco minutos apareció el director de la Casa de la Cultura y me exigió abandonar el lugar. Me dijo que podía justificar mi conducta por mi reciente pérdida (¡imbécil!), pero los padres de los alumnos, no. Estaba despedido. Lo tomé del cuello de su impecable y amariconada camisa, lo arrastré hasta la puerta del salón de música y le asesté un cabezazo en la nariz. Lo dejé gimoteando y sangrante. El horror y la incredulidad en sus ojos se me antojaron un irresistible amanecer.

Ese día luché contra quien había sido y reivindiqué con gallardía quién quería ser. A los jóvenes integrantes de la orquesta de la secundaria Benito Juárez los invité a rasgar sus ridículos uniformes escolares, a lanzar los libros de texto por la ventana, a estrellar los instrumentos donados por el Club de Leones contra las paredes del salón de ensayos. No supe en qué momento una de las clarinetistas encontró la forma de salir del aula, buscar al prefecto y avisarle que el maestro de música se había vuelto loco. Abandoné la escuela en medio de la horrísona desaprobación de los otros maestros y de la directora, asegurándoles que pronto regresaría para incendiar esa fábrica de cadáveres vivientes.

Había perdido el control, pero nunca antes había sentido con tanta precisión la claridad de mi destino.

Esa noche, por primera vez en quince años de matrimonio, dormí solo.

—¿Qué haces? —preguntó mi mujer.

—Me acuesto en el sillón. La sola idea de dormir a tu lado me

repugna. Podría incluso matarte si escucho tus ronquidos a mi lado.

Mi mujer salió de la sala en un llanto, extrañamente sin palabras ofensivas. Mi hija, que en ese momento pasaba por ahí, por primera vez en mucho tiempo levantó la mirada del celular y me vio a los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas por la indignación.

—¡Ve a tu cuarto, chamaca babosa, quiero estar solo!

Una tormenta se había desatado en ese hogar contemporáneo, con miembros contemporáneos, con tecnología contemporánea, con cuerpos contemporáneos, con diálogos contemporáneos. Y yo era la reencarnación del puto Zeus.

En la madrugada, los gritos de mi hija me despertaron. Eran unos alaridos espeluznantes. Fui a su cuarto lentamente, más atraído por la curiosidad que por un deber paternal. Su madre ya estaba en la cabecera tratando de despertarla. Nena, nena, cálmate, le decía, soy yo, tu mamá, despierta. Abrió los ojos y en ellos el terror tenía la forma de una galaxia previa a la invención del universo. Abrazó a su madre, entre sollozos trató de explicar la pesadilla que acababa de tener.

Se encontraba desnuda junto con otros púberes desnudos al borde de una profunda grieta abierta en la tierra. Al fondo, un fuego eterno, inextinguible, llamas bíblicas por doquier. Unos hombres sucios, violentos y soeces, a punta de látigo, obligaban a los púberes a salvar la grieta de un salto. Todos, incluida mi hija, sabían que era imposible lograrlo. Pero las laceraciones en la piel que provocaban los latigazos se agusanaban al instante como si fuera la piel de un cadáver en descomposición, a pesar de que estaban vivos. Cuando le tocó el turno a mi hija, el horror de esos insectos comiendo su carne la orilló a saltar. Despertó unos segundos antes de ser devorada por las llamas.

—Pero lo peor de todo —dijo ya exhausta al terminar de narrar la pesadilla— era la música que sonaba en mi cabeza. La misma que tocaba el *homeless* con la guitarra.

—¡Ya ves lo que provocas con tus historias y con ese comportamiento tan raro que tienes! —me reclamó mi esposa.

—¡Cállate, pendeja, hablas, hablas, hablas, siempre hablando; me tienes hasta la madre! —le grité—. No te preocupes, tengo la solución, aunque no lo creas, tengo la pinche solución, yo, yo, tengo la puta solución.

Regresé al sillón de la sala. El resto de la noche dormí como un recién nacido.

XII

La mochila abierta sobre la cama esperaba vacía. Metí unos calzones y los saqué. Metí unas playeras, alguna camisa, un par de pantalones, pero al cabo de unos segundos regresé todo a la cama deshecha, con la huella del cuerpo obeso de mi mujer. Ellas no estaban en casa. La nena, en la escuela; mi esposa la había llevado. Después ocuparía toda la mañana en mandados: ir al supermercado y al banco; pagar la luz, el agua, el gas, el cable, Internet. Con un placer inefable, desde el sillón de la sala las había escuchado cuchichear indignadas mientras desayunaban. ¿Qué clase de monstruo habían despertado en ese hombre hasta entonces dócil, fondón, sumiso? O tal vez solamente atinaban a balbucear su irritación para ocultar el miedo, el terror, la repugnancia que les provocaba.

Tenía tiempo de sobra para despedirme de esas paredes que habían sido mi hogar durante los últimos diez años. Nos mudamos cuando la nena tenía cinco. Me restaban doscientos cuarenta meses de módicas cuotas para terminar de pagarla. Novecientas sesenta semanas. Unos siete mil doscientos días. Cuando fuera un viejo de sesenta años, mi casa sería por fin mi casa. Una tumba de cincuenta metros cuadrados con goteras, pisos irregulares y acabados pinches, tan desgastados como sus habitantes.

¿Qué se llevaba uno al parque de los parias? Tal vez nada. Un renacimiento exige desnudez. El bautismo de los antiguos cristianos consistía en sumergir en las aguas de un río o del mar al ungido hasta que sus pulmones agotaran casi todo el aire. Sólo entonces lo sacaban de las profundidades y el nuevo miembro de la grey respiraba a bocanadas la vida elegida, purificado. Los sacerdotes de ahora, congestionados de carne y vino, esparcen unas gotas sobre la frente de un recién nacido incapaz de comprender lo que está pasando, pronuncian las palabras mágicas, cobran por el servicio

sacramental y se largan a algún retiro espiritual a que un niño les toque el pito.

Si todo había perdido su significado, bien valía la pena seguir al pianista con lo puesto.

Regresé la ropa esparcida sobre la cama a sus cajones y guardé la mochila. Observé mi reflejo en la luna que colgaba a un lado del clóset. Ése era yo, era todo lo que tenía. Dejé en el cajón del buró de noche la cartera con mis identificaciones, mi tarjeta de crédito y un puñado de billetes. Una luz cristalina entraba por la ventana y estallaba en la superficie del espejo. Parecía que un halo me rodeaba. ¿Ése era yo? Salí del cuarto, me dirigí a la cómoda de la entrada a recoger las llaves. Fue un acto reflejo, no las necesitaba adonde iba. Eché un último vistazo a la casa y salí a la calle. Nada de taxis ni autobuses. Caminaría al bosque, entraría en él, buscaría al pianista, olvidaría el nombre de mi padre, el de mi madre, el de mi mujer y el de mi hija. El mío propio. ¿Gregorio? ¿Quién es ese Gregorio por el que preguntan? No lo conozco.

Andar la ciudad me reveló de manera especial sus llagas, sus heridas, su abandono. Tenía referentes, aún no los perdía. Mi ciudad se había convertido en una ciudad minada por la corrupción de sus gobernantes, por la indiferencia de sus ciudadanos, por el hastío de un conglomerado recluido en la ilusión de que aquello, de alguna forma, funcionaba mientras no salpicara demasiado la mierda. Pertrechada bajo paraguas e impermeables frágiles pero luminosos, la gente corría de un lado a otro sin atreverse a reconocer que había olvidado aquello que perseguía. Correr se había convertido en el fin. Pero yo caminaba, tranquilamente, sin prisa, por aceras agrietadas, plazas con estatuas sepultadas bajo el guano de los pichones, jardineras y camellones resecos, receptores de la basura que los conductores arrojaban por la ventanilla. Y a cada paso me convertía en sospechoso. Los ojos de los otros me veían con recelo. A medida que me acercaba al poniente, las llagas y las heridas de la ciudad se revelaban más purulentas. Ya no fui sospechoso por caminar, sino por la ropa que traía, por mi altivez inconsciente, por mi mirada ingenua, sobrealimentada.

Y el parque apareció ante mí más jodidamente miserable que la última vez en que estuve en él.

Me recibió una manada de perros callejeros. El macho alfa, a la cabeza, me gruñía. Famélico, listo para el ataque, los pelos del lomo erizados, mostraba sus colmillos mientras el resto, unos metros más atrás, me advertía a ladridos que no traspasara la línea imaginaria que marcaba el inicio de su territorio. Me detuve. Nunca les había

temido a los perros. Conocía sus códigos. Observé al macho alfa a sus ojos ambarinos, encorvé un poco el cuerpo y mientras agitaba los brazos como alas emití un ronco, potente, incuestionable NO. El líder de la manada agachó la testuz apenas unos centímetros y retrocedió humillado. Pero era listo el perro. Me dejó dar unos pasos hacia la entrada del parque y en cuanto husmeó mi confianza, contraatacó. De tres saltos se situó a menos de dos metros de mi yugular. Flexionó los cuartos traseros, levantó los belfos, tensó los músculos… Un grito lo paró en seco. Un grito sereno, de amo. Un grito que contenía un nombre: *Mocho*. Su cola cortada hacía honor al apelativo. El amo no era otro que el mendigo imponente a causa de las muchas capas de ropa. Transpiraba un sudor negruzco. El calor primaveral calentaba el mediodía.

—¡Mocho, atrás! Pinche perro cabrón. —Luego se dirigió a mí—. No le gustan los extraños.

El perro merodeaba a los pies del amo. De reojo me sugirió —una advertencia torva— que regresara por donde había llegado, que tal vez la voz del amo no bastaba para detenerlo.

—No estoy aquí porque quiero. Vine a cumplir mi parte.

El mendigo imponente soltó una carcajada.

—Nadie está aquí porque quiere, todos tenemos una deuda que pagar —dijo, y me hizo un gesto para que lo siguiera. La manada me precedió moviendo sus colas en un jolgorio de pulgas y garrapatas.

Esta vez encontré al mendigo pianista instruyendo a un pequeño ejército de niños. Al menos diez estaban sentados en la tierra con la mirada atenta. El pianista presidía la reunión desde el mismo tronco en que lo vi tocar la guitarra la última vez. Los niños, cuyas edades oscilaban entre los ocho y quince años, conservaban en sus manos o entre las piernas botellas de plástico con agua y jabón, trapos y limpiaventanas con el hule carcomido. El pianista formaba grupos de tres y les asignaba un crucero concurrido, nombrando jefe de grupo al mayor de los integrantes. Lo contemplaban con veneración, como si fuera un maestro sabio y paternal pero severo, y asentían sin cuestionar ninguna de sus órdenes. A todos los llamaba por sus apodos; al hacerlo, les dedicaba una breve sonrisa que iluminaba el rostro de los pequeños.

—Estos son los limpiavidrios. No tienen ninguna habilidad especial —me explicó el pordiosero—, por eso los mandamos a joder en los cruceros. No sacan mucho, pero aquí nadie puede estar sin hacer nada.

En su voz había un eco de autoridad que me llevó a pensar que

se trataba de uno de los habitantes del parque más importantes. Una especie de lugarteniente o de apóstol del pianista. Veía al grupo de chamacos con displicencia y un atisbo de orgullo.

—Soy el Tachuelas.

Dudé en estrechar su mano tiznada, de uñas largas y negras, de cicatrices y escoriaciones, una mano fuerte. Su contacto áspero me provocó un escalofrío. Estaba a punto de decirle mi nombre, Gregorio, pero recordé que ya no me llamaba así. Guardé silencio.

—Al rato te ponemos uno, no te preocupes.

El batallón de limpiavidrios rompió la reunión y encaminó sus pasos a la salida del parque. Se empujaban, se perseguían, se daban patadas juguetonas en las nalgas y se burlaban unos de otros. El pianista llegó a mi altura.

—Bienvenido. Lo primero que tenemos que hacer es ubicarte en un lugar. Tachuelas, llévalo a lo del Chilegüero para que se ponga cómodo. Aquí los espero.

Seguí al Tachuelas. El sol se colaba entre el follaje raquítico de los árboles del parque. El mendigo estaba empapado en sudor.

—Murió en la madrugada del domingo. Lo atropellaron al cruzar una calle, iba hasta la madre de pedo. Lo han de haber arrollado adrede, hay mucho hijo de puta en esta ciudad. Cuídate de ellos.

—¿A quién atropellaron?

—Al Chilegüero. La ambulancia llegó una hora después. Murió destripado como un perro.

Llegamos a un tronco seco, caído sobre un promontorio de piedras. Las raíces del tronco y el promontorio formaban un hueco transformado en una pequeña cabaña de lonas y cartones. Dentro, un par de cobijas que apestaban a animal muerto tendidas en el suelo, un anafre de carbón sobre el que reposaba una olla de peltre despostillada, una caja de zapatos, bolsas de plástico que contenían más bolsas de plástico, un cuchillo sin filo clavado en la tierra. Objetos rotos sin otro significado que su inutilidad. Por ejemplo, una pequeña lámpara de noche de plástico sin foco ni cable, una charola de hielos cuyos moldes cuadrados estaban agujereados, las tripas de un transistor, un peine sin púas, una rasuradora sin cabeza.

—Éste es tu nuevo hogar. Hónralo. El Chilegüero era uno de los últimos mendigos de a de veras. Sólo pedía, nada de andar haciendo mamadas a cambio de una lana para justificarse. Él apelaba a la caridad de las personas y al miedo. Un grande. Ya no quedan de ésos. El Mocho era su perro, por eso anda medio alebrestado. A mí apenas me hace caso. Si te lo ganas, también es tuyo.

Me puse a cuatro patas y me deslicé dentro de aquel vientre inmundo. Olía a hombre viejo y a rabia.

XIII

Mojamos la ceremonia de iniciación con aguardiente de caña Viva Villa. La colecta había alcanzado para tres garrafas de cinco litros y un par de botellas de Coca-Cola de tres litros. Sólo los jóvenes y los niños mezclaban el aguardiente con el refresco. Los hombres y las mujeres tomaban directamente de las garrafas. El primer trago me abrasó la garganta y el esófago y reventó en mi estómago. Los ojos se me empañaron. A medida que el alcohol hacía efecto, el Viva Villa dejó de quemarme las entrañas y su sabor a caña silvestre abolió poco a poco mis papilas. Estábamos todos alrededor de una fogata a los pies del tronco caído. Éramos poco más de cien. Algunos se agrupaban en lo que parecía una familia. Otros se refugiaban en una soledad triste de la que salían para beber de las garrafas que circulaban sin codicia. Los había hermanados por algún tipo de complicidad de oficio, origen o edad. Mi olfato, a esas horas embrutecido por el aguardiente, se había acostumbrado al olor nauseabundo que todos despedían, incluido el pianista.

En algún momento de la noche, después de entonar rancheras y boleros que diferentes músicos tocaron en la guitarra sin una cuerda, se hizo un silencio sólo interrumpido por el crepitar de la leña. El pianista se puso de pie sobre el tronco y ordenó que me desnudaran. Reí idiotamente ante la ocurrencia. Una risa de babas y eructos. El aguardiente tenía en llamas la boca de mi estómago. Luego, entre la bruma de la borrachera, me di cuenta de que hablaba en serio. El resto de los mendigos me observaba solemne. El Tachuelas rompió el círculo y gentilmente me llevó a los pies del tronco. Comenzó a quitarme la ropa. Me dejé hacer. Sonreía como un retrasado mental mientras las manos del vagabundo me despojaban de la ropa que contrastaba groseramente con la suya. Sentía el calor de las llamas en mi cuerpo fofo proyectando sombras

gigantes entre los árboles del parque. No me avergonzaba de mi desnudez. Al contrario, sentía una especie de conexión íntima con los demás y un deseo abrumador de permanecer desnudo frente a sus ojos. Nadie se burlaba de mi carne expuesta. Nadie me veía con la concupiscencia, la repulsión, la curiosidad o el pudor que despierta la desnudez en nuestra cultura. Contemplaban al pianista a la espera de una señal. Y el pianista habló:

—Un nuevo hermano se nos une esta noche. Un nuevo miembro que nos fortalece. Será uno más o no será. A partir de este momento, su aliento, su cuerpo, sus pensamientos, sus deseos estarán al servicio de la comuna. Despojado de su egoísmo, de su vanidad, de su codicia, cada uno de sus actos tendrán sentido porque nada de su anterior vida, mezquina e inútil, estará presente. Te aceptamos como el más humilde de los sirvientes. Lo que des, recibirás con creces. Adelante.

El Tachuelas golpeó mis corvas haciéndome caer. Una docena de hombres me rodeó. Sacaron sus penes y empezaron a orinar sobre mi cuerpo. Las piernas, los brazos, la espalda, la cabeza, el cuello. En sus ojos no había desprecio ni intención de humillarme, nada más esa terquedad ceremonial y sumisa. Rompí a llorar. Manso, empapado en los líquidos más íntimos de esos hombres, lloraba como un recién nacido y sentía un desconsuelo tan grande que deseé ser abrazado. Me arrastraba de las piernas de unos a las de los otros para restregarme en ellas y llenarme de su calor. Los hombres que me habían orinado acariciaban mis cabellos como se acaricia el lomo de un perro y me invitaban a seguir llorando con palabras dulces. Unos minutos después el Tachuelas me ayudó a ponerme en pie y me entregó un bulto de ropa. Un pantalón tres tallas más grande que sujeté a mi cintura con una cuerda. Una camiseta decolorada con la imagen decolorada de un candidato a la alcaldía de hacía mucho tiempo. Un suéter lleno de quemaduras de cigarro. No pregunté a quién había pertenecido esa ropa. Respetaron los calcetines y los zapatos (unos tenis bastante viejos) con los que había llegado. No era tan fácil encontrar una talla que se ajustara a mis pies. Ya vestido, empecé a parecerme a todos ellos.

Pero la ceremonia de iniciación aún no había terminado.

Todos los presentes, a una sola voz, casi en un estado hipnótico, empezaron a entonar una lista de doce mandamientos tan absurdos como escalofriantes:

Guardarás tu opinión o consejo hasta que sea pedido.

No agobiarás a otros con tus problemas, a menos que estés seguro de que quieren oírlos.

Mostrarás respeto en el espacio ajeno; si no lo haces, mejor no te presentes ahí.

Si algún invitado se comporta de forma grosera en tu casa, deberás tratarlo cruelmente.

No procederás con el acto sexual hasta que la otra persona te indique que está de acuerdo.

No tomarás lo que no te pertenece, a menos que la otra persona suplique que se le quite esa carga.

Siempre reconocerás el poder de la Mónada Perfecta para que su beneficio sea duradero. El día que no lo hagas, desaparecerá todo lo otorgado.

No te preocuparás por los problemas en los que no estés involucrado.

No maltratarás a ningún ser vivo a menos que así lo demande la Mónada Perfecta.

Sólo podrás matar animales, no humanos, y sólo si es para alimento o en defensa.

No molestarás a nadie. Si alguien comienza a molestarte deberás pedirle que se detenga, si no lo hace, ¡destrúyelo!

Honrarás a la comunidad por encima de todas las cosas.

—Que así sea —respondió el mendigo pianista a la letanía.

Me fui del parque en busca de mi primera víctima. Debía regresar con algunas monedas y entregarlas a la comunidad como símbolo de mi compromiso. Olía a orines y a sudor. Embarré mis manos y mi cara con tierra seca y revolví mi cabello. Imaginé mi aspecto y sonreí, los efectos del alcohol no desaparecían del todo. Caminé encorvado, poseído por mi nueva personalidad, huyendo de las luces de las farolas. Arrastraba los pies y mis ojos recorrían el suelo como si buscaran algo. La basura dejó de ser basura. Los pocos coches que circulaban a esa hora me iluminaban parcialmente y seguían su marcha indiferentes. Un viento tenue, fresco, barría las calles. A lo lejos vi una gasolinera y un Oxxo. Pensé que podría probar suerte ahí. Al atravesar la gasolinera, me crucé con uno de los despachadores. Una ligera sensación de vergüenza me hizo titubear. El despachador estaba concentrado en su celular. Levantó la mirada, me vio con desprecio y repugnancia y continuó entretenido en el teléfono. Seguí mi camino hasta la entrada del Oxxo. Me sentía eufórico. Era prácticamente invisible, tan visible como un perro callejero. Me situé a un costado de la tienda y comencé a abordar a los ocasionales clientes. Recordé lo que había dicho el Tachuelas sobre el Chilegüero y apliqué la técnica. Nada de discursos del tipo estoy enfermo, me quedé sin trabajo, acabo de salir de la cárcel, tengo una familia numerosa que mantener, por el amor de Dios… Me acercaba a la víctima hasta golpearla con mi hedor, extendía la mano y decía: un peso para un

taco. La mayoría me sacaba la vuelta con un destello de miedo en los ojos. Algunos decían entre dientes «ponte a trabajar, huevón». Unos pocos seguían su camino como si no estuviera ahí, como si fuera aire, un ente difuso, un olor traído por un golpe de viento. Al fin, un hombre de mediana edad se detuvo y echó mano del bolsillo. Las monedas de uno y dos pesos cayeron sobre mi palma con un tintineo opaco. El hombre evitó rozar su piel con la mía. Al levantar la mirada para darle las gracias, el hombre dio un paso atrás. Luego se concentró en mi rostro.

—Yo a usted lo conozco —dijo.

—¿A mí? No creo.

—Sí, sí, estoy seguro, lo he visto en alguna parte antes y no así… —señaló mi ropa con un dedo tembloroso.

—Me está confundiendo con alguien. Muchas gracias, buenas noches.

—Espere, espere, no se vaya. Estoy seguro… me recuerda mucho al maestro de música de la secundaria Benito Juárez. Mi hijo estudia ahí.

—Ya le dije que no, órale, a chingar a su madre de aquí, no esté jodiendo, váyase a su casa que ya es tarde.

—¿Lo está molestando, señor? —preguntó el despachador de gasolina mientras daba unos pasos en nuestra dirección.

Me alejé de prisa. El hombre que me había reconocido no dejaba de observarme. Antes de perderme en un callejón que corría por la parte de atrás de la gasolinera, alcancé a ver cómo el hombre y el empleado intercambiaban unas palabras.

Aflojé el paso cuando me había alejado lo suficiente del lugar. Sudaba agrio. La cabeza me dolía a causa de la incipiente resaca. Conservaba aún las monedas en la mano. Las conté. Ocho pesos con cincuenta centavos. En la entrada del parque me encontré al Mocho. No tenía fuerzas para enfrentarlo. Mi cuerpo apenas respondía a la orden de dar un paso tras otro. Era una fatiga hueca y corrosiva que me arrastraba a la nada. El perro se acercó, olisqueó mis pies, mis manos y se adentró en el parque. De vez en cuando se detenía y volteaba como una invitación a seguirlo.

(HEUREUX)

I

No tenía más aspiración que la de pertenecer a la Organización Aniquiladora de Reptilianos. Pero el vagabundo pianista se oponía a mis deseos. El vagabundo pianista, ya que fui aceptado en el parque, tuvo un nombre: Dionisio. Y si Dionisio sugería (él nunca ordenaba) que realizaras determinada actividad, la hacías. Yo era músico, *ergo*… Al intentar hacer valer la lógica de que mi nuevo yo no tenía el menor interés en la música, que incluso la detestaba, Dionisio me argumentó que en el parque la comunidad estaba por encima del individuo. Mis habilidades procurarían ingresos a la comuna —así se refería Dionisio a ese cúmulo de desechos— inestimables. Pero una boca como la mía, dedicada a una actividad como la que proponía la Organización Aniquiladora de Reptilianos, implicaba una considerable carga. Mi nuevo yo se llamaba Chamuco. El apelativo respondía a los destellos rojizos que algunos de mis vellos faciales despedían bajo los rayos del sol. He de haber tenido algún antepasado pelirrojo cuyos genes se manifestaban en mi barba que, un mes después de mi llegada al parque, aparecía ya frondosa. Mi cabello había crecido al mismo ritmo. Estaba irreconocible.

Los integrantes de la Organización Aniquiladora de Reptilianos no tenían por qué vivir en el parque. La convivencia de sus miembros con el resto de los pordioseros era casi inexistente. Ocupaban una pequeña parcela al sur del bosque y más que habitarla, la utilizaban como centro de reuniones y proclamas en su lucha por librar a la Tierra de la dominación de la raza reptiliana. No eran indigentes en el sentido estricto, sus actividades no respondían a la supervivencia. Tenían una misión, contaban con adeptos en todo el planeta y su sacrificio por la raza humana era conmovedor. Por tener, tenían hasta página de Facebook: www.facebook.com/OrganizacionAniquiladoraDeReptilianos. Al

menos, esa dirección aparecía al final de los folletos que proporcionaban (a cambio de una cooperación voluntaria) a los ciudadanos inconscientes de la prisión holográfica en la que vivíamos. ¡Me hubiera gustado tanto recorrer las calles de esa ciudad especialmente sometida al poder de los reptilianos, denunciando que políticos, periodistas, intelectuales y empresarios no eran más que títeres de esa raza arcana venida de otra galaxia para someter nuestro mundo a sus perversos dictados!

Pero Dionisio tenía otros designios para mí.

A Dionisio no le gustaba la Organización Aniquiladora de Reptilianos. Sus panfletos plagados de faltas de ortografía y léxico marxista le sacaban de quicio. Pero el líder de la organización era primo del Chilegüero. El Chilegüero había intercedido por ellos en vida. Y Dionisio acostumbraba honrar la palabra dada.

Entonces intenté convencer al mendigo pianista de que me permitiera sumarme al grupo de las estatuas. Ya había elegido un personaje: Groucho Marx.

—Te llevaría mucho tiempo aprender la técnica de estatua. Parece fácil, pero permanecer durante horas sin mover un solo músculo, bajo todo ese maquillaje, al sol, sin parpadear siquiera, es bastante complicado. No podemos darnos ese lujo teniendo en cuenta que ya tienes un talento al que podemos sacarle mucho provecho.

—Pero es que el Chamuco odia la pinche música.

—Es temporal, no te preocupes, pronto tendrás que enfrentar pruebas más determinantes para pagar tu deuda.

—¿De qué hablas?

—Ya lo sabrás.

A Dionisio, de repente, le daba por ponerse enigmático.

—Bueno, entonces dame chance de ser un mendigo sin oficio ni beneficio, así como lo era el Chilegüero, aquí es una leyenda.

—Desgraciadamente la gente ya no da por caridad. No es como antes. Los pordioseros como el Chilegüero están condenados a desaparecer. Ahora tienes que limpiar vidrios, hacer malabares, escupir fuego, tocar una canción, vender algo, ofrecer algo a cambio. La caridad cristiana, ésa que se sostenía en la promesa de ganarse el cielo, está en vías de extinción. Productividad y rendimiento, querido Chamuco. Así que te sugiero que consigas una guitarra, te vayas a alguna plaza y te pongas a cantar boleros.

—Pero si yo no canto un carajo, Dionisio.

—Entonces toca, amigo mío, toca nada más.

Sí, todos en el parque tenían una ocupación. Estaban, por

ejemplo, los malabaristas tragafuego. Eran muy jóvenes, adolescentes muchos de ellos, por lo que difícilmente podía encajar en su grupo. Además, el fuego me daba miedo y los buches de gasolina que se llevaban a la boca para rociarlos sobre las llamas me provocaban náuseas. No solamente escupían como dragones, también hacían malabares con aros y antorchas encendidas. Ellos lucían rastas largas y sucias, ellas padecían una aguda anorexia. Con los días descubrí que esas nínfulas cochambrosas eran el único objeto digno de considerarse de deseo en el parque.

Tuve una etapa de aprendizaje. Durante las primeras semanas, Dionisio me envió con limpiavidrios, estatuas, vendechicles y escupefuegos como un simple observador. Debía aprender las cuestiones más básicas de la supervivencia en la calle:

Saber que ciertas esquinas, plazas y aceras tenían dueño y que invadirlas equivalía a una declaración de guerra.

Discernir cómo el lugar, la hora y el día determinaban los ingresos.

Encontrar el equilibrio entre mendicidad y amenaza, ya que en principio apelábamos a la culpa, pero ésta, a veces, despertaba gracias al miedo que la gente tenía de aquello que creía intuir tras nuestros actos.

Detectar a los depredadores, niños bien aburridos, hijos de la gran puta que algunas noches se dedicaban a apalearnos.

Pero sobre todo tenía que grabarme en mi mente, en mi cuerpo, a un nivel instintivo, que la policía era nuestro principal, nuestro ancestral enemigo. Ellos, los hombres y mujeres de uniforme, representaban el terror, la tortura, el encierro, incluso la muerte. Como una gacela en la sabana, debía olisquearlos en el aire y huir sin importar nada, correr, esconderme, camuflarme, desaparecer. En el parque circulaban historias tenebrosas que se contaban alrededor de una fogata. Algunas eran míticas, relatos ejemplares con moraleja incluida. Otras eran vívidas. El protagonista, con los restos de un café en una taza de latón o una pachita de aguardiente, hipnotizado por la danza de las llamas, narraba entre susurros su experiencia en los calabozos de las comandancias de ciudades fronterizas o rancherías perdidas en una sierra. Me impresionó en especial la historia de un vagabundo de los de mayor jerarquía, uno de los pocos que aún mendigaba sin hacer ni dar nada a cambio. El cristal lo tenía en los huesos. En el parque estaban prohibidas las drogas duras, sólo el alcohol y la yerba eran permitidos. Dionisio lo había recibido y ayudado a desintoxicarse. Acostumbraba delirar, incluso sin foco desvariaba. Como un apóstol, anunciaba el

advenimiento de una diosa que aniquilaría la maldad en el mundo e impondría el reinado de los teibols. Contaban las malas lenguas que antes de caer en el abismo, estuvo locamente enamorado de una estríper. A veces su discurso era coherente, como en aquella ocasión en que narró cómo estuvo a punto de morir en el desierto.

Pronunció el nombre de un lugar, Sonoyta, y nadie supimos dónde estaba. Llevaba más de un mes viajando. Había salido de San Luis Potosí rumbo a Tijuana. Un tren de mercancías al que se había subido de trampa en Tepic lo acercaría a su destino. Y en ese pueblo brotado en el desierto sólo para contradecir su imposibilidad, lo sorprendieron los inspectores de Ferromex y lo bajaron a palos. Le dieron unos buenos varazos en el lomo para que se le quitaran las ganas de viajar gratis. Trató de seguir su camino pidiendo aventón, pero los vehículos pasaban a su lado como entes de una realidad paralela. Apretaron el hambre y la sed y el cansancio en un acuerdo simultáneo y atroz. Se acercó al pueblo con la intención de levantar unas monedas o un taco, beber de una manguera malparada, encontrar una banca en un parque, aunque los parques fueran tan sólo un oxímoron de la arena. Los habitantes de ese hoyo eran bravos, herederos del arte de defenderse de los apaches. Una patrulla lo salvó del linchamiento a manos de un tendero y su endogámica caterva de vecinos. Los polis lo encerraron en una celda de la comandancia. Como era fin de semana, tuvo que esperar hasta el lunes a que se presentara el juez de barandilla para su liberación. Un viejo esbirro le arrimó una cubeta de agua sucia de donde bebían los perros que rondaban el lugar. Vomitó bilis y cantó hasta volver locos a los guardias. A golpes le quisieron cerrar la boca. No pudieron. Cuando lo dejaron libre, lo invitaron a largarse del pueblo. Les dijo que no tenía cómo. Una pareja de agentes salía en ese momento rumbo a San Luis Río Colorado a realizar una diligencia. Súbete a la caja de la pick up y te aventamos ahí, pero el hocico cerrado. Dos horas de una cinta de asfalto estrecha y monótona que atraviesa las dunas separan ambos pueblos. A media mañana, a medio camino, se detuvo la patrulla. Los polis mearon a los pies de un mezquite. El vagabundo quiso vaciar las tripas. Hacía dos días que no tenía dónde cagar. Se escondió tras un saguaro y apretó el esfínter. Cuando un cerote largo y consistente abandonaba su colon y un estremecimiento recorría su cuerpo, oyó el motor de la patrulla. Los agentes, bromistas ellos, lo dejaron en medio del desierto, a la orilla de una carretera por la que pasa un coche de ciento en viento perseguido por su sombra.

Tuve suerte, contaba el vagabundo. Una camioneta de los

Hermanos en Cristo llena de cristianos lo recogió deshidratado, moribundo. Lo instalaron en el centro de rehabilitación que dirigían para desintoxicarlo. Cómo escapó de ese infierno era otra historia que en ese momento no quiso contar.

II

—Está fácil —me susurró el Tachuelas—, sólo tienes que agarrarla y correr como si te persiguiera el mismo diablo.

El dependiente de la tienda de música estaba absorto en su teléfono celular, detrás de un pequeño mostrador al fondo del local. Una hilera de guitarras españolas colgaba a la entrada. Cada una sostenida de una abrazadera entre el mástil y la cabeza. Sus bocas miraban todas al exterior. Ni siquiera tenía que entrar, bastaba con estirar el brazo y hacerme con la primera de la fila. Y, como bien decía el Tachuelas, huir entre el gentío que ese sábado atiborraba el centro de la ciudad, torcer a la derecha por una callejuela, seguir corriendo, volver a girar a la derecha y esconderme durante algunas horas. Pasada la sorpresa inicial, me instruyó el Tachuelas, el tipo llamaría a la patrulla y ésta peinaría el centro buscando a un indigente con una guitarra: un objetivo fácil de identificar. Así que debía desaparecer hasta llegada la hora del perro. El sitio elegido era una casona porfiriana semiderruida, con ventanas sin vidrios y puertas vencidas. Tenía que llegar al fondo, cruzar el patio y refugiarme en lo que había sido el cuarto de las herramientas. Los chotas no se metían hasta ahí, me ilustró el Tachuelas, pero cuídate de los fokemones.

Nunca había robado, ni siquiera de niño un cochecito *Hot Wheels*. Era un escuincle aterrado por las consecuencias de cualquiera de mis actos. No por temor a las llamas eternas del infierno, el infierno estaba en casa. Tampoco lo hice en mi etapa de estudiante calavera en la Ciudad de México, época en que infringí la ley de otras formas pero jamás tomando algo que no me perteneciera. Mi padre solía pronunciar la palabra robo o robar o ladrón o chorizo con una mezcla de desprecio, horror y repulsión tal que terminó por hacerme creer que nada en el mundo había más despreciable, ni siquiera el homicidio. Con el tiempo entendí que su alto sentido de

la ética en relación al robo se debía a que él mismo había despojado de una vida entera a mi abuelo.

Era sábado al mediodía. El Tachuelas mendigaba entre los transeúntes mientras estudiábamos la tienda de música. Yo no encontraba el valor para cometer el primero de muchos delitos que después cometería. Me temblaban las manos y maquinaba pretextos sin parar. El Tachuelas solamente negaba con la cabeza y enseñaba sus dientes entre amarillos y negros en una sonrisa paternal. No seas culón, me decía.

El Tachuelas, desde mi llegada al bosque, se había mostrado conmigo como una especie de maestro en las artes mendicantes. Esa mañana me había pedido que lo acompañara al centro sin adelantarme ningún plan. En el largo camino del parque al primer cuadro de la ciudad, levantó latas de refresco y cerveza, hurgó en botes de basura de donde extrajo inútiles objetos y arrancó el cobre de cuanta casa abandonada se nos cruzó. Todo lo iba echando en un saco de ixtle manchado de grasa y tierra que cargaba como un Santaclós del fin del mundo. Pero no fue hasta que estuvimos a media cuadra de la tienda de música que me explicó la forma en que robaría el instrumento.

Por fin encontré el coraje para plantarme en la entrada de la tienda, estirar la mano, coger del mástil una MSA para niños (¡qué desastre!) y correr entre la gente a toda velocidad. Y con el acicate de la cara de mi padre mostrando aún mayor asco y decepción de los que mostró por mí casi toda su vida, alcancé a llegar a la casona porfiriana y escabullirme en su interior.

La luz de la tarde, sucia de nubes cargadas de tormenta, entraba por las ventanas apedreadas y el techo parcialmente derrumbado. Se trataba de una luz difusa, sólida de polvo, que caía en haces inconexos iluminando aquí y allá mierda de humanos, perros y gatos, y cercos de orines cuyo hedor concentrado, agrio, salino, me paró en seco. Resollando, me quedé unos minutos en lo que había sido la estancia principal. Luego me adentré por el laberinto de escombros abrazado a la guitarra. Eufórico pero aterrado, comencé a distinguir unos bultos en los rincones en penumbra. Pensé que eran parte de la basura y el escombro, pero uno de ellos se movió transformándose en una maraña de pelo pajizo y ojos vidriosos y una sonrisa demente y un manojo de brazos y piernas escuálidas.

—¡Sácate a la chingada de aquí! —gritó el bulto. Una piedra pasó muy cerca de mi cadera. Los demás bultos comenzaron a agitarse como si despertaran de una pesadilla. Emitían sonidos que podía identificar como humanos, incluso expresiones con

significados precisos: no mames, qué pedo, quién, a la verga, vete, lárgate, ¿tienes un cigarro? Payaso, guitarra, no es tira, putazos. Las palabras brotaban de sus estómagos sin intención de comunicar nada, obedeciendo a un acto indefinido. El bulto que me había arrojado la piedra se arrastró hasta un claro de luz. Era un esqueleto con una piel amarillenta adherida a los huesos, cubierta por jirones de ropa. Dos bultos más se incorporaron. Quizás eran una mujer y un hombre de mi edad. La mujer estiró la mano hacia mí. Quería la guitarra. La abracé con más fuerza y retrocedí unos pasos. Cerca de los bultos, ya que mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí pedazos de foco renegridos por la acción de las llamas de los encendedores. Recordé el consejo del Tachuelas: cuídate de los fokemones. Estaba entre la espada y la pared. O regresaba a la calle con el riesgo de que me pescara la policía o enfrentaba a ese grupo de seres del inframundo. Zombis que avanzaban hacia mí, cada vez más cerca, más ansiosos, más violentos, más enajenados. A cambio de malbaratar la guitarra conseguirían un centenar de dosis o más, una hecatombe de cristal. Se me ocurrió arrojarles el instrumento para que se abalanzaran sobre él y poder huir a la calle, que en ese momento era un paraíso de bocinazos, cumbias, gritos de vendedores, multitudes frenéticas entrando y saliendo de tiendas y boutiques de ropa pirata; coches destartalados dejando un rastro de monóxido de carbono embriagador. Pero me daba miedo regresar al parque con las manos vacías y enfrentar la magnánima paciencia de Dionisio, la decepción que le causaría mi fracaso: una esperanza truncada, un proyecto inútil, una deuda sin saldar. Decidí mantenerme firme mientras los despojos se acercaban cada vez más. Se me ocurrió blandir la guitarra como un garrote. Era un hombre de Neandertal acosado por fieras. Mostré los dientes, bufé, gruñí. Mi actitud tuvo un efecto momentáneo. Detuvieron el avance unos segundos. Me estudiaron. Han de haber concluido que no representaba una gran amenaza porque continuaron su ofensiva. Seguramente pensaron que el botín valía una cabeza rota. Tuve una idea: la música calma a las fieras, y espero que a los fokemones, me dije. Me puse a rasgar las cuerdas desafinadas. Toqué unos acordes al azar y ajusté las clavijas. Sonreí mansamente mientras buscaba una canción a tono con las circunstancias. Elegí un bolero: *Dicen que la distancia es el olvido, pero yo no concibo esa razón, porque yo seguiré siendo el cautivo de los caprichos de tu corazón*… Mi voz era una lija temblorosa. Los zombis frenaron su marcha y en sus ojos comenzó a brillar un rastro de humanidad. Algunos empezaron a tararear junto conmigo la letra de Roberto Cantoral mientras abrían sus bocas desdentadas

a modo de sonrisa. *Supiste esclarecer mis pensamientos, me diste la verdad que yo soñé…* En este país adicto al melodrama, nada mejor que un bolero. Imaginé la cara de orgullo de Dionisio cuando le contara del éxito de mi primer concierto callejero. *Hoy mi playa se viste de amargura, porque tu barca tiene que partir…* Entonces mi cabeza estalló en un relámpago fulminante, mis piernas flaquearon y caí al suelo. La boca de la guitarra exhaló esas notas destempladas que producen las guitarras cuando chocan y ruedan. Atontado por el golpe que había recibido en la coronilla, alcancé a distinguir entre brumas un revoltijo de piernas que me cercaba y comenzaba a descargar su ira. Por instinto adopté la posición fetal para cubrir mis genitales, mi estómago, mi pecho. La lluvia de patadas cesó gracias a una orden que alguien emitió muy cerca de mí. La misma voz se aproximó a mi oído y me dijo con calma:

—Dile al puto de Dionisio que éste es mi territorio. Ahora lárgate a la chingada, la guitarra se queda aquí.

III

Una baba caliente y pegajosa empapó mi barba. Abrí los ojos. La cara de Mocho apareció en primer término, famélica y decidida a seguir lamiéndome el rostro hasta que me levantara. Intenté moverme pero los huesos molidos por la paliza punzaron bajo mi piel. Dejé escapar un quejido. Mocho retrocedió hasta la entrada de la madriguera. Aún no terminaba de confiar en mí, nuestra relación era incipiente. Durante los primeros días había permanecido a distancia, merodeando el que fue el hogar del Chilegüero y el suyo propio. En una ocasión le ofrecí un pedazo de tortilla. Sólo se lo comió cuando lo puse en el suelo y me alejé. Comencé a dejarle sobras de mis sobras que desaparecían sigilosamente. Una mañana se presentó en la madriguera, se sentó sobre sus cuartos traseros, se lamió el pito y me observó detenidamente hasta que comprendí que quería comida. Compartí con él unas rebanadas de pan secas y mohosas que había encontrado en un bote de basura. Desde ese momento comenzó a seguirme por el parque; nunca me acompañaba más allá de sus límites.

—Estoy reventado, chiquito —le dije al perro mientras buscaba una postura en la que me dolieran menos los huesos. Mocho ladeó la cabeza hacia la derecha, levantó las orejas y regresó a mi lado. Esta vez no intentó lamerme ni buscar mi mano con su hocico—. ¿Qué vamos a hacer, Mochito? Sigo sin tener una pinche guitarra.

El perro bostezó y se echó a mis pies. Movió el pedazo de cola que conservaba, aplastó la parte inferior de su hocico contra sus patas delanteras y me miró con una profunda piedad. Una piedad que trascendía el hecho de que hubiera regresado sin la guitarra, víctima de una horda de fumadores de cristal y con el orgullo herido. Mi persona, independientemente de las circunstancias, le despertaba al animal una piedad cósmica que tenía que ver con el destino de la especie humana. Ser escrutado de esa manera me

hundió todavía más en el letargo con el que había empezado ese domingo en el que el fracaso del Chamuco era ya la comidilla del parque.

Mientras pensaba en eso comencé a rascarme el ano por encima del pantalón. Una intensa comezón afectaba mi línea anoperineal. Ahí iniciaba el crecimiento de mis vellos, los cuales conservaban restos de heces fecales debido a la falta de papel higiénico, agua y jabón. Otros picores me habían aquejado durante los primeros días. Por ejemplo, el del cuero cabelludo. Después de un tiempo sin los efectos del champú, empezó a acumular sebo, sudor, tierra y polvo, atormentándome al grado de pensar que una colonia de piojos se había instalado en mi cabeza. Me rascaba duro, en ocasiones con desesperación, pero no se calmaba. Un buen día dejó de picarme, hecha ya mi melena a la mugre que la apelmazaba. Un efecto parecido sufrieron mis sobacos, mis testículos y las ingles. Al principio traté de mantener unos mínimos estándares de aseo gracias a los baños de las gasolineras más permisivas. En las noches algunos empleados se hacían de la vista gorda y me colaba en los WC para defecar sentado (un inmenso placer), limpiarme con papel higiénico y lavarme con el jabón líquido de los lavabos. Con el paso del tiempo abandoné la costumbre. Los riesgos y el esfuerzo de estas excursiones no compensaban el resultado. Adopté las rutinas de los habitantes del bosque. Muy de vez en cuando los empleados de Parques y Jardines del Ayuntamiento de San Jacinto Río Muerto prendían el sistema de riego por goteo para dar de beber a los moribundos árboles. Entonces almacenábamos la mayor cantidad posible de agua en cubetas y bidones. Con eso nos lavábamos a medias y apagábamos la sed.

Mocho alertó las orejas y estiró el cuello. A los pocos segundos escuché unos pasos que se acercaban a la madriguera. Dejé de rascarme el culo. Me incorporé venciendo el dolor de los hematomas y las escoriaciones. La silueta del Tachuelas se recortó en la entrada de la madriguera.

—Chamuco, ¿estás bien? Sal, tenemos que hablar.

—No puedo ni moverme, aguanta al rato.

—No seas chillón, carajo, no es para tanto. Vente, Dionisio está esperando.

El Tachuelas me había encontrado en la entrada de la vieja casona abandonada. En el camino de regreso me contó que había tenido una corazonada: yo estaba aún muy verde y muy pendejo, se imaginó lo peor. Una vez que los fokemones me arrebataron la guitarra, me dejaron ir. Salí a rastras por el mismo agujero en la

pared por el que había entrado y me tiré en la acera. Los transeúntes me evitaban dando un rodeo o cruzando la calle. Algunos me insultaban («pinche borracho, ponte a chambear, cabrón»). Otros comentaban entre sí el escandaloso aumento de indigentes en el centro de la ciudad. Sus palabras llegaban a mí como una brisa amarga. Dos adolescentes se detuvieron a unos cuantos pasos y comenzaron a tirarme piedritas. Sus risas limpias, frescas como un manantial, que estallaban cada vez que acertaban en el blanco, me contagiaron y yo mismo me eché a reír. Pero mi risa se convirtió en un gemido lastimero porque la adrenalina se diluía y el dolor se imponía a cualquier otra cosa. Los observé con una mueca de locura. Asustados, se alejaron unos metros. ¡Pinches chamacos culeros, mejor aviéntenme unos pesos!, les grité. Salieron corriendo. Apoyé mi cabeza en los antebrazos y escondí la cara en el cemento caliente de la acera. La ciudad olía a podrido. Yo olía a miedo y desamparo. Pero en ningún momento me pregunté qué hacía ahí, por qué no regresaba a la vida de Gregorio Cárdenas. Apoyé mi mejilla en el cemento y un calor terapéutico recorrió mi cuerpo maltrecho. Los ruidos de la ciudad desaparecieron y sólo quedaron las voces de mis huesos magullados, de mi corazón que aún no se calmaba, alerta, bombeando sangre para reparar el daño. El Tachuelas me encontró con una sonrisa boba en la cara y los ojos cerrados. Me ayudó a levantarme. Apoyado en su hombro, emprendimos el regreso al parque. Al llegar me ofreció una pachita de Viva Villa sin abrir. El alcohol de caña embruteció mis sentidos y al final caí en un sueño sin sobresaltos.

—Espérame, ahí voy.

Salí a gatas de la madriguera. El Tachuelas me echó una mano para levantarme. Rengo, contrahecho, lo seguí hasta el tronco caído, donde nos esperaba Dionisio. Al verlo pensé que esos humos de reyezuelo podía metérselos por donde le cupieran. Nada le costaba haber ido a visitarme. No me detuve frente a él, como lo hacían todos los habitantes del parque. Me senté en un extremo del tronco. Me contemplaba de soslayo. Su mirada irónica tenía el efecto de embellecerlo. A pesar de la cochambre y el polvo que lo cubrían, como a todos, Dionisio siempre parecía recién salido de una ilustración del Viejo Testamento.

—¿Cómo te encuentras?

—Adolorido.

—Fue una imprudencia —pronunció con su voz de locutor de programas de música clásica—. En cierta forma, el Tachuelas es responsable.

El Tachuelas asintió solemne. Sonreí. Todo aquello empezaba a parecerme bastante divertido. Dionisio se dio cuenta.

—Pero tú también tuviste culpa al no haber reaccionado como debías. Esta situación nos obliga a actuar.

—¿Pero quién carajos te crees? —le pregunté cediendo a un impulso infantil. El Tachuelas levantó la mano tratando de contenerme desde la distancia. No hizo falta, el dolor me detuvo. Mocho apareció en el claro y se sentó a mis pies. El Tachuelas se puso a silbar una melodía que me pareció inventaba en ese momento. Dionisio se tomó un tiempo antes de contestar.

—Soy la Mónada Perfecta.

—Eso no significa nada. ¿Quién eres realmente?

Tal vez la pregunta provocó que algunos habitantes del parque se asomaran estupefactos; o simplemente pasaban por ahí, pero de pronto el claro se llenó de silenciosos vagabundos que me veían con inquina.

—Soy el que soy, con eso debe bastarte. Aquí no hay espacio para la duda. Somos un solo cuerpo y todos tus actos nos afectan. Tenemos un propósito que aún no puedes ver pero que te será revelado cuando llegue el momento. Tenemos un destino que nos trasciende. Ahora, presta atención: hemos sido humillados por los fokemones y deben pagar por lo que te hicieron. Todos los habitantes del parque son convocados desde este instante a acudir al territorio de los fokemones a vengar a nuestro compañero Chamuco.

Y todos los que se habían arrimado al árbol caído respondieron al unísono: ¡Muerte a los fokemones!

Esa misma noche de domingo, un pequeño ejército de pordioseros invadió las desérticas calles del centro de San Jacinto Río Muerto, entró a saco en la vieja casona porfiriana y apaleó con piedras, cadenas y palos a unos cuantos fokemones que viajaban en las dulces alas del humo del cristal. El Tachuelas encabezó las huestes con furia de cruzado, esgrimiendo el mango de un azadón, al grito de «¡Por la Mónada Perfecta!». La tal Mónada Perfecta se quedó en la retaguardia, afuera del edificio, acompañado de un comando de nínfulas tragafuego que lo rodeaba mientras lo adoraba. Yo intenté zafarme del asalto aduciendo que me dolía hasta el aliento. Dionisio me convenció de que debía participar en la batida, ya que era en mi honor. Además se trataba de la oportunidad de demostrar si de veras estaba con ellos. Así que entré de nuevo a la casa de mis pesadillas con un ladrillo en cada mano agitando los brazos como un molinete y arrojé uno de ellos contra

una sombra que apareció frente a mí. Recuerdo que gritaba enloquecido. El ladrillo golpeó la frente de la sombra, una mujer esqueleto con un tubo de hierro en las manos. La sangre empapó su cara. No cayó al suelo, sólo cambió de dirección. Ahora deambulaba en medio del refuego con un lamento trágico. Corrí hacia ella, la derribé y con el otro ladrillo comencé a machacarle el cráneo. La idea de que en ese preciso momento estaba matando a una mujer con mis propias manos se convirtió por unos segundos en una ola de calor alentadora; la claridad del instante era insoportable. Ese ente oscuro que había reprimido todos esos años se hacía presente, ya no como un desdoblamiento, sino como una plenitud. Unos brazos me arrancaron de la mujer, cuyo rostro sanguinolento había perdido sus rasgos humanos. El Tachuelas me abrazó con fuerza y me susurró al oído que lo dejara estar. Me refugié en su pecho en tanto observábamos cómo se convulsionaba el cuerpo de la mendiga hasta el último suspiro. ¿Aquello era el amor? ¿La fetidez y el aliento nauseabundo del Tachuelas envolviéndome con paciencia y, me pareció, ternura, ante mi primer cadáver era el amor?

Dionisio irrumpió en la casona para comprobar los estragos de la trifulca. Dos indigentes del parque sostenían de los brazos a un adicto maltrecho por la paliza. Se dirigió a él.

—Escúchame bien, escúchenme todos. Ya saben que son bienvenidos al bosque, incluso tú —le dijo al hombre que pendía como una piltrafa—. La única condición es que dejen de consumir esa porquería que los tiene enajenados y perdidos en la oscuridad. Ellos —y señaló hacia afuera, como si estuvieran ahí, acechantes— ponen a su alcance el veneno para que se maten lentamente. Es lo que quieren, que desaparezcamos, pero no va a suceder mientras la Mónada Perfecta vele por ustedes. Síganme los que quieran una vida nueva. Síganme los que quieran heredar la tierra.

Unos pocos fokemones se unieron a nosotros conforme dejábamos la casona. El que tenían sujeto por los brazos se quedó tirado en el suelo desde donde nos observaba con rencor. Supuse que se trataba del que me había golpeado en la cabeza un día antes. Dionisio se me acercó una vez que habíamos ganado la calle y puso su mano en mi rostro. Me sonrió con displicencia.

—Estoy orgulloso de ti —me dijo—. Te has mostrado digno de mi confianza.

De regreso al parque, los pordioseros entonaban melodías que nunca antes había escuchado. Imaginé que las había compuesto Dionisio. Las letras celebraban el reinado de los desheredados y otras cosas más absurdas. Pero igual me iban contagiando

paulatinamente de una alegría que jamás había sentido. Era parte de ellos, no había marcha atrás. Dionisio, cuando nos encontrábamos cerca del parque, me sonrió con una peligrosa indulgencia. En ese momento me sentí un elegido. Entonces me sumé a los cánticos. Había matado a una persona. El hecho, por un momento, quiso concretarse en mi conciencia, pero pronto su naturaleza abstracta hizo que tuviera un significado que sobrepasaba a la culpa.

IV

La casa estaba hecha un asco. En el fregadero de la cocina había platos y ollas sin lavar de varios días atrás. El polvo formaba capas sobre los muebles de la sala con huellas de dedos y vasos. Algunas prendas de la hija y la mujer de Gregorio Cárdenas estaban regadas por las habitaciones, en el pasillo. El pequeño patio por el que me había escabullido acumulaba tierra y basura que arrastraba el viento. La estufa de la cocina tenía esputos de leche quemada y café, y las tazas de los baños, el sarro que deja la orina y los restos de las heces fecales que el agua no consigue arrastrar hacia el drenaje. Había pasado mes y medio desde mi marcha pero la estela de abandono parecía amontonar más días, como si regresara después de una década y nadie hubiera habitado la casa.

No sentía culpa, más bien asombro. Y comencé a especular: una fuerte depresión paralizó a la mujer y la hija de Gregorio Cárdenas después de su partida y la casa se les fue cayendo encima. Lo vi poco probable. No había pensado mucho en ellas en todo este tiempo. A lo sumo, una evocación vaga de sus caras, inusitadas asociaciones de ideas, recuerdos que me asaltaban fugazmente como si fueran los de otra persona.

Después del fracaso del robo de la guitarra, decidí que lo más práctico era volver furtivamente a la casa y llevarme la de Gregorio Cárdenas. La puerta corrediza que daba al patio tenía un defecto en el seguro, si la levantaba unos centímetros podía abrirla fácilmente. Elegí una mañana de lunes porque mi hija se encontraba en la escuela y los lunes mi mujer aprovechaba para hacer la despensa y los mandados. La hija y la mujer de Cárdenas, quiero decir. Al llegar comprobé que el Tsuru no estaba estacionado en la entrada y me metí en el patio fácilmente, rara vez cerraban la puerta de acceso.

La decadencia del que fue mi hogar me hizo sentir que recorría

un país ajeno con extraños habitantes de costumbres desconocidas. Apenas reconocía a la casa en su arquitectura, anulada por los olores, la decoración y los sonidos de una realidad que nada tenía que ver con mi recuerdo. Empecé a recitar a Lorca en un murmullo: *Pero yo ya no soy yo ni mi casa es ya mi casa. ¿No veis la herida que tengo desde el pecho a la garganta?* Arrumbada en el clóset del pasillo, metida en su funda, encontré la guitarra. A un lado, el teclado electrónico con su soporte cerrado como una tijera. Cogí la guitarra de Gregorio con un atisbo de decepción, de derrota. De la alacena de la cocina me llevé un puñado de sopas de sobre. Al regresar a la puerta del patio, me seguía preguntando por qué la casa se encontraba en ese estado. Mi esposa siempre había sido una obsesiva de la limpieza. Algo no encajaba. Oí toser el motor del Tsuru que acababa de estacionarse en la entrada. Corrí a esconderme en el patio. En cuanto mi mujer entrara, saldría por la puerta lateral y me perdería por las calles de la colonia. Contaba con que nadie me viera, si no, podrían llamar a la policía. Tal vez no, la solidaridad vecinal nunca había sido el fuerte de ese barrio. Oí, semioculto tras el tanque de gas, cómo se abría la puerta. Oí pasos en la sala. Asomé por la puerta corrediza del patio, de plexiglás, un ojo y media nariz. Mi esposa arrastraba un par de maletas. Entonces entendí que habían dejado de vivir ahí. Seguramente se habían ido a casa de mi suegra. Me di cuenta de que mi mujer se acababa de dar cuenta de que la puerta corrediza del patio no tenía puesto el seguro. Desde afuera era imposible cerrarla. Puso una cara de extrañeza semejante a la de una niña al descubrirse en un espejo por primera vez. Se desplazó hacia la puerta del patio con cautela. Retrocedí en dirección a la puerta lateral que daba a la calle. Sin querer tumbé con la guitarra una cubeta de metal. El escándalo que hizo la cubeta, a causa del silencio, llenó la casa, la cuadra, la colonia entera. La cabeza de la mujer de Gregorio Cárdenas se asomó al patio, giró a la derecha, luego a la izquierda, y me vio.

—¿Gregorio?

—No —dije.

—¿Eres tú?

—No conozco a ningún Gregorio.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? ¡Mira nada más qué facha! ¿Qué te pasó?

La esposa de Gregorio terminó de salir al patio pero no avanzó hacia mí. Aún no estaba segura de que fuera Gregorio, entre otras cosas, porque no lo era. Y se lo dije.

—No me llamo Gregorio. Soy el Chamuco.

Había perdido algunos kilos, unos pocos. La expresión de su rostro pasó gradualmente del miedo al recelo, del recelo al asombro, del asombro al coraje. Siempre fue una de esas personas incapaz de ocultar su estado de ánimo, de franqueza insultante. De pronto me llegó una oleada de ternura. Era la misma ternura que sentiría por el cachorro de un french poodle abandonado en medio de la calle.

—¿Te has vuelto loco o qué? ¿De veras crees que no puedo reconocer al hombre con el que he dormido los últimos quince años de mi vida?

—Gregorio Cárdenas está muerto —anuncié con una solemnidad que no pretendía ser fingida.

—Me estás asustando, Goyo —dijo la mujer, detenida frente a la puerta, sin atreverse a desplazarse porque temía que me desvaneciera en cuanto se moviese, como se había desvanecido su marido—. ¿Por qué te fuiste así, sin decir nada? No sabes por las que pasamos tu hija y yo. Pensamos que te habían secuestrado, que te habían matado. La policía nos dijo que pasa todo el tiempo. Un buen día se echan a perder y no se vuelve a saber de ellos. Yo trataba de convencerlos de que tú no eras de ésos. ¿Qué te pasó, Gregorio?

—Ya me voy, sólo andaba buscando algo que robarme.

—Espera, vamos a hablar.

—¿Hablar? Pero si yo a usted no la conozco de nada, además, puedo ser peligroso. Lo lógico es que usted grite y amenace con llamar a la policía y yo salga corriendo. Vamos, grite.

La mujer cerró los puños, inclinó un poco el tronco al frente y gritó:

—¡Hijo de puta!

Dejé el patio y eché a correr por la calle. La guitarra me estorbaba. La cambié de mano una y otra vez mientras corría. Era la segunda vez en menos de una semana que huía por las calles de San Jacinto Río Muerto con una guitarra.

El sudor dejaba surcos en la suciedad de mi cara y formaba una pasta renegrida en mis antebrazos. El pantalón varias tallas más grande se deslizó por mi cadera hasta media nalga. Me detuve. Apoyé la guitarra en un poste de luz y ajusté a mi cintura la cuerda que hacía las veces de cinturón. Jadeaba pleno y exultante. Cada bocanada de aire me sabía a vida. Levanté la vista al cielo. Unas nubes como corderos trotaban en el azul veraniego. Tenía sed, una sed infinita que no me atormentaba, que prometía ser saciada. Pensé en la cara que pondría Dionisio cuando me viera aparecer con

la guitarra.

En la entrada del parque me aguardaba Mocho. Cada día que pasaba me conmovía más su fidelidad. Sus patas delanteras golpearon mi pecho, luego giró en círculos a mi alrededor. Algunas pulgas saltaron sobre el lomo contagiadas de su alegría. Acaricié su cabeza regular, bien proporcionada, y sus orejas caídas como alas quebradas. Su pelo dorado brillaba bajo el sol del mediodía, las costillas ya no resaltaban tanto en sus flancos: lo alimentaba regularmente. Me adentré en el parque. Mocho siguió mis huellas mientras olisqueaba obsesivo la guitarra, en un registro puntual de todos los olores de un hogar lejano, de otro tiempo y otra vida. Me dirigí al corazón del bosque exhibiendo mi trofeo. Los pocos habitantes que no habían salido a buscarse la vida ese lunes, remolones, perezosos, asomaron de sus guaridas y me vieron pasar como si fuera un mariscal. Al llegar al tronco caído de las ceremonias importantes, me senté en él, saqué la guitarra de su funda y empecé a desgranar unas notas. Ajusté las clavijas para afinar cada una de las seis cuerdas. Sentí que estaba haciendo algo profano, violando un espacio sagrado, como si pisoteara una hostia en el altar de una iglesia. Algunos mendigos se acercaron al árbol caído. En sus ojos veía la codicia que despertaba el instrumento. A pesar de ser viejo se conservaba en buen estado. Era una vulgar guitarra clásica de madera de pino, diapasón de plástico y cuerdas de nylon. Su sonido era opaco, sin brillo. Una ligera descarga eléctrica recorrió mis yemas cuando las deslicé por los trastes. Hacía mucho que no tocaba la guitarra. Mis dedos eran débiles para ese instrumento, siempre se habían acomodado mejor sobre un teclado. Cuando logré una cierta afinación, empecé a tocar *Imagine* en versión *fingerpicking*. Pellizcaba las cuerdas con el anular, el medio y el pulgar de la mano derecha con sutileza mientras los dedos de la izquierda saltaban del segundo al tercer traste. Había elegido esa canción porque ejercía una influencia sedante sobre cualquier audiencia. Normalmente al público se le dibujaba una sonrisa bobalicona en cuanto la identificaba, lo cual sucedía en los primeros compases, y entraba en un estado de sedado bienestar. Además, su ejecución no presentaba mayor desafío, ni siquiera para un principiante. Algunos de los habitantes del parque se sentaron en semicírculo frente al tronco y dos o tres, meciéndose al compás, murmuraban todo eso de un mundo de paz y de amor. La estampa era podridamente setentera y fraudulenta, lo cual no me importaba en absoluto. Ahí estaba yo, siendo adorado de alguna forma. Una de las nínfulas tragafuego se adelantó al resto del auditorio y se sentó

con las piernas recogidas entre sus brazos a dos metros de mí. Apoyó el mentón en la rodilla y siguió con unos ojos negros que daban vértigo el devenir de mis dedos por los trastes. De pronto nada hubo alrededor más que el vacío de sus ojos. Me equivoqué en una nota, corregí, y continué con el estribillo final. Unos aplausos desganados llegaron hasta mí. Alguien gritó: échate otra, hermano. Lenguaje setentero, comuna jipi, ¡pero qué mierda era ésa! Y entonces la muchacha habló.

—Enséñame a tocar la guitarra.

Tenía una voz grave, involuntariamente grave, como la de una *femme fatale* que había llegado a los cuarenta y tenía que compensar el inicio de la decadencia con las promesas de una voz. Pero esa nínfula no debía de tener más de dieciocho años. Era muy flaca, como casi todas las chicas del clan tragafuego. Vestía un short de mezclilla roto y una camiseta negra rota con un cuello muy holgado por el que salía un hombro huesudo. Usaba *piercings*, como una alumna de piano que alguien tuvo alguna vez. Pero a diferencia de la alumna de piano, la nínfula del parque exhibía los *piercings* como un testimonio del dolor. Era muy morena, con rasgos negroides. Su cabello harapiento, corto y ensortijado era tan negro como sus ojos. Y sus ojos habían comenzado a succionarme hasta el silencio.

—Sí, claro —dije porque no había manera de decir otra cosa.

—¡*Imagine*, qué descaro!

La voz de Dionisio llegó de muy lejos, como si yo estuviera en movimiento y tratara de alcanzarme. A los pocos segundos el cuerpo de Dionisio se emparejó con su voz y se detuvo entre el auditorio y la nínfula.

—¿De dónde sacaste esa guitarra? —preguntó con una sonrisa que anticipaba mi humillación.

V

Antes de contestar, me di cuenta de la forma en que se ensombrecía la mirada del auditorio. Algunos mendigos comenzaron a retirarse discretamente. Unos pocos permanecieron en su lugar con la cabeza gacha. Un par, muy viejos, o al menos con apariencia de serlo a causa de la erosión de una vida en la calle, sonreían desdentados. Dionisio se había puesto a un lado de la nínfula del clan tragafuego. La muchacha lo observaba con admiración.

—La robé de una casa —dije bajando la vista. La nínfula había adoptado un semblante ceremonioso, lo que la volvía aún más joven.

—¿De una casa? ¡Qué osado! Cuéntanos cómo le hiciste, por favor.

Podía inventar una historia pero estaba confundido. Parecía que nunca era suficiente. Toda mi vida nunca había sido suficiente. Opté por la verdad en un intento de que ésta me fortaleciera. La confusión se hizo más grande.

—La tomé prestada de casa de un antiguo amigo.

—¿De quién?

—¡Qué importa eso! Aquí nadie lo conoce.

—Yo sí lo conozco. Gregorio Cárdenas es su nombre —dijo Dionisio en un tono retórico—. No vuelvas a hacerlo, nos pones en peligro. Sé que tus intenciones eran buenas, pero la próxima vez no seré tan tolerante.

Me pareció que el vagabundo había demostrado lo que se proponía, así que inicié la retirada, vencido. La nínfula sólo tenía ojos para él. La voz de Dionisio, de pronto magnánima, me alcanzó.

—Como haya sido, ya tienes una guitarra, mañana podrás ir a las calles a tocarla y aportar a la comuna. Lo celebro.

Me detuve y elevé la guitarra al cielo como si fuera el puño de

un comunista en la Primera Internacional de los Trabajadores. Dionisio encajó la ironía levantando la mano condescendiente. De camino a mi guarida estaba satisfecho con la arrogancia pasiva con que al final había resuelto la situación. Una cualidad que había ido perfeccionando desde niño frente a mi padre, que exhibía de manera automática, que me permitía no enfrentarme a nada ni a nadie pero mantener casi a salvo la dignidad.

En la guarida el hedor había dejado de ser el de otro y se había convertido en el de mi cuerpo sucio, por lo que ya no me golpeaba como al principio, sino que me acogía como un vientre. Me acosté en la cobija y puse la guitarra a mi lado. Había olvidado la funda en el tronco. Mocho asomó la nariz, olisqueó el ambiente y desapareció. No tardaría en regresar, en cuanto oliera la comida. Extraje las sopas de sobre que había tomado de la casa de Gregorio de mis bolsillos oblongos, gigantes, deformados como los de la gabardina de Harpo Marx. Al parecer Marx iba a ser un apellido recurrente en mi vida actual. De Karl a los hermanos, el marxismo flotaba en ese parque. Del lumpen proletariado (*ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad*) a la sopa de ganso (*me he esforzado para llegar de la nada a la pobreza extrema*). En un bidón guardaba un poco de agua. La vertí en la pequeña olla de peltre despostillada, prendí el hornillo y puse a calentar el agua. Cinco minutos después agregué el contenido de uno de los sobres: sopa de estrellas. El glutamato monosódico burbujeó en el agua hirviendo y produjo un sonido sospechoso. Los colorantes inundaron la pequeña olla oxidada y al contacto con el calor, los saborizantes comenzaron a despedir ese olor reconfortante de comida casera industrial. Las estrellas engordaron y se convirtieron en una sustancia gelatinosa. Dejé que el agua se evaporara, no me gustaba la sopa con mucho caldo. El engrudo de sémola exhaló borbotones naranjas. Con una cuchara rota removí el contenido. En efecto, Mocho asomó su nariz nerviosa, una trufa húmeda que husmeó la madriguera. Entró resuelto y se sentó a mi lado. Retiré la olla del fuego y la puse sobre un pedazo de madera sostenido en dos ladrillos que hacía las funciones de una mesa. Arrojé el agua que quedaba en el bidón sobre las brasas. El susurro de éstas provocó que Mocho levantara las orejas. Un hilo de humo blanco buscó la salida de la madriguera. Le serví un par de cucharadas al perro en la base de una botella de Coca-Cola cortada un poco más abajo de la mitad. El animal lamió la sopa con cuidado para enfriarla. Yo soplé la cuchara. Mocho, una vez que había templado la comida, la engulló de dos lengüetazos. Luego clavó sus ojillos lastimeros en la olla.

—No te pases de lanza —le advertí—, ya te di tu parte.

Mocho inclinó la cabeza hacia la izquierda desconcertado. Insistió con su mirada desvalida, como a punto del llanto si fuera la mirada de un humano. Le serví una cucharada más y apuré mi ración. Dejé la olla sobre la mesa improvisada y me recosté. Tenía que ir al tronco caído a recuperar la funda de la guitarra pero una pereza fría me lo impidió. Cerré los ojos y puse mi antebrazo sobre ellos. El sol atravesaba los cartones y las lonas pintando de ocre la madriguera en diferentes tonos, dictados por las ramas de los árboles. La satisfacción de haber conseguido la guitarra cedió a una punzada de rabia. La imagen de mi mujer, de la mujer de Gregorio Cárdenas, de esa mujer en el quicio de la puerta del patio de mi casa, de la casa de Gregorio Cárdenas, de aquello que alguna vez fue una casa, se instaló en mi cansancio. Traté de ahuyentarla con otra y evoqué a la nínfula del clan tragafuego, sus ojos como puñales, su silvestre pleitesía.

¿Quién eres, Dionisio? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me quieres entre los tuyos? ¿Cuál es la misión que me espera?

Unos pasos se aproximaron. Mocho se levantó y salió al encuentro de los pasos. No ladró ni gruñó: era alguien conocido. La voz del Tachuelas llegó hasta mí. Acariciaba con dulces insultos al perro. Luego un silencio.

—Chamuco, te traje la funda de la guitarra, la dejaste olvidada.

Me arrastré al exterior. El Tachuelas estaba a unos pasos de la entrada, con el compás muy abierto y la funda en sus manos de campesino como una ofrenda. La sostenía como si fuera un objeto muy valioso, muy delicado, una pieza de colección. Me enterneció su supersticioso respeto.

—No le vendría mal una arregladita a tu covacha, un día de estos se te va a caer encima —comentó afable.

Recibí la funda de la guitarra y su aire sacro desapareció en mis manos.

—Si vieras qué torpe soy.

—No hay fijón, te puedo echar un cable. Antes de caer aquí era albañil. Llegué a ser maistro de obra.

—¿Y qué pasó?

—¿Con qué?

—¿Por qué terminaste aquí?

—Una larga historia —suspiró mientras sacaba de alguna parte de sus múltiples capas de ropa una bolsa de tabaco picado y un librito de papel de fumar—. ¿Quieres?

Negué con la cabeza. De repente no quise que me contara su

historia. Forjó con parsimonia el cigarro, un cilindro perfecto, y lo prendió con un cerillo que extrajo de una caja manoseada. El olor dulzón del tabaco se mezcló con el de su sudor avejentado.

—No vayas a creer que es tabaco de marca. Junto todas las colillas que me encuentro y las deshago, así aprovecho el poco tabaco que les queda. Ésta es una mezcla especial de un chingo de marcas —soltó una carcajada áspera, llena de flemas, y triste—. Estaba dirigiendo una obra poca madre, iban a ser unas oficinas muy elegantes, y ¡madres!, que me caigo del segundo piso. Fue una pendejada mía, no fue culpa de nadie, para qué te voy a mentir. Me fregué la espalda, me volví un inservible, ya nadie quiso contratarme. Al año mi esposa se largó, harta de trabajar para un huevón. Eso dijo la muy puta. Mis dos hijos, en cuanto tuvieron edad, agarraron para el gabacho. Rentábamos un cuartucho y ya no tuve lana para la renta. De pronto, no sé cómo, un día estaba en la calle pidiendo. Y luego llegué aquí.

La historia no me conmovió, era parecida a la de los demás fantasmas que habitaban el parque. Me conmovió el hecho de que me la confiara. Temí que el Tachuelas quisiera que le contara la mía. Yo no tenía una historia, no al menos una que me justificara, y eso me volvía sospechoso. Podía inventar una. El Tachuelas se dio cuenta y cambió el sentido de la plática.

—No le hagas mucho caso a Dionisio, a veces tiene sus cosas.

—¿Por qué lo toleran?

—No sabes cómo era esto antes de que llegara. Los fokemones le metían duro al cristal, había peleas, violaciones, hasta muertitos hubo. Dionisio puso orden, mandó a volar a los adictos, puso reglas. Al principio no queríamos, quién se creía que era. Luego vimos que funcionaba. Que nos iba mejor. Creo que nos dio un propósito por encima de nosotros. Ya no era sólo cosa de sobrevivir, de olvidar, de odiarnos.

—¿Y cuál es su historia?

El Tachuelas se encogió de hombros.

—Nadie la sabe, a nadie se la ha contado. Cuando le preguntan, sale con eso de que es la no sé qué perfecta.

—La Mónada Perfecta.

—Eso mero. Yo sé que no está muy bien de su cabeza. ¿Pero quién lo está aquí? Como te digo, nos ha ayudado mucho. Algunos sí que creen que es un ser divino o algo así. Yo no, pero lo respeto y haría lo que fuera por él. Tal vez lo entiendas más adelante.

El Tachuelas terminó su cigarro; era la señal de marcharse.

—Tú dime cuándo y le damos una arreglada a tu jacal.

Me quedé viendo su espalda encorvada mientras se alejaba. Ahora sabía que era una espalda enferma, y ese conocimiento me molestaba. Luego volví a la madriguera arrastrando la funda en la que guardé la guitarra. Me acosté y tenté las partes de mi cuerpo que aún conservaban un ligero dolor por la paliza de los fokemones. La tarde declinaba somnolienta y desapegada. La madriguera cayó bajo el hechizo de una atmósfera umbría que me adormeció.

VI

Por algún extraño suceso meteorológico, con la caída de la noche se levantó un viento frío, inusual en el incipiente verano de San Jacinto Río Muerto. El clima había enloquecido, como todo. Me acurruqué en la cobija. Había pasado casi toda la tarde adormecido en mi guarida tratando de espantar el rostro ensangrentado de la adicta a la que había destrozado la cabeza. Se trataba de una pesadilla ajena a mí, como si la soñara recurrentemente otra persona. Llegó la hora de la cena. Me preparé otra sopa de sobre, esta vez de letras, que igualmente compartí con Mocho. Cuando quedaban unas pocas sobras al fondo de la olla, me entretuve formando palabras sin ningún significado. Al final logré armar *mond perta*. La mónada es sustancia activa, psíquica, la capacidad de variar nuestro estado interno. El mundo es ilimitado y material, y por serlo, está sometido a la privación, al defecto y al mal, dice Leibniz. Dionisio se autoproclamaba la Mónada Perfecta, en la que el mundo se refleja desde todos los puntos de vista. Dionisio se había empeñado en crear en el parque una correspondencia armónica entre sus miembros, es decir, una armonía *preestablecida* por él mismo, que se asumía como dios, de cuya lógica se desprendía que cada uno de los miembros de la comuna sabía lo que tenía que hacer y lo hacía bien. Incluso si no era así, no tenía mayor importancia: ése era su destino. Pero la teoría de las mónadas fue vista en su época como excéntrica, absurda, arbitraria, ridícula. Y ahora un hombre sin pasado la proclamaba en un parque de San Jacinto Río Muerto.

Entonces el viento frío se coló en la guarida y dispersó mi razonamiento.

No conseguía conciliar el sueño, arrebujado sobre el suelo duro del que me separaba una base de cartón y una cobija igual de sucia que la que me cubría. Mañana saldré a las calles con la guitarra a

cuestas y un puñado de canciones, me dije. Los pesos que recaude los pondré al servicio de la comuna, y la comuna entonces se hará cargo de mí. Esa idea me tranquilizó, me liberó de las sospechas que me despertaba Dionisio. Traté de entender esa rivalidad un poco tortuosa. Debía seguir el ejemplo del Tachuelas que, a pesar de la locura del líder, sólo valoraba los efectos de sus actos. Pero eso implicaba someterme a una verdad irracional, lo cual me impedía aceptar el orden establecido por Dionisio. Yo era un producto de mi tiempo y aún no conseguía eliminar los residuos de éste. Por eso seguía estando a prueba, y ello me sacaba de quicio, porque la sensación de haberlo estado toda mi vida no desaparecía. Pero al día siguiente saldría a las calles con mi guitarra y un puñado de canciones y regresaría al parque totalmente vacío de mí.

Un ruido en el exterior me distrajo. Pensé que era Mocho, probablemente había salido sin que me diera cuenta y regresaba de merodear por el parque.

—Hola, ¿estás dormido?

Por la entrada de la madriguera, a gatas, se introdujo la nínfula del clan tragafuego que unas horas atrás me había pedido que le enseñara a tocar la guitarra. Mocho no estaba por ninguna parte. El rostro de la muchacha se detuvo a unos centímetros de mis pies, que encogí por una especie de pudor. Las caderas y las piernas de la nínfula permanecían en el exterior. Sus ojos negros eran más negros en la penumbra de la guarida, indetectables. Sabía que estaban ahí porque sentía su mirada. Simulé estar dormido. No pareció importarle.

—¿Puedo pasar?

Guardé silencio y me encogí de hombros. Su temperatura corporal logró entibiar un poco la guarida. Se escurrió bajo la manta como una lagartija y se tumbó hecha un ovillo a mi lado, dándome una espalda de vértebras descollantes, una cordillera que en ese momento me provocó ansiedad. Su cuerpo estaba a escasos centímetros del mío pero no llegaba a tocarme.

—¡Qué frío! —exclamó.

La chica olía a gasolina. Pero entre el penetrante hedor se abría paso un aroma a pescado a punto de pudrirse proveniente de su sexo. Mi nariz, como si fuera un órgano autónomo, olfateó a la muchacha. El resto de mi cuerpo permanecía inmóvil, temeroso de rozarla y precipitar el instante hacia alguna situación embarazosa. Entonces Mocho asomó el hocico y gruñó a la extraña que había usurpado su lugar.

—¡Calmado, Mocho, afuera!

El perro emitió un gemido y se acostó a la entrada de la covacha.

La nínfula desplazó sus caderas hacia mí y parte de sus glúteos y sus muslos entraron en contacto con mi pierna izquierda. Me crispé. Su voz sonó en la oscuridad como líquido derramado.

—Me llamo Brisa. Pinche nombre, ya sé. Mi padre es el poeta del pueblo, de un pueblo de Veracruz, y a todas sus hijas nos puso nombres así de idiotas: Lluvia, Rocío, Mar, Brisa. Un cuarto de mi sangre es negra, desciendo de los primeros esclavos africanos que trajeron los españoles a México. ¿Y tú?

—¿Yo? No sé si desciendo de esclavos, reyes o marcianos.

—No, simple —dijo con una confianza añeja—, ¿cómo te llamas?

—Chamuco.

—Me refiero a tu nombre verdadero, no al *nickname*.

—Chamuco —insistí.

Dejó la posición fetal y se colocó bocarriba. Ya no me rozaba. Éramos dos cuerpos paralelos que observaban el techo de lona desparramado.

—¿Por qué no me dices tu nombre? ¿Te busca la ley o qué?

La idea de que me considerara un fugitivo, no sé por qué, me alagó. Un vigor nuevo sacudió mi cuerpo. La nínfula se percató y buscó mi calor. Fue apenas un roce de nuestros hombros. De pronto la cobija me estorbaba.

—Así me llamo, no tengo otro nombre.

—Algún día me lo dirás.

La muchacha acostada a mi lado acababa de traer al presente la posibilidad de un futuro lejano. *Algún día*... y la súbita conciencia de ello me asustó. Desde que me había incorporado a la comunidad del parque no me había preocupado por nada más que no fuera el hoy, a lo sumo, el día siguiente. Después de ese límite se abría una nebulosa de tiempo inescrutable. Además, la exigencia de decirle mi nombre convocaba al pasado, porque todo nombre tiene una historia. De repente me sentí sin salida, asfixiado. Quise que se marchara. En lugar de pedírselo, le pregunté cómo había llegado al parque.

—Dionisio nos convenció de venir aquí, nosotros andábamos por nuestra cuenta, un día nos buscó y nos habló de este lugar.

Nosotros, me aclaró Brisa, eran Saúl, Sara, Toño, nombres que correspondían a los integrantes del clan tragafuego que había visto deambular por el bosque con sus aros y antorchas y sus bidones de gasolina. Brisa tenía esa juvenil costumbre de nombrar a la gente

como si todo el mundo la conociera de antemano. Pero yo no acertaba a empatar los nombres que pronunciaba Brisa con los rostros que hasta ese momento me habían sido indiferentes. Brisa me contó su historia y la de sus amigos y logró que me olvidara de mí.

—Parábamos por el centro, dormíamos en las casas abandonadas, cambiábamos cada día, ya sabes, por la chota. Chambeábamos en los cruceros, los fines de semana en la plaza Juárez, no nos iba mal. Las muchachas hacíamos pulseras, aretes, collares y los vendíamos, mira —y sacó un brazo raquítico y bruñido de debajo de la cobija, lo levantó y me mostró una serie de pulseras de cuentas multicolores que ceñían su muñeca huesuda—. Pero siempre nos sentíamos amenazados: por los fokemones, la tira, los cholos, ya sabes. Un día nos cayó Dionisio con el Tachuelas en un crucero, ahora no me acuerdo en cuál, era el de Colosio y Obregón, creo, bueno, no sé. El caso es que nos soltaron el rollo que ya te sabes, que si la comunidad, que si la unión hace la fuerza. Al principio dijimos ni madres, estos cabrones nos quieren chingar. Pero igual vinimos a conocer el parque y vimos que todo era buena onda, así como una ciudad de gente como nosotros, y nos fuimos quedando. Nos quedamos porque nos sentíamos protegidos, no te voy a mentir. Luego fuimos conociendo el pensamiento de Dionisio, lo que esperaba de nosotros, su proyecto, y cambió nuestra vida cañón.

—¿Qué proyecto es ése?

—Es difícil explicarlo con palabras, tienes que sentirlo. Creemos que el mundo sólo puede ser como lo conocemos. Aceptamos que hay víctimas, como nosotros, y cabrones victimarios. Pero este mundo se va a acabar mucho antes de lo que crees. Está cerca el fin. Entonces llegará nuestro tiempo, el de los desheredados, y en nuestras manos estará construir un mundo nuevo en donde no habrá ni egoísmo ni vanidad ni codicia ni poder. Desaparecerá el yo y surgirá en su lugar el nosotros. ¿Me entiendes? Cada vez hay más miserables en el mundo, es cuestión de que conozcan la obra de Dionisio.

Asentí. No quise decirle que dos mil años atrás un sujeto había prometido algo parecido. La escuchaba respirar a mi lado, había quedado exhausta después del discurso. Sus tetitas escasas subían y bajaban. Me pareció que sonreía. Tal vez solamente lo imaginé, la oscuridad era casi total en la madriguera. Sabía que después de esa confesión me tocaba hablar a mí pero me quedé en silencio. Bendito silencio. Hacía tanto que no se me llenaba el ánimo de palabras.

Acababa de descubrir que al Chamuco no le gustaban las palabras. Luego pensé en la expresión *gente como nosotros*, y le pregunté cómo se había convertido en *gente como nosotros*.

—Por amor —afirmó con una contundencia que me provocó risa —. No te rías, güey, es en serio.

—Pero qué puede saber del amor alguien como tú, una chamaca de... ¿cuántos? ¿Diecisiete años?

—Tengo veinte, menso, nada más que soy traga años.

—¿En serio?

Me incorporé y me apoyé en el codo. La contemplé bajo la perspectiva de su edad revelada. Ya no me pareció esa nínfula nabokoviana, los ángulos de su cara se habían endurecido. Al sentirse observada mostró sus dientes que contrastaban con su tez mulata y sus labios bembones, y alumbraron la madriguera.

—¿Y tú cuántos años tienes?

—Treinta y nueve —confesé.

Como Gregorio Cárdenas.

—Estás viejo.

—Muy viejo, sí. Pero sigue contándome.

Brisa se sentó en el lecho y abrazó sus piernas encogidas, igual que cuando se sentó frente a mí para verme tocar la guitarra en el árbol caído. Con el movimiento arrastró un poco la cobija y me destapó a medias. Eso creó una nueva intimidad: podía intuir en la penumbra su espalda, sus costillas esbozadas en la camiseta.

—No creas que vengo de una familia pobre y que mi padre o mi tío abusaban de mí y esas cosas, para nada. No soy como Saúl, Sara o Toño, que sí les fue como en feria toda la niñez y mejor se largaron de su casa. Mi padre es maestro de español en una secundaria de Catemaco, de donde son los brujos; mi madre se dedica a vender artesanías a los turistas. Vivíamos bien, sin grandes lujos, pero no nos faltaba de nada. Mi padre escribía versos que dedicaba a sus hijas y que publicaba en periodicuchos de allá. Al muchacho del que me enamoré perdidamente lo conocí en la secundaria. Es hijo de un huesero, pero a él no le interesaba la tradición. Él era un malandro bien hecho. No terminó la escuela pero lo seguí viendo mientras yo estudiaba la prepa y él tiraba mariguana, nada serio. Luego lo reclutaron los Zetas. Ahí sí cambió radical. Andaba armado, tirando bala, de sicario de la letra. Uy, en un rato ya era de los macizos de Catemaco, y yo, la novia, la envidia de las chavas, la reina. Más duro le entraba al bisnes, más lo quería, como loquita, soñada. Una tarde pasó por mí a la escuela, andaba asustado, bien paniqueado. Y me cantó la neta. La había

regado con no sé qué rollo de una lana y lo andaban buscando para darle piso. Venía a despedirse, se largaba. Ni madres, le dije, me voy contigo. Es que de veras que estaba chorreando miel por el chavo. No podía imaginarme la vida sin él, bien dramático el pedo. Lo amaba con todas mis fuerzas, como pendeja. Así que me subí a su camioneta, Lady Black le decíamos, negra, una chulada, y nos fuimos a Puebla. De ahí le caímos al D.F. Mientras duró la lana que llevaba el güey, nos la pasamos a toda madre. Luego empezó a faltar y el chavo se vino abajo, le entró duro al tíner. Empezó a madrearme, a tratarme del asco; terminamos en la calle. Quiso prostituirme, ahí fue cuando abrí los ojos y me dije: Güey, ¿vas a acabar de puta de este pendejo? Ya estuvo. Ya le había echado el ojo a estos chavos, andaban en el centro histórico del chilango con sus malabares de fuego. Me gustaba un chorro lo que hacían y el buen rollo que se traían entre ellos. Un día me dijeron que habían juntado una poca de lana y que se iban para la provincia. No lo pensé dos veces. Me les uní y dejé a ese cabrón. Ya tengo más de un año rolando con ellos.

—¿Por qué no te regresaste a tu casa?

Dejó de ver la entrada de la madriguera en donde había mantenido clavada la vista durante todo el relato como si se lo hubiera contado a Mocho. Me contempló, parecía que no recordaba quién era. Por fin habló.

—¿Cómo iba a regresar después de lo que hice? ¿Estás loco? Además aquí soy necesaria, imprescindible.

Sin más explicación, se volvió a acostar en posición fetal, dándome la espalda, y se cubrió con la cobija.

—Vamos a dormir, estoy cansada. Abrázame, anda, me dio frío.

VII

Desperté sin su cuerpo y por un segundo pensé que había sido un sueño. Tampoco había señales de Mocho. Me estiré mientras bostezaba. Desde mi llegada al bosque no había dormido tan profundamente. Era probable que fuera el efecto de Brisa: la tibieza de su carne bajo las cobijas había creado un estado embrionario. Esa noche no podía repetirse, no debía repetirse, si es que realmente había sucedido. Pero al inhalar el aire de la madriguera, el aroma de su sexo sin lavar y el rastro de la gasolina impregnada en su piel anegaron mis narices. Brisa había pasado la noche a mi lado y la había abrazado casto, sin huellas de concupiscencia. Y ella se había abandonado a mis brazos permitiéndose por unas horas una tregua, una regresión. Ignoré las alertas. Era algo circunstancial, una debilidad producto de los resabios de esa otra vida. Esa noche no podía repetirse, le dijo Chamuco a Gregorio Cárdenas.

—Gansitos y Coca para desayunar; vamos, flojo, sal de ahí, que la chamba espera.

La voz de Brisa entró en la madriguera junto con Mocho, que buscó mi cara para lamerla, como si obedeciera al mandato de la muchacha. Era una voz diáfana, juguetona e impaciente, mandona, caprichosa, nada que ver con la de las confidencias nocturnas.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunté mientras me arrastraba al exterior. Al incorporarme, mis huesos, fríos por el rocío de la mañana, crujieron. El sol apenas era una sombra pálida en el oriente. Muy pronto haría calor, el frente frío se había ido con la noche rumbo al oeste.

—Se los bajé a la banda, es mi parte del botín. Ayer le caímos a una tienda; mientras Sara distraía al tendero con el rollo de cambiar la morralla que levantamos en los cruceros, le dimos un llegue a la Bimbo, jeje. Sara es única para eso. Ya ves que tiene esa cara de chamaquita no rompo un plato; luego para su hociquito dizque

sexy, hace sus pucheros y los rucos se ponen bien calientes.

Me horrorizaba esa Brisa callejera y buscona, tan diferente a la desangelada joven que había dormido en mis brazos. Esa Brisa cínica y resuelta. Se dio cuenta del efecto de sus palabras. Se calló de golpe, adoptó una expresión ingenua, me tendió el Gansito y el refresco mientras sonreía como si la hubiera sorprendido en una travesura. Me sentí un hipócrita, un Tartufo, un cura, un facha, un legionario de Cristo. Yo era el Chamuco, *gente como nosotros*, no juzgaba, no prevaricaba, porque la calle todo lo justificaba, porque estábamos más allá del bien y del mal, imbécil.

—Un Gansito y un refresco, manjar de reyes —dije.

Brisa no terminó de entender una ironía que venía de esa voz persistente en mi cabeza, la del burguesito Goyito maestrito de música. Pero sí captó que el desprecio había desaparecido. Ella comía con fruición el pastelito. Yo reviví mi niñez, cuando mi madre recompensaba a escondidas de mi padre todo mi esfuerzo al piano con pastelitos como ése. Y los sabores del chocolate, la mermelada y la crema me entristecieron y observé a Brisa con una gratitud desmedida. Ella adquirió sobre mí un poder maternal.

—Ve por la guitarra que la plaza Juárez está lejos y hay que darle todo el día para sacar unos pesos.

La orden era ambigua, pero intuí que estaba incluyéndose en la excursión.

—¿Tú qué harás, saldrás con tus cuates a los cruceros?

—N'ombre, estoy hasta los ovarios de la gasolina. Me voy contigo. No pongas esa cara, güey, si te voy a hacer un paro. Si no pasas el sombrero te dan pura madre. En cambio, una nena con mis encantos insistiendo para que suelten el varo, nadie lo resiste. —Brisa giró sobre su eje como una bailarina—. Y si tocas alguna rola movidona, puedo hasta bailar; entonces sí, nos vamos a hacer ricos.

Brisa rio de su ocurrencia. Terminé la Coca de un trago y traté de disimular el pánico que me entró. La muchacha me invadía y a pesar de mi resistencia, no encontraba la forma de ponerle un alto. Detenida ahí, a la espera de que recogiera la guitarra para ponernos en camino, descubrí su talento para volver posible lo imposible, para transformarse en mi fantasía cotidiana. Me deslicé en la madriguera, cogí la guitarra, una vieja lata de conservas en la que esperaba la gente depositara algunas monedas, y emprendimos la marcha a la plaza Juárez.

Una larga marcha al corazón de la ciudad, cobijado por el edificio del Ayuntamiento y la catedral, un engendro del barroco novohispano tardío. Jardines, senderos de adoquines, vendedores

ambulantes, boleros, fokemones resistiendo el síndrome de abstinencia bajo los tilos, burócratas en tránsito de una oficina a otra, estudiantes de pinta, barullo, un oleaje de ruidos apagados.

Después de cuarenta y cinco minutos de camino llegamos a la plaza. El reloj de la catedral marcaba las nueve y media de la mañana. Durante el trayecto habíamos hablado poco. Una vez que el asunto del repertorio se agotó (fui bastante intransigente en cuanto a los temas que tocaría), me concentré en respirar para ahuyentar los nervios que crecían a medida que me acercaba al destino. Brisa tarareaba canciones que desconocía y vaticinaba nuestra suerte como artistas callejeros. Estaba emocionada con esa —así se refirió a ella— nueva etapa de su vida. Yo sentía un absurdo pánico escénico. ¿Pero quién iba a fijarse en la calidad de mi ejecución? La culpa era de Brisa, que había convertido el intrascendente rasgueo de la guitarra a cambio de unos pesos en algo parecido al inicio de una carrera artística.

Nos sentamos en una banca de la plaza y reconocimos el cuadrilátero en busca del mejor lugar. Había un kiosco en el centro, en donde la banda municipal de música dirigida por mi padre solía tocar los domingos por la tarde. Después de su muerte no supe quién había tomado su lugar y si la orquesta seguía presentándose en ese kiosco porfiriano que ya mostraba una vetusta decadencia, al igual que la banda de música y su director muerto. El niño Gregorio Cárdenas había pasado muchas tardes de domingo sentado en primera fila, contemplando devoto a su padre desplazar el brazo derecho, doblado en un ángulo de noventa grados, de arriba abajo y de izquierda a derecha, con la energía de un Von Karajan.

—Nos ponemos en el kiosco, ¿no? O sea, abajo, en las escaleras.

—No, ahí no. Está descartado —dije cortante.

—Uy, qué enojón, desayunamos gallo por lo que veo.

—Gansito —traté de suavizar.

—Qué chistosín, me cae. ¿Qué tiene el kiosco? A mí me parece el mejor lugar, pasa un chorro de gente...

—No me trae buenos recuerdos, es todo. Mira, las escalinatas que suben al atrio me parecen bien.

Brisa escondió su mentón en el cuello, hizo una mueca que me pareció reincidente y cruzó los brazos sobre su pecho. Estiré la mano y la dejé en su hombro. Nos quedamos así unos segundos. En ese momento pasó una mujer y observó con ojos de asco nuestra ropa miserable, nuestra mugre acumulada en el cuerpo, nuestra obscena indigencia estallando en medio de la plaza. Le devolví la mirada con violencia. La mujer aceleró el paso. Mis dedos

renegridos permanecieron sobre el hombro de Brisa.

—Algún día te lo contaré —le susurré sin necesidad. Mis dedos jugueteaban con los rizos que caían sobre su espalda. De pronto los retiré como si su cuerpo me hubiera dado una descarga. Brisa sonrió a medias y me dijo que las escalinatas del atrio también eran un buen lugar.

Sólo cuando Brisa comenzó a cantar en un susurro ronco, desatinado, ajeno a la guitarra, y a contonearse con los ojos cerrados y el rostro al cielo, los transeúntes decidieron detenerse un instante, incluso varios minutos, para contemplarnos como si fuéramos un espejismo, una aparición ridícula que los distraía momentáneamente de sus vidas acosadas por el futuro. De camino a la plaza había sido claro en que se limitara a pasar el bote entre la gente y que me dejara a mí tocar la guitarra. Pero Brisa no sabía de imposiciones. Así que a la cuarta canción había dejado su papel de ayudante e iniciado ese baile cadencioso, mientras tarareaba estrofas sueltas del repertorio. A veces atinaba a hilvanar dos o tres frases, a veces sólo se columpiaba como si fuera la sacerdotisa de un rito propagado por Internet. Y tengo que reconocer que funcionó. Los viandantes observaban el espectáculo por un rato, luego se acercaban a Brisa, que sostenía el bote entre sus manos, depositaban unas monedas en él y los más audaces le susurraban palabras al oído. Ella sonreía sin abrir los ojos, con la cara al cielo, con su meneo constante, sin abrir la boca. Yo mismo había caído en una suerte de trance al contemplarla y mis dedos se deslizaban por las cuerdas movidos por una voluntad irracional. Las melodías fluían como un arroyo modesto y cristalino. No reparaba en la ejecución, me importaba un pepino si falseaba un acorde o equivocaba un tono. A fin de cuentas no se trataba de Gregorio Cárdenas, hijo de su padre, sino de Brisa y Chamuco a los pies de la escalinata del atrio de una iglesia en la que se amontonaba una docena de personas que, por un momento, habían olvidado el asco que les provocábamos y caían rendidos ante el repulsivo pero fascinante espectáculo.

De regreso al parque llegamos a un Oxxo y compramos un par de caguamas, una garrafa de aguardiente Viva Villa y unas enormes bolsas de papas fritas. Teníamos ganas de celebrar. La recaudación nos sorprendió: más de trescientos pesos. Nos sentíamos millonarios. En el camino Brisa no dejó de hacer planes sobre otras plazas y otras calles de San Jacinto Río Muerto en las que nos iría mejor aún. Aventuró la posibilidad de viajar, de seguir rumbo al norte hasta la frontera, y pronunció el nombre de Tijuana como si

fuera una exótica fruta estallando en su boca.

Antes de que el alcohol hiciera efecto, ya estaba borracho de Brisa. Estábamos sentados a la entrada de mi guarida, frente a frente, en medio nuestro pequeño festín. La noche había caído cálida y las farolas del parque nos alumbraban tenuemente. Alternábamos los tragos a la cerveza con la garrafa mientras picábamos de la fritanga. Mocho nos contemplaba enigmático y roía un hueso desenterrado de alguna parte. Por la forma y el tamaño, me pareció el fémur de un ser humano.

—Somos reyes bárbaros a la sombra de las murallas del Imperio romano —comenté achispado.

Brisa me respondió que ella se sentía como Salomé después de haber bailado ante Herodes y pedido la cabeza de Juan el Bautista. Arqueé las cejas sorprendido por la referencia bíblica.

—Toda una primaria en escuela de monjas —estalló en una risa colegial.

—¿Qué tanto te decían? —le pregunté.

—¿Quiénes?

—Los que te hablaban al oído.

Brisa entornó los ojos y levantó un hombro de forma coqueta, pero no contestó. Su silencio era risueño, pero me pareció fatuo y engreído. Una punzada de rabia se mezcló con la bruma del alcohol.

—¿Te hacían propuestas obscenas? —insistí— ¿Te ofrecían dinero a cambio de irse a coger a un motel? ¿Te preguntaban cuánto por una mamada?

—Nada de eso, baboso.

Brisa titubeó. Una sombra de rencor nubló su expresión sensual y altiva. De pronto no sabía hacia dónde me dirigía. Yo tampoco.

—¿Cuánto me cobrarías por una mamada? —le pregunté brutalmente. Era el alcohol, eran los celos, era la moral burguesa de Goyito, era el deseo que recorría mi sangre, eran los siglos que traía encima como un puto rosario.

Brisa no explotó enfurecida, como si supiera más sobre mí que yo mismo. Serena, me contó que algunos le decían que era muy sensual, otros que bailaba muy bien, y un viejito que se acercó ya casi al final le propuso matrimonio.

—Ah, por cierto —remató— yo las mamadas las doy porque me salen de los ovarios, no por un varo.

Me acosté en el suelo vencido por el comentario perfecto de Brisa y por la borrachera. De mi pecho surgió un lamento largo y ronco, atorado ahí desde hacía mucho tiempo, anterior a mi llegada al parque, a la muerte de ese hombre epidemia que fue el padre de

Gregorio. Anterior a mi conciencia de ser vivo tal vez. No era un llanto, era un bramido de dinosaurio. Comencé a reptar lentamente hacia Brisa como un nadador en tierra firme, impulsado por el lamento. La muchacha me observó entre espantada y jocosa, desarmada ya por mi gimoteo. Me aferré a sus tobillos y le imploré perdón. Mis manos treparon por sus pantorrillas, superaron las rodillas y se hundieron en sus muslos. No dejaba de pedirle perdón con la necedad de los borrachos, necesitaba escucharlo de sus labios. Brisa, al sentir mis dedos en la parte interna de sus muslos, a medio palmo de su sexo, abrió un poco las piernas, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar las palabras anheladas: te perdono. Mi boca escaló hasta su boca. Nuestras lenguas chocaron y desparramaron en el otro el aliento a aguardiente y cerveza, a fritanga, a sarro y caries, a restos de alimentos acumulados en las encías. Eran dos hálitos espesos y pútridos que se mezclaban y suavizaban un poco gracias a la saliva que secretamos en el largo beso.

VIII

Los días empezaron a precipitarse uno tras otro como si el tiempo fuera una ensoñación. Chamuco y Brisa, el híbrido del siglo. Una estrategia para detener el proceso inevitable de la muerte. Un solo cuerpo con cuatro piernas, cuatro brazos, dos cabezas.

Todas las mañanas despertaba a mi lado. Imagino que tenía algún significado más allá del intercambio de flujos, el cual se había convertido en una práctica a veces salvaje, a veces tierna, a veces... no sé. Eso de abrir los ojos y encontrarme con una mujer que no era aquella mujer —una sombra que desaparecía, la costilla de otro hombre que ya no era yo—, por unos segundos me aterraba. Luego Brisa abría la boca, decía algo, gruñía, susurraba, bostezaba, murmuraba y se abrazaba a mí como si fuera un árbol viejo, grueso y frondoso. Y el día recomenzaba sin ayer ni mañana. Un estado ingrávido y peligroso porque me transmitía una sensación omnisciente.

Brisa presumía por todo el campamento de nuestro amor y lo esparcía como un gas mostaza convulsionando a sus habitantes. Nos sonreían, nos ofrecían lo poco que tenían sin necesidad de pedírselo, nos invitaban a sus guaridas para compartir una fogata, el aguardiente o el miserable alimento que había a la mano. A cambio, yo tocaba la guitarra, Brisa bailaba y exhibíamos nuestra sensual candidez que, por alguna razón, funcionaba como un enervante entre los vagabundos. El mismo Dionisio cambió su talante. Me veía con otros ojos y el calor de su mirada empezó a envolverme, a iluminarme. Paulatinamente dejé de ser ese ente extraño, el parásito tolerado de un organismo que se bastaba a sí mismo, para convertirme en una víscera imprescindible. Era consciente de que Brisa había impulsado la transformación. Ella creía en la comunidad del parque y veía en Dionisio a ese líder espiritual, social y político que la mayoría aceptaba sin cuestionamientos. A veces una sombra

de celos me envolvía, cuando atestiguaba, siempre por una fracción de segundo y siempre de manera incierta, la devoción que aparecía en la mirada de la muchacha al estar en presencia de Dionisio. Dionisio tenía su corte de nínfulas, Brisa no pertenecía a ella. La trataba con bastante indiferencia. Ella lo adoraba desde la distancia como se idolatra a una estrella de cine. Los acontecimientos posteriores me demostraron cuán equivocado estaba.

Convivía mucho con el clan tragafuego. Especialmente con Saúl, Toño y Sara. A veces, cuando nos cansábamos de nuestros conciertos en las plazas, los acompañábamos a los cruceros. Brisa participaba con el hula hula. Su cuerpo era un imán y el aro giraba como si fuera una luna gravitando alrededor de un astro nuevo y hermoso. Podía durar lo que duraba un semáforo en rojo. Rara vez los conductores no le regalaban unas monedas. Yo lo intenté en una ocasión, fue un desastre. Sólo confirmé lo que ya sabía: mi coordinación motriz era semejante a la de un autista. Los números de Saúl y Toño siempre eran con fuego. Arriesgados, sorprendentes, estremecedores, provocaban en la gente un rechazo instintivo, un deseo de huir que se traducía en pobres recaudaciones. Saúl y Toño me veían con recelo. Preferían que Brisa los acompañara sin mí. Eso nunca pasaba.

Sara era la más pequeña. Acababa de cumplir los diecisiete. Su historia, a diferencia de la de Brisa, sí reunía todos los requisitos de la desgracia. A retazos, Brisa me fue contando que su amiga, a la que adoraba, huyó de un hogar en el que su padre comenzó a abusar de ella desde los doce años, en el que su madre agonizaba prendida de una botella de tequila mientras iba a dar una vez al mes al hospital por las palizas del esposo. En el que su hermano terminó en la cárcel por robo a mano armada. No me conmovía la experiencia vital de Sara porque nunca me había conmovido la existencia de millones de personas embrutecidas por la miseria. ¿Insensible? Tal vez, pero no hipócrita. Vengo de esa clase media atroz, egoísta, capaz de los actos más abyectos con tal de conservar el estatus. Conformista, propensa a la humillación, quejumbrosa y abnegada, puede hacer de las Saras del mundo una bandera de la indignación o convertirlas en un santiamén en unas putas despreciables, según convenga. Lo que me asombraba de Sara (y me maravillaba) era su manera de vernos, como si fuéramos exóticos insectos bajo una lupa que le despertábamos curiosidad. Parecía pertenecer a una raza extraterrestre incapaz de ejercer el mal que había venido a estudiar nuestro comportamiento. Imaginaba, ya en un plan psicoanalista (otro de los asquerosos pasatiempos de la

clase de la que vengo), que había desarrollado esa actitud para que todo el daño que le habían hecho no la envileciera.

Así que disfrutaba mucho cuando Sara venía a visitarnos a la guarida para charlar un rato con Brisa. Yo las contemplaba mientras rasgaba azarosamente la guitarra y escuchaba sus conversaciones sin intervenir. En muchas de estas conversaciones, el sueño de Dionisio ocupaba el centro de su ingenua exaltación. En boca de ellas, la utopía de la Mónada Perfecta me parecía perfectamente posible. Y una especie de anhelo comenzó a formarse en mi interior: ¿Y si ése era mi destino? ¿Convertirme en la Mónada Perfecta? Dejaba que me excluyeran de esa burbuja frágil, balsámica, inocua. A veces se quedaba a dormir, los tres bajo la cobija mugrienta, sin rastro de deseo, sólo el calor de nuestras risas.

Y las amaba.

Chamuco echaba raíces en ese parque inclemente. Empezaba a entender el sentido de todo aquello.

Estaba dispuesto a aceptar la naturaleza, si no divina, iluminada de Dionisio, a la manera del Cristo terrenal, de Buda Gautama, de Mahoma (sobre todo este último, guía de ejércitos y conquistador de La Meca). Éramos un ejército de desarrapados, humillados, vencidos. Los caminos que cada quién había recorrido para llegar al bosque carecían de importancia, sólo existía el renacimiento en la miseria. Ya no éramos víctimas ni buscábamos la piedad, la conmiseración, el perdón o la clemencia. Ellos, los que perseguían el futuro incansablemente, merecían nuestra misericordia. Aunque si eran borrados de la faz de la tierra y con ellos ese vacío monstruoso, devorador, impío, ególatra y mezquino que arrastraban, la Tierra resultaría agradecida. Una plaga que había que eliminar. Pensé que ése era el plan de Dionisio, la misteriosa misión que me tenía reservada.

Pero un buen día llegaron las lluvias. Cada tarde durante una semana, el cielo se embarazó de nubes negras, bajas, cargadas de electricidad y agua. Y cada noche descargaron sobre el parque su ira arrasando con jacales y guaridas, tiendas de campaña improvisadas, techos de cartón y lona.

Al día siguiente de la primera tormenta, Dionisio nos reunió en el árbol caído. La comunidad del parque, maltrecha y ojerosa por pasar la noche en blanco tratando de salvar lo poco que tenía, lo escuchaba. Y su voz surgió clara como un rayo de sol que nos calentó los corazones. Nos anunció que venían días difíciles pero que juntos podíamos superarlos. Nos advirtió que ése era el momento de abandonar el parque en busca de techos más firmes

cuyo precio sería el de la abyección, pero aquel que se fuera, no podría regresar. Después de un silencio en el que nos mantuvimos firmes como soldados, su tono mesiánico se transformó en el de un líder práctico y sabio. Comenzó a dar instrucciones para sobrevivir a las lluvias. Nos pusimos manos a la obra. El Tachuelas nos dirigía, sus conocimientos de albañilería eran vitales. Invadimos la ciudad con la consigna de colarnos en obras en proceso y robar la mayor cantidad posible de material. Brisa y yo nos unimos al grupo tragafuego. Asaltamos un chalet en obra negra que sería lujoso no muy lejos del parque. Nos hicimos con unas pocas vigas de madera, tablones y piolas; las mujeres, con la mayor cantidad posible de lonas. El regreso fue penoso pero sin incidentes.

Ya en el parque, comenzaron a llegar las noticias de algunos caídos. A dos los sorprendieron unos albañiles y les dieron una paliza salvaje. Un tercero que logró escapar, Filípedes en andrajos, lo narraba jadeante. Dionisio mandó un grupo al rescate. En total, cinco fueron detenidos por la policía y llevados a la comandancia.

Luego, el Tachuelas se multiplicó. Nos enseñó con paciencia a los que como yo nunca habíamos trabajado con las manos, cómo usarlas en beneficio de la obra. Mientras sujetaba una viga o amarraba una piola, envidiaba a aquellos que mostraban una destreza natural y odiaba a Goyito Cárdenas, fatuo y llorica porque nunca había logrado la aprobación de su padre ni la ovación de un público tan pretencioso como él. Sentía mis músculos gimotear por el esfuerzo, implorar descanso, pero una fuerza algo sobrehumana, que venía de la conjunción de todos los empeños, me poseía y nada podía detenerme. Veía a Brisa sonreír plena de vida, concentrada en su tarea; al Tachuelas estar en todas partes asegurándose del resultado de ese milagro que poco a poco cobró forma ante nuestros ojos.

Cuando la tarde agonizaba y la fatiga amenazaba con derrumbarnos, Dionisio se sentó en el tronco caído y comenzó a tocar su guitarra sin una cuerda y a entonar canciones compuestas por él. Hablaban de nosotros, de los que hubo antes y habría después, de los que estábamos ahí, sin nada más que nuestro cuerpo y nuestro corazón podrido. Hablaban de ese único destino que nos aguardaba, en el que nadie pensaría nunca más en primera persona. Nosotros, nosotros.

La noche cayó y con ella las primeras gotas de un chubasco inmisericorde. Todos nos refugiamos bajo la gran carpa que habíamos edificado. Abigarrada, llena de parches y remiendos, dejaba pasar el viento frío pero no la lluvia. Resistía si no era por

algunas goteras insignificantes. Y todos nos miramos a los ojos y ya no nos sentimos vulnerables.

Brisa y yo nos acurrucamos en un rincón, los demás hicieron lo propio. Dionisio y el Tachuelas contemplaban la tormenta desde la abertura que habíamos dejado a manera de entrada. Antes de caer rendido por el cansancio, pensé que eran dos espejismos.

... ET DOULOUREUX

I

Sucedió a los pocos días de que cesaran las lluvias. La gran carpa había resistido bien pero no fue suficiente.

Primero los niños manifestaron los síntomas: fiebre, dolor de huesos y cabeza, ojos enrojecidos, gargantas inflamadas. Siguieron los ancianos. La influenza cayó sobre el parque como un aura sabanera y se cebó con los más débiles.

Algunos, al inicio de los aguaceros, habían abandonado el campamento. Los miembros de la Organización Aniquiladora de Reptilianos desertaron en bloque. Dionisio los despidió encantado, se deshacía de ellos sin romper la promesa que le hizo al Chilegüero. Se marcharon entre abucheos, yo fui el primero en abroncarlos, demostraban no ser dignos de la misión que decían tener. Un par de viejos mendigos claudicaron y decidieron entrar a una casa hogar para ancianos indigentes regida por las monjas Carmelitas. Los más veteranos sabían que se encerraban voluntariamente en una cloaca de enfermedades y muerte a cambio de una sopa caliente. Los que quedamos nos concentramos en la reconstrucción de las covachas. Brisa y yo levantamos la mía, que se había convertido en nuestra, y aprovechamos para apuntalarla. Poco a poco fuimos transformando la frustración, el desánimo, la rabia, la impotencia en un impulso cándido que culminaba en noches de intimidad adictiva y dolorosa. Adictiva porque, como todos los amantes, nos creíamos perfectos. Dolorosa porque no éramos tan ingenuos como para creer que aquello duraría.

No sólo era el sexo. Eran las convicciones susurradas, la inteligencia de nuestros cuerpos, el regocijo en las miradas. Era la certeza de que nada podía faltarnos porque nada anhelábamos. Era la ausencia del poder, ni ella ni yo lo buscábamos. Eran los pasos de nuestros actos que nos seguían a la guarida cuando llegaba el crepúsculo y que cobraban sentido cuando nos entregábamos el uno

al otro. Al menos, eso pensé.

¡Cómo pude ser tan ciego!

Pero llegó el virus y hubo que actuar pronto. Los casos se propagaban rápidamente. Dionisio, el Tachuelas, Brisa, Saúl, Toño, Sara, yo y otros más, cargados en carritos de supermercado, llevamos a los más graves al Hospital General de San Jacinto Río Muerto en una peregrinación grotesca y silenciosa. Nos encontramos con que había escasez de medicamentos y teníamos que pagar por ellos y por la consulta: no estábamos afiliados al Seguro Popular. La sala de espera albergaba una muchedumbre enferma dispuesta a pasar todo un día ahí, incluso a dormir a las puertas del hospital, a la intemperie, con la esperanza de ser atendidos por un médico que muy probablemente terminaría por recetarles un placebo.

Dionisio tuvo un estallido de ira. Por primera vez lo vi perder los papeles. A gritos llamó inhumanos y sanguijuelas a médicos y enfermeras. Los guardias de seguridad nos echaron a patadas. Regresamos al parque resignados a empezar a contar muertos y a enterrarlos.

Aquella noche Dionisio nos convocó al Tachuelas y a mí a una reunión.

—Te necesito, Chamuco. Ésta es tu gran oportunidad de saldar la deuda que contrajiste con la muerte de tu padre. Si me ayudas con esto, eres libre de dejar el parque.

No terminaba de acostumbrarme a la mesiánica forma de hablar de Dionisio, a la seguridad con que disponía del destino de cada uno de nosotros. Me irritaba. Y me dolía saber que aún pensara que si seguía en el parque era por una supuesta deuda carente ya de sustancia y forma. Pero no era el momento de reclamar nada. Las toses de los enfermos arrullaban la noche.

Al día siguiente, muy temprano, dejamos el parque sumido en los murmullos de la enfermedad. Los tres nos alejamos en silencio, vigilados por Mocho y Brisa, detenidos en la entrada como si un maleficio les impidiera salir. Brisa nos dijo adiós con la mano. La agitó ingrávida en la mañana brumosa, irreal, hasta perdernos de vista. El Tachuelas encabezaba la marcha varios metros por delante. Cargaba una mochila vacía, sucia y rota, en la espalda. La fuerza y la lealtad de ese hombre me agobiaban. Dionisio caminaba a mi lado con una mochila semejante.

—¿A dónde vamos?

Dionisio siguió andando sin responder. Me detuve.

—A estas alturas ya sabes que mi fe en ti no da para tanto —dije

—. Dime a dónde vamos.

—Al hospital San Jorge —me contestó Dionisio sin dejar de caminar. Veía su espalda alejarse montada en ese imbécil paso de pato.

—¿Por qué? —grité.

Dionisio había alcanzado al Tachuelas. Caminaban hombro con hombro en una sociedad inmutable. Troté hasta rebasarlos y encaré a Dionisio. Ambos interrumpieron la marcha.

—¿Por qué vamos al San Jorge? —volví a preguntar.

—Necesitamos medicamentos —dijo Dionisio mientras me sorteaba y seguía su camino. Lo detuve del brazo. Me vio a los ojos. Me escrutó con cansancio, hastío y desprecio. Con un gesto del mentón me invitó a soltarlo. No le hice caso.

—Regrésate —ordenó—. Me equivoqué, no hace falta que nos acompañes. Vuelve al parque, a ver si allá eres de más ayuda.

El Tachuelas me tomó de los hombros delicadamente y me separó de Dionisio.

—La andan regando gacho. Déjense de pendejadas, hay gente que depende de nosotros, luego arreglan su pleito. Dionisio, con todo respeto, pero sí lo necesitamos.

Dionisio se encogió de hombros desdeñoso y se echó a andar de nuevo.

—¿Qué le pasa a ese cabrón? Sólo le pregunté a qué íbamos al hospital.

—Ya lo conoces, no le gusta dar explicaciones. Ven, te cuento en el camino —dijo el Tachuelas. Entonces, en un tono monótono, como de actuario, me narró la siguiente historia:

Doña Mercedes era una mujer mayor, rondaba los sesenta y cinco años, soltera y sin familia. Tenía dos gatos, una televisión, un tocadiscos, una colección de LPs de música clásica, un pequeño jardín de margaritas y gladiolos, un rosario y un reclinatorio en la iglesia de su barrio. Era la encargada de la farmacia del San Jorge hacía veinte años. Era también una melómana. La primera vez que Dionisio se plantó en el recibidor del hospital lo hizo atraído por el piano. Deambulaba por los alrededores buscando levantar unas monedas cuando lo vio, en medio del lobby, inútil y fastuoso. Pensó que no tenía nada que perder, así que entró, se sentó al piano y comenzó a tocar...

—*Un sospiro*, de Liszt —le interrumpí al Tachuelas—. Yo estaba ahí...

—Qué carajos voy a saber lo que tocaba —dijo, y continuó con el relato.

Un guardia de seguridad intentó echarlo, pero doña Mercedes intercedió. El caso es que lo dejaron tocar. Doña Mercedes lo invitó a regresar cuantas veces quisiera. Dionisio le tomó la palabra. A veces la encargada de la farmacia charlaba un rato con Dionisio. Se interesó por su vida, sus problemas, sus circunstancias. Llegaron a un acuerdo. A cambio de interpretar el repertorio que solicitaba la señora, ésta le regalaba muestras de medicamentos y productos sujetos a devolución. No era gran cosa, pero en el campamento no faltaba un dolor de estómago, una diarrea, una cortada, una gripa. Dionisio fue armando un pequeño botiquín que paliaba las necesidades médicas de la comunidad.

—Entonces, lo de mi padre...

—Fue casualidad. Tu padre quiso conocer a Dionisio, tocaron juntos, lo invitó a que lo visitara a su cuarto. Dionisio fue tres o cuatro veces con él. Luego apareciste tú en el parque con la petición. Y a los días tu padre murió.

—¿Cómo?

—Eso sí no sé.

—¿Lo mató él?

—Tendrás que preguntárselo. Pero no es el momento.

El Tachuelas me dijo esto último como una advertencia. En el parque los asuntos personales nunca eran urgentes, la mayoría de las veces había una tarea apremiante que disolvía lo que en cualquier otra parte sería una prioridad. Este razonar contrario a la gran egoteca del mundo tenía un efecto reductor de las preocupaciones íntimas. ¿Qué importaba cómo había muerto mi padre si en unos días más podría fallecer media docena de niños bajo los efectos de la influenza?

La mole del hospital San Jorge, de ventanales grandes y relucientes, intimidante, surgió a lo lejos. Era un edificio de quince pisos que sobresalía en esa ciudad chata y desparramada. En opinión de la mayoría de los habitantes de San Jacinto Río Muerto, se trataba del mejor hospital de la región, también del más caro. Cuando nos aproximamos a la entrada, Dionisio se dirigió a mí.

—Necesito que seas yo por un rato. Vas a entrar, te vas a sentar al piano y vas a tocar como en tu vida lo has hecho. Antes quiero que te asegures de que la encargada de la farmacia te vea. Tienes que lograr que se acerque a platicar contigo. Es muy importante que crea que eres yo durante el mayor tiempo posible. ¿Entendido? Cuento con que el cabello largo y la barba la despisten por un rato.

—¿Y ustedes?

—Por nosotros no te preocupes, haz lo que te digo y hazlo bien.

El Tachuelas y Dionisio dieron un rodeo rumbo al estacionamiento dejándome solo frente a la entrada del hospital. Fui a sentarme a una banca de piedra que había a un costado de las puertas automáticas de cristal. Estaba empezando a cansarme del trato que me daba Dionisio, de sus secretos, de su arrogancia. Esos momentos en que creía haber comulgado con él y con los habitantes del parque se debilitaban. Sentado ahí, recordé a Gregorio Cárdenas llegando al hospital, subiendo al segundo piso y entrando a la habitación de su padre mientras rogaba encontrárselo muerto. Fue tanta la lástima que sentí en ese momento por ambos, por ese Goyito de antaño y por mi yo presente, que pensé en largarme, dejar en la estacada al Tachuelas y a Dionisio. Pero entonces no podría regresar al parque, a Brisa y su incontinente vocación de enfermera en esos días de enfermos. A sus brazos nocturnos, a su urgencia diurna. Y había vidas que dependían de que traspasara esas puertas que se abrían y cerraban constantemente y tocara el piano para conjurar la muerte.

Me levanté, pálido y tembloroso, como si trajera la influenza conmigo, entré al recibidor del hospital y caminé al piano. No lo recordaba tan maltratado. Me senté, abrí la tapa y estiré mis dedos. Temblaban. Tuve ganas de vomitar. Un hormigueo punzaba mis piernas. Veinte años atrás, frente a un piano parecido, había sentido lo mismo. Los sinodales esperaban aburridos e indiferentes a que iniciara la audición en la Escuela Superior de Música y la sombra de mi padre me picoteaba el pescuezo como un pájaro carpintero. Las pocas personas que estaban sentadas en los sillones del lobby salieron del ensimismamiento que imponen los hospitales y me contemplaron recelosas. Mi padre había muerto en ese lugar, me pareció que el *Réquiem* de Mozart le agradaría. Ensayé una escala en fa mayor sostenido mientras desechaba la idea de ejecutar la obra maestra del genio de Salzburgo, era demasiado homenaje para semejante canalla. Seguí con las escalas, incapaz de tocar una pieza, al tiempo que vigilaba la farmacia. Al poco rato se asomó la encargada y me saludó desde la puerta. Detecté una cierta complicidad. Era una señora dulce, como sacada de un cuento de hadas. Me vino a la mente Satie. Era inevitable. No empecé con las *Gymnopédies*, preferí algo más sencillo: la *Gnossienne n.° 1*. Poco a poco mis dedos entraron en calor y mis manos se soltaron melancólicas y lúcidas. No era ningún virtuoso, podía detectar los errores que cometía, pero mi barba y mi pelo sucios, mi ropa astrosa, mi asqueroso olor, mi hambre y mi frío y el hambre y el frío de los habitantes del parque y sus enfermedades me eximían. El fantasma

de mi padre se asomó por la barandilla del segundo piso, a la altura de la que había sido su habitación, y observó mi ejecución severo y agrio. Sólo por contrariarlo, cambié a la versión jazz de Jacques Loussier. Junto con la síncopa característica del jazz creció mi entusiasmo. Entonces el fantasma de mi padre comenzó a inflarse, a inflarse, a inflarse; su cara a congestionarse y su boca a ensancharse como si lo hubiera mordido una víbora cascabel, hasta que estalló como una pompa de jabón. ¡Había desaparecido! Al poner fin a la pieza me di cuenta de que la encargada de la farmacia se acercaba.

—Hola, cuánto tiempo sin visitarnos —exclamó. Al instante su rostro ensombreció—. Pero usted no es, no entiendo, usted no...

—Hola, doña Mercedes, sí, sí, cuánto tiempo, eh. No había podido venir...

—¿Quién es usted, dónde está Dionisio?

—Yo soy Dionisio, la Mónada Perfecta.

—¿Pero qué está diciendo? Claro que usted no es Dionisio. ¿Cree que soy tonta?

La mujer movía la cabeza como una gallina picoteando el suelo y daba un paso adelante y otro atrás, mientras su mano de venas azules y saltonas, salpicada de lentigos, apretaba la caja de resonancias del piano.

—Doña Mercedes, claro que soy Dionisio, quién podría ser si no. Dígame, ¿qué quiere que le toque?

—Nada, usted no toca ni la mitad de bien que Dionisio. Le voy a pedir que se vaya o llamo al guardia de seguridad.

Me puse en pie de un salto y encaré a la anciana furioso por la comparación. En sus ojos, la indignación y el miedo eran la bruma de un principio de cataratas. La mano manchada por los años que un momento antes se aferraba a la caja de resonancias, ahora me señalaba la salida. De reojo puede ver al guardia de seguridad acercarse titubeante. ¿Era o no el indigente que solía venir a tocar el piano? El pobre diablo no entendía nada. Un estruendo de cajas golpeando el suelo llegó a nosotros proveniente de la farmacia. Doña Mercedes, el guardia y yo dirigimos la mirada hacia el ruido. Las siluetas de Dionisio y el Tachuelas se recortaban al interior de la farmacia. Las mochilas abiertas colgaban de sus manos. Parecían llenas de medicamentos.

—¿Pero qué está pasando aquí? —gritó doña Mercedes. Me dio la espalda y se encaminó hacia la farmacia con una zancada ágil que desmentía su edad. Pensé que esas piernas no eran las de la mujer, que pertenecían a otra persona. La encargada llegó a la altura de los mendigos y trató de asimilar lo que sucedía. Mis

compañeros parecían dos fotogramas.

—¿Dionisio?

En medio del silencio, la pregunta sonó como un ruego. Dionisio asintió.

—Usted no lo entiende, doña Mercedes, pero es necesario —dijo.

El Tachuelas ya se había situado detrás de la anciana y sacado una navaja cuyo filo apoyó en la base del cuello de la mujer. Con el brazo libre la rodeó por el pecho y la atrajo hacia sí. Había una cierta sutileza en los movimientos del Tachuelas, un miramiento, una disculpa que enternecían. Dionisio se echó ambas mochilas a la espalda. Con doña Mercedes como rehén, cruzaron el recibidor. Al pasar a mi lado, me indicaron que los siguiera. Me pegué a Dionisio como si fuera una tercera mochila. Poco a poco las voces del hospital salieron del silencio profiláctico que adormecía al edificio y comenzaron a pedir ayuda, a proferir gritos, a solicitar que alguien llamara a la policía. Pero la policía tardaría una eternidad en llegar. En San Jacinto Río Muerto todo el mundo sabía que no acudían a los llamados de auxilio o lo hacían muy tarde, cuando la tragedia se había consumado. El guardia seguía nuestros pasos a unos cuantos metros. Esgrimía su ridículo tolete con un enorme desamparo, sin saber qué hacer con él. Por setecientos pesos a la semana no arriesgaría su pellejo. Cuando salimos del hospital, echó mano del celular para llamar a la policía. Enfermeras, camilleros, médicos y pacientes se agolpaban en la salida observando cómo nos alejábamos escudados en la anciana. Las puertas automáticas se abrían y cerraban con una tenacidad desquiciante. Rodeamos el edificio. En la parte de atrás, un descampado lleno de maleza y basura conectaba con un fraccionamiento clasemediero muy populoso. Si alcanzábamos a llegar ahí, estábamos salvados. A la anciana le costaba seguir el paso que imponía el Tachuelas, quien solamente tiraba de su brazo sin amagarla ya con la navaja. Doña Mercedes convirtió el nombre de Dionisio en un mantra. Como si la sola invocación de su captor bastara para disuadirlo. Comenzó a jadear. Un silbido ronco, áspero, salía de su garganta como el estertor de un moribundo. Sus piernas tropezaban con las piedras y los arbustos retrasando la marcha. Yo cerraba la huida. Tenía la boca seca y las extremidades agarrotadas por el deseo. El mundo se había detenido, un gran vacío, un silencio inédito nos rodeaba. Mi respiración, a mil por hora, contrastaba con los movimientos de todos nosotros, lentos y equívocos. Doña Mercedes cayó de rodillas.

—Dionisio, te lo pido por Dios, déjame ir. No le diré nada a nadie, ni de ti ni del parque. Te lo ruego.

La anciana utilizó el último aliento para implorar. Dionisio y el Tachuelas cruzaron una mirada. Dionisio negó con la cabeza y le hizo un gesto al Tachuelas. Éste me tendió la navaja. Al principio no comprendí el ademán. Poco a poco la idea de que debía asesinar a la encargada de la farmacia fue abriéndose paso en mi cerebro. El Tachuelas mantenía firme la navaja apuntándome como si fuera el dedo de Dios. Entendí que ésa era la verdadera prueba. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? ¿Hasta dónde había cambiado de piel y había vendido mi alma a la Mónada Perfecta? Una cosa era matar a un desecho humano como la adicta al cristal de la casona en un arrebato salvaje, poseído por el frenesí de la venganza, y otra cortarle el cuello a sangre fría a una respetable señora que había mostrado una bondad infinita. Porque no todas las vidas valen lo mismo y pesan igual en la conciencia.

—Te amo, Chamuco, y te necesito, hazlo —dijo de pronto Dionisio.

Ahora que lo pienso, fue en ese momento que Gregorio Cárdenas empezó realmente a diluirse en mi interior. Una corriente fría de aire se llevó su pequeñez, su miedo, su pusilanimidad, su claudicación permanente y dio paso a esa sombra que durante años había permanecido reprimida en algún insondable recoveco de mi cerebro.

Me hice de la navaja, tomé a doña Mercedes del cabello, eché la cabeza de la vieja hacia atrás y de un tajo firme le rebané el pescuezo. ¿De qué parte de mí surgía ese conocimiento preciso de la muerte? La sangre tardó una eternidad en brotar; cuando lo hizo, parecía un manantial. Los ojos de doña Mercedes se abrieron estupefactos al sentir el filo penetrar su piel flácida y arrugada, a la altura de la epiglotis. Así se quedaron mientras su corazón dejaba de bombear sangre, incrédulos, tan solos. Di un grito. Un grito salvaje que rompió con la burbuja que nos envolvía dejando entrar al mundo entero en ese pedazo de tierra empapada de la sangre de la anciana.

—¡Vámonos, rápido, qué esperas! —me ordenó el Tachuelas al tiempo que me arrebataba la navaja. Dionisio ya se alejaba, estaba a punto de alcanzar el fraccionamiento. El Tachuelas dio unos pasos y se detuvo.

—Si no vienes tendré que matarte, cabrón, no puedo dejar que te agarre la chota.

Di media vuelta para contemplar el hospital. Desde esa distancia nada parecía perturbarlo. Los coches se desplazaban sobre las calles aledañas, los autobuses de línea hacían las paradas

correspondientes. El sol alcanzaba su cénit y un viento fresco acariciaba la maleza del descampado esparciendo su olor a basura.

—¡Chamuco, con una chingada!

Rompí con el estupor y enfrenté al Tachuelas.

—¿Qué dices?

—Que corras, cabrón.

Y corrí.

II

Dionisio, imperturbable, escoltado por el Tachuelas, repartía los medicamentos en el árbol caído, frente a la comunidad del parque. Oseltamivir, Zanamivir, Peramivir, analgésicos, Ibuprofeno, desinflamatorios, el botín no era ni mucho menos azaroso, correspondía a un conocimiento exacto. Brisa, abrazada a mi cintura, observaba la escena con una ancha sonrisa de orgullo. Era su héroe particular. Había pasado a formar parte del grupo de los elegidos. Pero mi ánimo era torvo, no podía deshacerme de la imagen de la anciana con el pescuezo rebanado ni sacarme de la piel la frialdad y la precisión con que había deslizado la navaja por su cuello. La presencia oscura de nuevo se había retirado a sus abismos. ¿En qué me había convertido? ¿Quién era la Mónada Perfecta que así disponía de la vida de otros? ¿Cómo supo con exactitud qué medicinas robar de la farmacia del San Jorge?

—¿Por qué tiemblas? ¿Estás enfermo? —me preguntó Brisa.

—Ven, necesito contarte algo, es muy importante.

Tomé a Brisa de la mano y la conduje hacia la guarida. Antes de dejar el claro, eché un vistazo a Dionisio y al Tachuelas. Ambos me siguieron con una mirada dura y críptica, una amenaza ambigua, mientras continuaban con la repartición.

Brisa protestó, se resistía a acompañarme, quería ser partícipe de ese nuevo milagro. Aprisioné su mano y tiré de ella con más fuerza.

—¿Qué te pasa, baboso? Me lastimas.

—La matamos —susurré—. Le cortamos el cuello.

—¿De qué hablas? ¿A quién mataron?

Brisa se detuvo y trató de zafarse. Estábamos a unos pocos metros de la guarida.

—¡Esos tortolitos! —dijo una mujer de no más de treinta años que aparentaba cuarenta al pasar a nuestro lado. En sus manos cargaba varias cajas de medicamentos. Nos sonrió llena de una

confianza demoledora. Se perdió tras un árbol. En su covacha la esperaba un niño febril y delirante.

—Vamos adentro y te cuento.

Brisa se deslizó en la guarida y se acostó sobre la cobija bocabajo, caprichosa y petulante. Me tumbé a su lado y deslicé mi mano por su columna vertebral. Me gustaba sentir la resistencia de esos huesos saltones. Respiré hondo para tranquilizarme y le conté lo sucedido en el hospital. No me interrumpió. A medida que narraba los pormenores, se puso bocarriba. Terminó abrazada a sus piernas con la vista suspendida en la entrada de la covacha.

—¿Acaban de salvar a varios niños y te preocupas por la vida de una vieja solterona que nadie va a extrañar? —dijo cuando acabé el relato, después de una larga pausa—. ¿Quién eres, Chamuco? ¿Realmente quién eres?

No me esperaba ese comentario. No estaba listo para enfrentar su brutal lógica. Y no tenía una respuesta a la pregunta de quién era yo. Me sentí terriblemente solo, como nunca antes me había sentido, ni siquiera en la piel de Goyo Cárdenas. Atrapado en la frontera entre dos mundos, suspendido en un limbo lleno de mí, sin espacio para otro objeto o persona que no fuera yo.

—¿Por qué estás aquí, Chamuco? ¿Por qué nos ves desde esa pinche barrera de rectitud y moralidad pinches que ni tú mismo respetas?

Brisa avanzó como un felino sobre mi cuerpo. Su boca quedó a unos centímetros de la mía. Una de sus manos se deslizó bajo mi pantalón y comenzó a acariciar mi sexo que respondió con una erección tímida. Los labios de Brisa ahora susurraban en mi oído.

—Esto es una guerra, siempre lo ha sido —me decía mientras sus dedos recorrían mi glande—. Hace siglos que peleamos, los invisibles, los desheredados, la escoria. Nuestros enemigos son una ilusión, un fraude, un engaño. Pero no les tiembla la mano si tienen que eliminarnos, sacrificarnos, limpiarnos —Brisa apretó la raíz de mi pene—. Entre ellos y nosotros está la gente como tú, como mis padres, como la doña ésa de la farmacia, haciéndoles el trabajo sucio —Brisa sacudió mi miembro con fuerza, el semen se agolpó en la punta a nada de brotar—. Pero no te equivoques, esto es una guerra, no caben los arrepentimientos ni las dudas. ¿De qué lado estás?

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, extrajo mi sexo y con un movimiento rápido acercó su rostro a él y lo devoró carnívora y diestra. No tuvo que succionar mucho. Eyaculé en su boca, un torrente abundante que siguió el curso de su garganta y su esófago

hasta el estómago. Mientras me vaciaba no paraba de gemir como un recién nacido. La cara de Dionisio relampagueó en el interior de mis párpados. Fue una fracción de segundo pero me pareció que se quedaría grabada para siempre y que cada vez que cerrara los ojos la vería. Brisa, de rodillas a mi lado, me observaba sonriendo en plan Mona Lisa. Una gota de semen escurría de la comisura de su boca.

—Te amo —dije sin querer. Me arrepentí de inmediato.

En ese momento Mocho asomó el hocico. Brisa ignoró mi declaración y se dedicó a acariciar al perro. Escondí mi sexo en el pantalón y les di la espalda. Estaba avergonzado, rabioso conmigo, hueco, lastimado.

—Gregorio Cárdenas —pronuncié mi nombre sin cambiar de postura—. Así me llamo. Una vez dijiste que algún día te lo confesaría. Ahí está, pues: Gregorio, Goyo, Goyito, maestrito de música, concertista fracasado, la puta sombra de lo que mi padre quiso que fuera. Pero quiero que sepas que ya no soy ese hombre, alguna vez casado y con una hija tan odiosa como su madre. Ya no soy esa sombra escurridiza, ese cascarón vacío. Soy Chamuco, soy Chamuco, ¿me entiendes?, el sujeto que mató a esa mujer y trajo las medicinas al parque.

Brisa me abrazó por la espalda, me besó el cuello y repitió mis nombres en un susurro: Gregorio, Chamuco, Gregorio, Chamuco. Su aliento podrido se deslizó por el cuello hasta mi pecho como la brisa de un mar frío y lejano. Me estremecí.

—Voy a ver en qué puedo ayudar allá afuera, al rato nos vemos, mi héroe —salió envuelta en una carcajada socarrona, seguida por Mocho, que la había adoptado, al igual que yo, como su dueña.

Me quedé tendido, exhausto de la muerte de la anciana, la huida del hospital, el clímax en la boca de Brisa. Todo había sucedido en unas horas, una travesía vertiginosa en la que por fin había cambiado de piel.

Me dormí abrazado a mí.

Y soñé. Era de nuevo un niño. Huía desaforadamente de una presencia maligna, demoniaca, abisal, encarnada en un hombre vestido con un uniforme gris que no podía identificar. Bajo mis pies se deslizaba un teclado gigante, cada tecla ha de haber medido dos metros de largo por medio metro de ancho. Temía tropezar con las negras, descomunales obstáculos que se interponían en mi carrera. Mis pasos parecían extraer la melodía de la *Gymnopédie n.° 1* de aquel piano gigante. Pero un temor todavía más grande me estrujaba el corazón: ¿qué es lo que me esperaba una vez se terminara el

teclado? Desperté antes de averiguarlo. El murmullo alegre de las voces externas me había sacado de la pesadilla. La bloqueé de inmediato, como solemos hacerlo con los sueños cuyos significados nos enfrentan a nosotros mismos. Me concentré en los ruidos del parque mientras me despabilaba. Tenía mucha hambre. Me incorporé a medias y revolví en el fondo de la covacha hasta dar con una lata de sardinas, un pequeño lujo que nos permitíamos Brisa y yo gracias a las ganancias de nuestras correrías musicales. Comí voraz y abrí una segunda lata. Los héroes podíamos entregarnos a esos excesos. Al terminar recordé que tenía una charla pendiente con Dionisio.

Lo encontré en la gran carpa que habíamos improvisado para protegernos de las lluvias. Estaba en medio, revisando su estado. El atardecer penetraba como pidiendo permiso, bañando al mendigo de una luz antigua, fantasmal, que no parecía venir del exterior, sino de la misma carpa, ajena al mundo. Me quedé en la entrada para contemplarlo. Me sentí torpe, traicionado por mi cuerpo. Una alimaña llena de ponzoña que se arrastraba por ese bosque en busca de respuestas. Me asaltó mi imagen rebanando el cuello de la encargada de la farmacia, pero ya no era el acto en sí lo que veía, sino los ojos de Dionisio clavados en mí en el momento de deslizar la navaja por el cuello de la anciana: estaban llenos de piedad, sabiduría y cansancio.

—¿Aún sigues sin comprender? —me preguntó. Me daba la espalda pero su voz surgió de cada rincón del lugar. Aquí y allá.

—Ya no. Comprendo y acepto. —Hice una pausa—. Pero necesito saber cómo murió mi padre.

—Murió porque ése era tu deseo, ¿no es cierto? Eres un privilegiado, poca gente puede ver materializados sus deseos más inconfesables. —Dionisio dio media vuelta y caminó hacia mí—. Claro que tiene sus consecuencias. Pero eso ya lo sabes, no eres tan imbécil.

—Quiero saber si tú lo mataste. Si realmente te debía una vida.

Se detuvo a medio metro de mí. Era un poco más alto que yo pero más delgado. Su desagradable olor se mezcló con el mío y nos envolvió en una fraternidad narcótica.

—Lo que quieres saber es si murió porque dejé de ir al hospital o si lo maté con mis propias manos, ¿no es así?

Dionisio levantó sus manos y las puso frente a mi cara. No me había fijado en lo delicadas que eran, casi femeninas, a pesar de la mugre y las uñas largas y negras.

—¿Qué diferencia hay? —continuó escondiendo su rostro tras

las manos—. ¿Prefieres creer que fue una cuestión de magia? ¿Que estaba destinado a morir y que salió del coma por efecto de la música, como si fuera algo accidental, una injerencia en su destino? ¿Que si desaparecía la música tu padre regresaría a su verdadero sino: morir en la cama de un hospital? ¿Que no fueron mis manos sobre su cuello —Dionisio engarzó sus manos en mi cuello y comenzó a estrangularme quedamente— las que acabaron con su vida? Y si te digo que me rogó que lo matara —los dedos del mendigo apretaron con más fuerza. Respiraba con dificultad, mis brazos pendían a los costados incapaces de reaccionar—; que me suplicó que terminara con todo de una buena vez porque ya no soportaba estar vivo, verte encadenado a su agonía, atestiguar tu odio cada vez que ibas a visitarlo, tu rencor, tu resentimiento, tus reproches, tu mediocridad, tu cobardía —cuando parecía que iba a quedarme sin aire, el vagabundo me soltó. El aire entró en mis pulmones abrasándolos. Caí de rodillas—. Cuando le conté que me habías propuesto que ya no fuera a tocar al hospital porque creías que así entraría en coma de nuevo y moriría, le dio un ataque de risa que casi lo mata —Dionisio se alejó de mí y comenzó a caminar en círculos—. Soy tu ángel de la muerte, le dije por fin un día. Y aceptó. Murió plácidamente. No lo hice por ti, que quede claro, lo hice por él. Si te sirve de consuelo, creo que con lo que pasó hoy en el hospital estaría orgulloso de ti, si es que todavía te interesa su aprobación.

Me incorporé. De nuevo respiraba regularmente. Mi voz surgió algo afónica, las cuerdas vocales aún resentían el estrangulamiento.

—Si esas medicinas llegaron al parque, en parte, fue gracias a mí, así que exijo respeto y reconocimiento. Aquí ya no soy el pendejo de nadie.

—Te aseguro que eso no lo pongo en duda, Chamuco.

Dionisio volvió a acercarse a mí. Esta vez acarició mi rostro con una de sus manos delicadas y sucias. Me besó en la mejilla, su aliento infecto se mezcló con el mío. Me llamó hermano, me dijo que pronto tendría que tomar su lugar en el parque. Emprendería un viaje para llevar la obra a otras ciudades.

III

—Necesitamos un cambio —me dijo Brisa muy seria una mañana en la que el frío del otoño se insinuaba ya, después de la temporada de lluvias.

Poco a poco, los medicamentos del San Jorge habían actuado en el organismo de los enfermos y habían vencido a la influenza. La rutina regresaba al campamento. La policía no nos molestó por el asunto del hospital. Gracias a un periódico que Toño robó de un puesto, supimos que la descripción de los asaltantes-homicidas llevó a la policía a peinar el centro de la ciudad y detener masivamente a los fokemones que pululaban por la zona. En el mismo periódico, otra nota hacía eco de la indignación que el crimen había despertado en políticos y opinadores profesionales, mientras los funcionarios al frente de la seguridad balbuceaban medidas para frenar la ola de crímenes. Sabíamos que el tiempo y la corta memoria de la gente enterrarían el asunto mucho antes de que los gusanos dieran cuenta de la carne de doña Mercedes. Dionisio nos pidió prudencia por unos días, nada más.

—¿Un cambio? —le pregunté mientras trataba de abrazar su ausencia. Cuando Brisa hablaba de nuestra carrera de artistas callejeros, asumía una actitud decidida, de ejecutiva perra y despiadada. Me volvía loco—. ¿A qué te refieres?

Brisa se había situado lejos de mis manos, de rodillas en la entrada de la guarida, con el perro de trinchera. Estaba convirtiendo al pulgoso Mocho en un animal posesivo, blando y bobalicón. Panza arriba, se dejaba rascar el pecho por su ama al tiempo que movía el muñón de la cola y sacaba la lengua por un costado de su hocico. Cuando nos trenzábamos en un beso, Mocho trataba de interponerse entre Brisa y yo. Más de una vez lo alejé de una patada. Brisa se ponía furiosa y me castigaba sin sus caricias por unos minutos.

—Al repertorio. Necesitamos algo más movido para que yo pueda bailar sabroso. Las rolas que tocas son muy aburridas y muchas veces ni me sé la letra. Estaba pensando en algo así como rock en español, ya sabes, esos grupos que se pusieron de moda hace un chorro de años.

—Ni tantos —aclaré—. Odio el puto rock en español. Mejor unas cumbias.

—También necesitamos buscar otro lugar, la plaza Juárez ya chole, piénsale, tú eres de este mugre pueblo —dijo obviando mi odio al rock en nuestro idioma. No tenía mayor importancia. Ella sabía que terminaría imponiendo su voluntad.

—Hay una placita frente a la universidad, entre semana está llena de estudiantes y maestros a los que seguro les gustan todas esas mamadas de Maná, Hombres G, Caifanes, Soda Stereo. Aunque sigo pensando que unas cumbias...

Brisa me lanzó un beso que atravesó el aire, aterrizó en mi boca y la cerró.

—Eres un amor —dijo—. Voy a hacer pipí.

Cuando regresó, dedicamos poco más de dos horas a ensayar el nuevo repertorio. Me sabía las canciones más famosas de esas bandas gracias a la época en que formé parte del grupo que amenizaba bodas y bautizos. Eran estúpidamente simples desde el punto de vista de la composición y la armonía, y las letras siempre me habían parecido tan pretenciosas como banales. Pero Brisa revoloteaba a mi alrededor etérea como las mujeres que protagonizaban muchas de esas historias cantadas por un argentino con voz de niña, o por un mexicano con acento argentino, o por un español con acento andaluz, y eso me bastaba.

Nos pusimos en marcha una vez más después de desayunar un pan dulce viejo y seco y una Coca. Todo era sospechosamente fácil: el campamento que nos despedía arrobado en su pequeña gloria. Ella y yo irradiando una luz engañosa que enaltecía nuestra condición de parias. El sol pálido suspendido en un cielo azul, transparente, fresco. La ciudad como un reino, facilona y al alcance, pero agazapada a la espera de borrarnos en cuanto se le presentara la ocasión. Era consciente de que para San Jacinto Río Muerto no éramos más que un salpullido, una escoriación. Tarde o temprano encontraría la forma de deshacerse de algunas de las bacterias que la carcomían.

La Universidad Autónoma de San Jacinto Río Muerto, UAS, contaba con una decena de carreras tradicionales, un cuerpo docente cuya máxima era la indolencia, una población estudiantil

de clase media baja con la engañosa aspiración de obtener un título que le permitiera escapar de su destino y un rector más preocupado por su carrera política que por la suerte de la institución. Su lema: *Valores y prosperidad*. La clase media alta enviaba a sus hijos a estudiar a la Ciudad de México y la muy alta a Estados Unidos. Ubicada en una villa colonial del siglo XVIII, lo mejor de la UAS eran sus patios interiores donde florecían jardines absurdamente bellos. Frente a la entrada se extendía una pequeña plaza sombreada por álamos temblones, algunas bancas y una estatua del fundador en el centro: don Teodoro Rivadeneira. Los puestos de fritangas y aguas frescas ceñían la plaza. Los estudiantes y los maestros mataban las horas comiendo tacos, tortas y flautas.

A Brisa le pareció el lugar perfecto para estrenar nuestro nuevo repertorio.

Nos instalamos a los pies de la estatua. La barba porfiriana de don Teodoro, su gesto adusto, su dedo índice derecho señalando al cielo y el pesado libro sostenido por la mano izquierda me intimidaron. Broncíneo y austero, me recordaba a mi padre. Iniciamos con un clásico de la cursilería nacional: *Rayando el sol*. Los agudos destemplados del cantante de Maná no se ajustaban a mi voz, más grave. Tuve que bajar un par de tonos, por lo que la canción parecía otra. Aun así, la gente empezó a acercarse. Brisa bailoteaba libérrima y desacompasada, lo que tampoco tenía ninguna importancia. Me había librado de la autocensura hacía tiempo. De cualquier forma aquello funcionaba. Los pesos caían en el bote y cada vez más espectadores se reunían a nuestro alrededor. Le siguieron *Nubes*, de Caifanes; *Kumbala*, de Maldita Vecindad (Brisa terminó en el piso rebosando una sensualidad cabaretera que alteró peligrosamente las hormonas del joven auditorio). Con *Persiana americana*, de Soda Stereo, hubo incluso aplausos, silbidos procaces y propuestas anónimas de que, como en la canción, Brisa se quitara la ropa. Entonces llegó el león sordo y se jodió la fiesta. Aquel territorio tenía dueño. Tres sujetos ataviados con *dashikis* y boinas estilo reggae, abrazados a dejembes y batas y dunduns, se plantaron delante de nosotros. Sus caras no eran muy amigables, como si todo el dolor del continente africano se concentrara en sus ojos y nuestro pequeño espectáculo simbolizara la tiranía colonial. Dejé de tocar. Brisa me miró desconcertada. Señalé a los percusionistas. Brisa recorrió su facha con desparpajo.

—¡Música africana! —exclamó— ¡Me encanta!

Los mexicoafricanos no movieron un solo músculo. Nos contemplaban desde una atalaya de suficiencia que me pareció tan

alta como un tótem. Brisa se paseaba insinuante frente a ellos. El reducido círculo de espectadores mermaba ante la falta de espectáculo y la tensión que habían creado los recién aparecidos. Sólo un pequeño grupo de estudiantes persistía, intrigado por el desenlace. Yo estaba pasmado. Habíamos invadido territorio watusi. Se me ocurría que lo mejor era largarse.

—Desciendo de los primeros esclavos negros que llegaron a Veracruz —presumió Brisa—. Lo llevo en la sangre. Ustedes toquen y yo bailo, y aquí mi compañero que nos siga con la guitarra. ¿Cómo la ven?

Los mexicoafricanos soltaron una carcajada.

—¿Y la lana, cómo la repartimos? —preguntó uno de ellos. Tenía acento chilango.

—Mitad y mitad —dijo Brisa.

—Ni madre. La plaza es nuestra. Ochenta veinte, si quieren.

—No mames, es muy poquito. Setenta treinta.

—Órale, va —dijo otro de los mexicoafricanos mientras le echaba una mirada significativa al negociador.

Nadie me preguntó mi opinión. Me había convertido en una estatua más. Los percusionistas se situaron en semicírculo delante de la estatua, ocultándome de los escasos curiosos que nos observaban divertidos. Empezaron a darle a los cueros. Me concentré en el monótono tam-tam que se multiplicaba como un *looping*, una secuencia que subía y bajaba de intensidad sin variaciones. Después de unos segundos, me acoplé con un ritmo de bossa nova que se ajustaba bastante bien. El que había aceptado la propuesta de setenta treinta me vio con cara de sorpresa, sonrió asintiendo con la cabeza y se desplazó unos pasos a la derecha para que el público pudiera verme.

Y Brisa se convirtió en un mono saltarín que corría de aquí a allá levantando mucho las rodillas, sacudiendo los hombros, haciendo aspavientos como si estuviera invocando al dios Buku y sacudiendo la cabeza frenéticamente. Parecía víctima de la posesión de un orisha. El público no sabía si reír, asombrarse o dejarse llevar por ese torbellino desmadejado, tan ajeno, tan distante, tan disfuncional que no había forma de no adorarla. Brisa desafiaba todo posible decoro, la más mínima necesidad de comportarse según la exigencia de los otros. En ese instante vislumbré la proximidad de su ausencia, el momento en que me abandonaría. Un atisbo de pánico provocó que dejara de tocar. Los percusionistas sostuvieron el ritmo, indiferentes a la desaparición de la guitarra. Nadie pareció darse cuenta.

Al cabo de una hora dimos por terminado el show. La recaudación era escasa. Al que había aceptado la repartición de setenta treinta no parecía importarle. Brisa era su ganancia. Comenzó a contar las monedas que habían caído en su boina. Conocía esa sonrisa, el brillo y la dilatación de sus ojos, el ingenio como cebo, el halago, los telegramas en su piel. Era torpe pero audaz el tipo. Yo no era un cazador de mujeres. Cuando sucedía, solía ser yo el cazado; caía en la red sin saber muy bien por qué. Brisa respondía de una manera hasta entonces desconocida para mí. Risas disonantes, parpadeo frenético, manos colibrí que viajaban trémulas a los antebrazos del sujeto y volaban a otra parte magnetizadas ya por ese otro cuerpo que no era el mío. Me encontraba un poco retirado de esa escena cándida y ancestral, inocultable cuando estalla, sentado a la sombra del prócer universitario. Los otros dos tipos habían ido a buscar unas aguas frescas a un puesto de la plaza. Lo que empezó a molestarme realmente fue ver cómo una dulce sumisión nacía en el corazón de Brisa. Una postración que nunca en esos días tan nuestros me había concedido. El afromex se acercó al oído de Brisa y le susurró algún chiste mientras me echaba una mirada sardónica, triunfal. Brisa soltó una carcajada fresca y rotunda, un latigazo húmedo, al tiempo que cruzaba sus ojos con los míos fugazmente. Me di cuenta que no alcanzaba a verme: me había condenado a la invisibilidad. Sólo tuve que convocarla y acudió sin demora: esa presencia oscura y remota, agazapada siempre en mis entrañas, guardiana de mi fragilidad, espesa y helada noche de mi alma condenada. Esperé a que el sujeto se distrajera con las cuentas, me incorporé con la guitarra en las manos, me acerqué remolón, como si pidiera permiso para irrumpir en ese círculo de hormonas borrachas, blandí el instrumento y lo dejé caer con todas mis fuerzas sobre su cabeza. La tapa se rajó al entrar en contacto con su cráneo y saltó hecha pedazos. El aro se desprendió del puente y se deslizó hasta sus hombros. El puente se quebró con el impacto de forma que las cuerdas se enredaron en sus rastas como si fueran una telaraña. El sujeto, aturdido, dejaba escapar un lamento casi inaudible. Con una de las cuerdas de la guitarra rodeé su cuello y apreté con todas mis fuerzas mientras observaba fascinado cómo la vida dejaba ese cuerpo convulso, empapado en orina y excremento. ¡Dulce adicción, eterno instante, embriagador poder el de la muerte! Brisa dio un grito, se puso en pie y empezó a caminar hacia atrás mientras me observaba entre confundida, furiosa y aterrada. Me dio la espalda y echó a andar. Primero despacio, luego aceleró el paso hasta

terminar corriendo. De reojo vi que los otros dos afromex regresaban ya del puesto de aguas frescas. Solté la presa. Quedó inerte sobre el cemento. Lo único que pensé en ese momento fue que tenía que alcanzar a Brisa. Se me iba de las manos, y con ella el último pedazo de esa parte de mí que me conectaba con los otros.

Fui tras ella. La ciudad me tragó cómplice antes de que saliera de su propio asombro.

IV

La ciudad enfermaba de nosotros. Limpiavidrios, pedigüeños, músicos callejeros, malabaristas de crucero, vendedores de cualquier cosa, tragafuegos, escoria arrumbada en las bancas de los parques, en los portales, en los callejones. Adictos, alcohólicos, amorales, indecentes, feos, sucios, miserables. Éramos una erupción que se extendía por la piel de San Jacinto Río Muerto convirtiéndola en una leprosa. La comunidad del parque representaba apenas un pequeño síntoma de un padecimiento que la devoraba. *La gente como nosotros* se multiplicaba. No importaba que, como en ciertas enfermedades, el paciente fuera responsable de su condición. La ciudad nos veía como principio y fin de su putrefacción, y poco a poco dejó de conmoverse, de sentirse culpable, para dar paso a un sordo desprecio que con el tiempo se transformó en odio.

Sara fue una de sus víctimas, precisamente Sara, irremediablemente Sara.

Sucedió una semana después de nuestra presentación en la plaza universitaria, la primera y la última, ni siquiera nos planteamos la posibilidad de volver. Brisa era mía en el sentido más burgués de la palabra. Había logrado alcanzarla unas cuadras más allá y de regreso al bosque le pedí perdón de todas la maneras posibles, le mentí, le prometí que jamás volvería a suceder algo parecido. Lloriqueé hasta la súplica y la humillación. Lo hice para salvarme de mí, aunque ya era tarde. Brisa aparentemente me perdonó. Pero a partir de ese momento comencé a perderla. La serpiente se mordía la cola. El profeta, con la profecía, desencadenaba su cumplimiento. El miedo a que me dejara hizo que comenzara a actuar para que me dejase. En el fondo no había mucha diferencia entre aquel novio por el que había abandonado su pueblo y tirado a la calle y yo. Los días subsiguientes a la sesión africana se llenaron de desencuentros y

malentendidos. Brisa se volvió esquiva, reacia, y le entraron unas tremendas ganas de convivir con el clan tragafuego. Empecé a seguirla a todas partes, desvalido, torpe, consciente de que mi actitud ahondaba más la distancia pero incapaz de comportarme de otra manera.

Aquel domingo nos acoplamos una vez más con Saúl, Toño y Sara. Fuimos a dar al crucero formado por dos de las arterias más importantes de la ciudad. Un extenso cuadrilátero con semáforos escalonados que permitían que Brisa y Sara bailaran el hula hula en una arteria mientras Toño y Saúl escupían fuego en otra. La luz roja duraba minuto y medio, lo que dejaba tiempo suficiente para el show y recorrer una buena cantidad de metros entre los automovilistas en busca del premio. Yo no podía hacer gran cosa, más que ayudar a Saúl y Toño a empapar las antorchas en gasolina. Una ayuda que aceptaban porque era el amante de Brisa.

Las dos anchas avenidas comenzaron a iluminarse con la caída de la noche. El neón de los escaparates y los anuncios se mezcló con los faros de los automóviles diluyendo los contornos de la ciudad. La arquitectura se transformaba en luz, en haces multicolores que negaban su identidad diurna para dar paso a esa uniformidad nocturna de las urbes modernas. Etérea, informe, la ciudad se me deshacía en los ojos y me cegaba. Se apoderó de mí una intensa melancolía. Ese anciano mal del mundo. Si el miedo y la tristeza se prolongan, es melancolía, decía el viejo Hipócrates. La bilis oscura se me derramaba por dentro. Brisa y Sara sacudían los cuerpos, los aros subían y bajaban por su anatomía frente a los monstruos mecánicos, impacientes, ansiosos de luz verde. Animales metálicos aterradores, más aterradores aún por la fragilidad de ambas chicas. Miedo y tristeza en medio de un campo de batalla en el que las víctimas una vez más estarían entre la *gente como nosotros*.

En un momento dado, los cinco nos reunimos en uno de los puntos del crucero. Ellos estaban agotados y la recaudación era ridícula. Me apartaron del conciliábulo en el que contaron las monedas y decidieron regresar al campamento. Los observaba a unos tres metros de distancia con mi enorme tristeza encima, mejor dicho, veía a Brisa que, de tanto en tanto, rompía con el círculo para echarme una mirada hostil. Me llegaban retazos de la conversación. Creí escuchar que hablaban de marcharse de la ciudad. Mencionaron a Dionisio, al parque, palabras sueltas de una discusión de la que me excluían. La sensación de falta de pertenencia se unió a la tristeza. Me convertían de nuevo en un ser borroso, turbio e impreciso. Y lo que veía en los ojos de la ciudad

me asustaba.

Nos tomó por sorpresa, no vimos venir a la patrulla. Seguramente nos acechaba hacía rato, esperando a que bajáramos la guardia. La chicharra preventiva precedió al descenso de los policías. Fui el primero en avistarlos, por lo que alcancé a coger del brazo a Brisa y arrastrarla en mi huida.

—¡Corre, corre, no te detengas!

Brisa se resistió un momento. ¡Sara!, alcanzó a gritar antes de que mi estirón la sacara de balance y cayera de rodillas. La tenía bien sujeta. La levanté apenas sus rodillas tocaron tierra y esta vez sus piernas respondieron a mi orden. Corrimos como liebres perseguidas por una jauría de lobos. No supe en qué momento solté a Brisa, ya no hacía falta que la sostuviera, huía a mi par. Es curioso el efecto de la adrenalina: multiplica la fuerza, la velocidad y la resistencia, pero el cerebro parece no registrarlo; sientes que el cuerpo se mueve en cámara lenta, los pulmones van a reventar y los músculos están hechos de plastilina. Pero igual sigues adelante, no te detienes: huir, no hay más. Antes de perdernos en una callejuela que conducía a un intrincado barrio de camellones floridos y casas coquetas, giré un instante y me pareció ver que los policías subían a Sara a la patrulla. Cuando por fin nos detuvimos para recuperar el aliento, no le dije nada a Brisa, aterrada ante la posibilidad de que hubieran detenido a su amiga.

Llegamos al parque casi a la medianoche. Fue una travesía larga y silenciosa. En la entrada Toño y Saúl nos esperaban.

—¿Y Sara? —preguntó Brisa en cuanto los divisó.

—La agarraron —dijo Toño.

—La muy mensa, en lugar de escapar, se regresó por la mochila donde guardamos el varo —explicó Saúl.

—¿Y ustedes qué hicieron? —inquirió Brisa.

—Lo mismo que tú, correr —contestó Saúl.

—¡Pendejos!

—No mames, Brisa, ¿qué querías que hiciéramos? No vi que te quedaras...

—Ya muchachos, ya —intervine—. No ganamos nada con pelear.

Traté de pasar mi brazo por los hombros de Brisa. Dio un paso a un costado con un mohín de asco.

—Vamos con Dionisio a contarle lo que pasó —propuse.

—Vayan ustedes, yo aquí me quedo a esperar a Sara —dijo Brisa.

—Ok —convine—, vayan ustedes dos, le haré compañía.

Saúl y Toño se perdieron en el interior del campamento en el momento en que Mocho surgía detrás de un matorral. Dio una vuelta alrededor de Brisa y trató de lamerle la cara. Estaba contento.

—No estés chingando, Mocho, sácate de aquí —refunfuñó Brisa.

Llamé al perro y me senté en el suelo. El animal se entregó a mis caricias mientras observaba a la muchacha desconcertado. Tuve que retenerlo con una leve presión en el cuello, Mocho se empeñaba en ir con su ama. Ninguno de los dos entendíamos por qué nos rechazaba, la diferencia era que yo sabía que no debíamos insistir. Brisa también se sentó en la tierra, con las piernas cruzadas, dándonos la espalda, la mirada perdida en la calle que conducía al parque, tenaz en la espera. Mocho por fin se resignó y se acostó a mi lado. Pasé mi mano por su lomo a contrapelo, eso lo tranquilizaba. Una pulga saltó a mi dorso y de inmediato regresó al bosque canela. El perro comenzó a lamerse el pito. Dejé de acariciarlo. Con su hocico buscó mi mano para que continuara. Lo ignoré. No hallaba la frase con la que iniciar la conversación que tanto anhelaba. El resentimiento de Brisa me impedía pensar. Su furia por haberla salvado de la policía, su incertidumbre por el destino de Sara, su empecinamiento en el horizonte, como si la espera fuera suficiente para que su amiga surgiera de la nada, hacían un ruido insoportable que no me dejaba pensar. ¿Cómo pedirle que fuera razonable?

—No te angusties —dije al fin—, es menor de edad, en unas horas la sueltan, no estaba haciendo nada malo.

—Me caga la madre que pienses así, la neta. ¿De veras crees que les importa algo de eso? ¿Pero en dónde vives, en Finlandia, güey? Somos basura, entiéndelo, basura, nadie va a mover un dedo por Sara, nadie.

—Disculpa, no me refería a eso...

—¿A qué te referías entonces? —Brisa giró su rostro, en sus ojos vi un vacío salvaje y obstinado. También vi que era un extraño para ella—. ¿Me quieres tranquilizar, pendejo? ¿Qué sabes tú de la calle con tu pinche jueguito del marginado?

—Chinga tu madre. No tengo ninguna necesidad de que una escuincla babosa me venga a decir qué sé y qué no sé. Lo único que hice fue salvarte de la chota.

—Y entonces qué haces aquí, lárgate a la chingada y déjame en paz. Yo no te pedí que me salvaras ni que te quedaras.

Mocho se alejó de mí y se echó en un punto equidistante entre la muchacha y yo. Hundió el hocico entre las patas, agachó las orejas,

clavó la vista en la tierra. No me moví a pesar de la invitación de Brisa a marcharme. Me acosté bocarriba, presioné mis ojos con mis dedos sucios, de uñas larguísimas y negras, y al abrirlos la bóveda celeste se me vino encima como si estuviera acabándose el mundo. Sentí un vahído, volví a cerrar los ojos, conté unos diez segundos y de nuevo enfrenté el cosmos. A menudo olvidamos su aplastante belleza. La soledad y la melancolía se volvieron palpables.

—Brisa.

—...

—Brisa.

—...

—¡Brisa!

—¿Qué quieres?

—Besarte bajo las estrellas.

—No seas cursi.

—No soy cursi. Quiero besarte bajo las estrellas.

—No.

—Al menos acuéstate a mi lado, contémplalas conmigo, va a ser una noche larga.

—Muy larga —dijo Brisa. Luego, después de considerar mi propuesta por unos minutos, gateó hacia mí y se acomodó a unos centímetros de mi cuerpo.

No dijimos más. Un rato después me fue venciendo el sueño, embargado por lo que parecía una señal de reconciliación de la mujer que amaba. Desconocía el inmenso poder de la culpa. No supe si Brisa logró dormir algo. No supe cuánto tiempo pasó. Cuando me despertó el grito de Brisa, el cielo seguía oscuro pero las estrellas se habían ido, al igual que Mocho.

—¡Es Sara!

A lo lejos, la figura de la muchacha se distinguía apenas bajo las escasas luces mercuriales del alumbrado. Entraba y salía de las sombras como si estuviera borracha. A medida que se acercaba, nos dimos cuenta de que renqueaba. Se detuvo para apoyarse en una farola. Se sentó a sus pies. Brisa echó a correr a su encuentro, la seguí.

Al llegar a su lado, Sara levantó la cara. A la luz espectral del farol, vimos sus labios partidos en dos, el ojo derecho violáceo, hinchado, monstruoso; la frente raspada. La ropa presentaba rasgaduras en el cuello y las mangas.

—Me violaron. Esos hijos de su puta madre me violaron —murmuró.

V

No hubo conmiseración ni ternura ni condolencias ni compasión para Sara. Pero no se trataba de indiferencia, tampoco de resignación. Era una cólera fría, un furor callado que ocupaba un lugar específico en el campamento, que lo preñaba de un anhelo primitivo e innegociable: venganza. Nadie se apiadó de la muchacha, la piedad era un lujo que los habitantes del parque no podían permitirse. La saña con que los dos policías habían violado a Sara no sorprendió ni asombró a nadie. Muchas de las mujeres que habían encontrado cobijo en el bosque ocultaban historias parecidas, secretas vejaciones que destruirían a cualquier otra mujer, afrentas cuya degradación las había puesto al borde de la locura pero que habían logrado superar (u olvidar). Las palabras balsámicas de Dionisio, la forma en que entraba en sus corazones, la ofrenda de dignidad que les entregaba eran fundamentales para su recuperación. En el caso de Sara no sería diferente. Pero esta vez, su juventud, su inocencia a pesar de quién era y de dónde venía, su bondad, su pureza, despertaron una ira casi bíblica, un poco apocalíptica, en *la gente como nosotros*.

Sara y Brisa se instalaron en mi madriguera, yo me mudé a la carpa que nos había protegido de las lluvias. Los problemas de pareja con Brisa quedaron suspendidos, estacionados en un impase del que tal vez nunca saldrían. Ella se concentró en asistir a su amiga, en curar sus heridas externas e internas. Yo trataba de ser útil, servible en el sentido más objetivo, mientras luchaba con la melancolía que, por momentos, me empujaba a plantearme dejar el parque. No sabía muy bien a dónde ir, si emprender un peregrinar vagabundo por el país o regresar a esa casa que alguna vez había sido mi hogar. La soledad me aterraba. Sin el parque, sin Brisa, sin Dionisio, sin la comuna nada más era un homicida sin rumbo.

Brisa estuvo dos días con sus noches sin salir de la covacha a un

lado de Sara. Yo le llevaba analgésicos y antinflamatorios, las sobras del botín del San Jorge; comida y bebida. Brisa asomaba el rostro, recibía las cosas con una sonrisa fatigada y desaparecía sin decir palabra.

Dionisio rondaba la madriguera, celebraba conferencias secretas con el Tachuelas, contenía los rumores que crecían en el parque ante la falta de noticias. Toño y Saúl hablaban de venganza, y los habitantes del campamento los alentaban con la promesa de que contaran con ellos para lo que fuera: ojo por ojo, diente por diente.

Un clima de guerra se apoderaba del parque.

Cuando por fin Brisa dejó la covacha, le dijo a Dionisio que Sara ya estaba lista. La Mónada Perfecta se deslizó en la guarida y permaneció más de tres horas con ella. Nunca supe qué le dijo. Al salir, convocó a Brisa, el Tachuelas, Saúl y Toño a una reunión en el árbol caído. Dionisio, por alguna razón que en ese momento desconocía, quiso que yo estuviera presente. La expresión del rostro moreno de Brisa era de una gravedad tal que me pareció el de una anciana curandera que surgía de un tiempo anterior a la historia. Detecté en Dionisio una leve sumisión, una obediencia que nunca antes le había notado. Fue Brisa quien se sentó en el tronco, como tantas otras veces lo había hecho Dionisio, y nosotros a su alrededor. El timbre de la voz de Brisa había perdido esa frescura que me excitaba tanto; un eco turbio empapaba sus palabras.

No fue hasta el segundo día, nos confesó, que Sara se decidió a hablar y a retazos le fue contando lo sucedido. A grandes rasgos, los agentes la habían subido a la patrulla y en lugar de dirigirse a la comandancia, la tuvieron dando vueltas por la ciudad sermoneándola: ¿cómo una muchacha como ella andaba en la calle en semejante compañía? ¿No pensaba en sus padres, en lo preocupados que estarían? ¿Qué futuro le esperaba si seguía así? Etcétera. Ante el obstinado silencio de Sara, el humor de los patrulleros cambió. Uno de ellos le dijo que tal vez era una putita descarriada a la que le gustaba la mala vida. El otro confirmó que, en efecto, era una putita a la que le encantaba la verga. De repente habían pasado de la moralina a la procacidad y sus caras adquirieron un tono sombrío. En sus ojos ya no brillaban la superioridad y la ironía del principio, sino una violencia llena de codicia. Se detuvieron en un expendio y uno de los patrulleros bajó y compró unas cervezas. Cuando regresó a la patrulla anunció: ¡Vámonos de fiesta! El otro sacó una punta de coca del calcetín. Enfilaron hacia el sur, a las afueras de San Jacinto Río Muerto, y se perdieron entre las milpas del ejido San Bernardo. Durante el

trayecto la ignoraron. Con los códigos apagados, alternaban pericazos con tragos de cerveza y platicaban entre sí como si Sara no estuviera ahí. En un paraje solitario la obligaron a descender de la patrulla y la violaron por turnos. Luego la subieron a la patrulla y la abandonaron a la entrada de la ciudad. Antes de irse le advirtieron que si los denunciaba, la buscarían y sería mucho peor. De todas formas nadie iba a creerle a una putita callejera como ella. Sara caminó el resto de la noche hasta llegar al parque en la madrugada.

Dos cosas subrayó Brisa del relato de Sara: mientras abusaban de ella permaneció con la vista fija exactamente en el número de la patrulla: 0789. Lo repitió varias veces durante la narración. La otra era que los policías, por diversión, habían grabado varios momentos de la violación con un celular.

—De las heridas externas está curándose bastante bien, quién sabe si pueda con las otras —concluyó Brisa.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Nadie contestó. Permanecieron en silencio: Brisa con la vista fija en sus pies, el Tachuelas con la suya perdida en las copas de los raquíticos árboles. Saúl y Toño observaban a Dionisio a la espera de una sentencia. Los ojos de la Mónada Perfecta iban y venían por los rostros de los presentes, parecía analizarnos. Detuvo su mirada en Toño y Saúl.

—¿Están seguros de que eso es lo que quieren?

Ambos asintieron.

Dionisio consultó en silencio al Tachuelas. Éste, primero, se encogió de hombros, luego también asintió.

—¿Quieres saber qué vamos a hacer, Chamuco? No vamos a parar de buscar a ese par de servidores de la ley hasta encontrarlos —dijo Dionisio.

—¿Y luego? —volví a preguntar. Brisa me fulminó con la mirada. Su cansancio se confundió con un fulgor de desprecio. Me pareció que en su mutismo latía una pregunta: ¿qué tan cobarde eres? Tal vez sólo se trataba del hastío que provoca la persona de la que creías estar enamorado.

—Luego haremos lo que estamos obligados a hacer —dijo Dionisio—. Chamuco, desde este momento eres libre de dejar el parque. Ya has cumplido de sobra; como te dije cuando íbamos al hospital, tu deuda está saldada.

Con ansia busqué la cara de Brisa. Pero Brisa ya se incorporaba y regresaba a la madriguera con Sara. Sin dejar de examinar su silueta vencida y avejentada, una especie de contorno sin

contenido, dije:

—Me quedo. Van a necesitar mucha ayuda para encontrarlos.

Dionisio, Toño y Saúl se dispersaron por el campamento. El Tachuelas se quedó junto al árbol caído estudiándolo como si lo viera por primera vez. Era el viejo y seco tronco de un abedul marcado por el filo de cuchillos y navajas con frases sin sentido, corazones, exabruptos, dibujos obscenos. Las raíces parecían cabellos al viento congelados. El Tachuelas se sentó donde un momento antes se había sentado Brisa.

—Eres un pendejo —me dijo sin más—. Te vas a aventar el tiro por un par de nalgas. Este asunto ni te va ni te viene, mejor regrésate a tu vida, porque tú tienes una vida, pendejo, mejor que esto —y señaló al parque de forma vaga—; una puta vida de verdad.

—¿Qué es una vida de verdad según tú?

—No me vengas con mamadas. Una familia, un trabajo, una casa, un coche; llévate a Mocho si quieres para que tengas de una pinche vez al perro también y recuerdes tus días con nosotros. ¿A qué te dedicabas antes de caer aquí?

—Era maestro de música.

—Chingón. ¿Esposa, hijos?

—Esposa, sí, y una hija de quince años.

—Pues a chingar a tu madre de aquí antes de que no haya marcha atrás y termines en la cárcel o muerto. Órale, güey, no la pienses, agarra tus chivas y fuga. Esa chavita por la que estás tirando aceite gacho está muy dañada, es fruta podrida, es un cadáver, sólo es cuestión de tiempo. Todo esto de la comunidad y Dionisio y su puta madre está muy bien para mí, cabrón, que no tengo nada, para todos esos chavos que si no estuvieran aquí terminarían en un callejón asesinados o se quedarían en el viaje del foco o la chiva. Pero tú tienes una puta vida, cabrón, recupérala antes de que sea tarde; y cuando te aburras, ve al cine o échate una amante veinteañera o vete de acampada, yo qué sé. Escúchame bien, loco, si te quedas y le entras a este desmadre con los chotas, se te acaba el corrido.

—¡Vete al carajo! Estoy hasta la madre de que me digan que no pertenezco a este lugar. ¿De veras crees que me quedo por Brisa? No entiendes nada, Tachuelas, eres un pinche albañil que no entiende una chingada.

El Tachuelas soltó una risa franca, abierta, que se confundió con una tos llena de flemas.

—Pinche Chamuco, no puedes evitarlo; soy un puto albañil sin

educación, así me ves. Eso somos para ti, una especie de experimento.

—No quise decir eso.

—Pero lo dijiste. Todo bien, loco, no hay pedo. Conste que te avisé, tú verás lo que haces. Aunque se me hace que con lo que pasó en el hospital ya te echaste a perder, ya no hay remedio. Al rato nos vemos, el Dionisio nos va a juntar para ver qué onda con los chotas esos hijos de su chingada madre.

Se marchó risueño, aunque me pareció que el dolor en la espalda lo estaba matando. Caminaba con el compás muy abierto, el tronco echado hacia adelante, casi paralelo al suelo, y una mano callosa, descomunal, sobre la zona lumbar. Seguí sus pasos hasta llegar a la altura de mi covacha. No me decidí a entrar, aquello se había convertido en un santuario femenino en el que Brisa y Sara conjuraban la falocracia. Me senté en el piso. Mocho pasó a unos cuantos metros olfateando el rastro de alguna alimaña. Lo llamé muy quedo, no me hizo caso. Brisa asomó el rostro atraída por mis voces.

—Ah, eres tú.

—¿Necesitas algo? ¿Cómo está Sara?

—Mejor, creo.

—¿Puedo pasar a verla?

—No creo que sea buena idea.

—Déjalo —dijo Sara. Su voz a duras penas tuvo fuerzas para alcanzar el exterior. Brisa se contrarió. No por el hecho de que viera a Sara, simplemente no me soportaba cerca de ella. Y yo buscaba cualquier excusa para estar a su lado. ¿Tendría razón el Tachuelas? ¿Brisa era el único motivo ya de mi permanencia en el campamento? Brisa salió para que yo pudiera entrar.

—Orita regreso —dijo y se marchó.

La reacción de Brisa me destanteó. Luego la voz de Sara llamándome me hizo sentir un canalla. Me convencí de que estaba ahí por ella, no por Brisa, y me forcé a entrar. Sara estaba acostada en la maloliente cobija que había pertenecido al Chilegüero, herencia maldita que recibí al llegar al parque hace ya tanto tiempo que me costaba numerarlo. La boca presentaba aún una considerable hinchazón que hacía de su sonrisa una cosa triste y monstruosa. El hematoma en el pómulo se mudaba del color azulado al amarillo verdoso, semejaba una nube de una tormenta de octubre en el desierto. En sus ojos pude ver la oscuridad en la que se encontraba, aunque me pareció que mi presencia los iluminaba un poco.

—Chamuquito, qué bueno que viniste.

No pude evitarlo, me puse a llorar. A gatas en la covacha, impregnada de ese aroma a niña rota y medicina, las lágrimas caían de mis ojos al piso estallando discreta, imperceptiblemente. No gemía, no balbuceaba, sólo un llanto mudo que no podía contener. A Sara también se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ven —me dijo—, ven aquí.

Me acurruqué en su costado. Me abrazó. Deslizaba sus dedos por mi melena apelmazada, sucia, grasienta, brillosa.

—Lo siento tanto —alcancé a decir. Entonces me asaltó el hipo. Un hipo que por más que me esforzaba no podía controlar. A Sara le dio un ataque de risa. Yo hipaba y reía y lloraba al mismo tiempo. Poco a poco nos fuimos calmando, los espasmos se transformaron en un silencio que mis hipidos interrumpían.

—Brisa me contó —dijo Sara.

—¿Qué te contó?

—Ojo por ojo, diente por diente. Gracias.

—Es lo menos que podemos hacer.

VI

Una aguja en un pajar. Ésa fue la expresión que utilizó Dionisio en su arenga desde el árbol caído, ante una treintena de pordioseros congregados por la sed de venganza. Me pareció algo frívola la frase, dadas las circunstancias, pero se trataba de alentarnos en una búsqueda demencial que podría resultar infructuosa. Los que escuchaban a Dionisio se habían presentado como voluntarios y se habían comprometido a tener los ojos abiertos por si se cruzaban con la patrulla 0789. Tenían que registrar el lugar donde la avistaran y reportarlo. Sabíamos que la ciudad estaba dividida en sectores y que las patrullas tenían un sector asignado que recorrían regularmente. Con la información recabada de los mendigos, podríamos hacernos una composición de lugar, otra de las frases que utilizó Dionisio, quien se había transfigurado en un general de un pequeño ejército de desarrapados. El epicentro de la búsqueda era el crucero en donde habían detenido a Sara. Existía la posibilidad de que la patrulla hubiera pasado por ahí casualmente, que se hubiera encontrado fuera de su sector, de forma que ubicarla sería casi imposible. Pero también cabía la suerte de que esas calles estuvieran dentro de la zona de patrullaje de la 0789.

Al día siguiente iniciamos la búsqueda. Por parejas, partimos del crucero y comenzamos a peinar el primer cuadro de la ciudad. Yo iba con el Tachuelas, ese hombre de espíritu burlón pero inquebrantable, una enciclopedia de la supervivencia callejera. Al principio el silencio me resultó insoportable. Parecía resuelto a no hablar. Como si después de la charla que habíamos tenido se hubieran agotado todas las palabras entre nosotros. Lo único que me dijo —más como una orden que otra cosa— fue que para evitar levantar sospechas haríamos lo que siempre hacíamos: mendigar. Los indigentes cuando piden dan lástima, pero dos sujetos como nosotros sin otra tarea que la de vigilar despertarían la alarma.

Fue una jornada larga. En el estacionamiento de un supermercado, con una franela sucia, hecha jirones, levantamos unas monedas ensuciando los parabrisas de los autos de amas de casa que nos daban dinero para alejarnos de ellas lo antes posible. Después, de entre las múltiples capas de ropa, el Tachuelas extrajo una receta médica plastificada que debía tener una década por lo menos, la cual ponía delante de los automovilistas detenidos en un semáforo de una calle céntrica. Entonces les explicaba que necesitaba dinero para comprar urgentemente el medicamento para su nieto, huérfano de padre y madre. El resultado no fue tan copioso como en el supermercado pero igual cayeron algunos pesos. Nos detuvimos para comer. Entramos a una tienda de ultramarinos atendida por una vieja sorda y medio ciega. Mientras yo compraba un par de Coca-Colas, el Tachuelas hizo desaparecer entre sus ropas una barra de pan de molde, un frasco de mayonesa, una lata de atún y una de chiles jalapeños. Comimos unos sándwiches en una pequeña plaza cerca del Palacio de Gobierno. Nos tumbamos un rato a la sombra de un tilo en la misma banca en la que habíamos dado cuenta de la comida. El Tachuelas armó un cigarro con el tabaco que reciclaba de las colillas recogidas del suelo y mientras fumaba se puso a tararear una canción tristísima. Poseía un vozarrón lleno de nostalgia. La canción hablaba de mojados cruzando al otro lado. Imaginé que le recordaba a sus hijos de los que no tenía ninguna noticia. Cuando nos levantamos de la banca, nos topamos por primera vez con la patrulla. Rondaba alrededor de la pequeña plaza, despacio, vigilante. Al principio no supimos si era la que buscábamos. El Tachuelas, al divisar el coche de policía, se agachó para simular atarse el cordón de su astroso zapato derecho. Reaccioné rápido y me puse a hurgar en un bote de basura que estaba cerca. La patrulla pasó a unos cuantos metros. En la aleta delantera izquierda brillaba el número blanco sobre un fondo negro: 0789.

El Tachuelas decidió que nos quedaríamos por la zona hasta caer la noche por si nos tropezábamos de nuevo con la patrulla. A medida que las oficinas de gobierno cesaban sus actividades y los comercios cerraban, las calles del centro fueron despoblándose. Nos la volvimos a encontrar a eso de las nueve de la noche, cuando se detuvo frente a una cantina centenaria, aclamada entre los burócratas: La del Estribo. Después de unos minutos, salió uno de los meseros con un sobre en la mano que entregó al conductor de la patrulla. El Tachuelas supuso que en la cantina tiraban droga.

De regreso al campamento, el Tachuelas se mostró un poco más

comunicativo. Tuve el valor de preguntarle por su apodo. Me dijo que venía de la época anterior al parque, se lo habían puesto sus compañeros albañiles, respondía a su cabeza grande y achatada y a su cuello demasiado delgado, como una tachuela. Esperaba otro tipo de explicación, algo más épica. El Tachuelas leyó la decepción en mi cara. Eso lo puso de mal humor. Mi frivolidad lo puso de mal humor.

Esa noche en el parque comenzó a respirarse un aire festivo. La sangre de la presa podía olerse en el ambiente. Surgieron las garrafas de aguardiente Viva Villa y la guitarra sin una cuerda de Dionisio saltó de mano en mano. La música no era fúnebre, sino un preludio. Incluso Sara se animó a integrarse al círculo alrededor de la fogata, frente al árbol caído, custodiada por una Brisa circunspecta. Vitoreamos y aplaudimos su presencia, brindamos por ella, festejamos su fuerza y su coraje, y Dionisio, solemne, le comunicó que muy pronto daríamos con los policías que la habían lastimado. Brisa se comportaba como una celosa guardiana de la muchacha, apenas me dirigió la palabra.

De la información recogida por todos nosotros, concluimos que la patrulla 0789 tenía asignada la zona centro y que en ese momento cubría el segundo turno. También que una de sus actividades rutinarias era la de extorsionar las cantinas del lugar que distribuían cristal. Estaba resultando mucho más fácil de lo que pensábamos y eso nos tenía muy excitados.

Traté de hablar con Brisa. Al retirarse a la covacha con Sara, la seguí. La llamé un poco antes de que desapareciera dentro de la guarida.

—¿Qué quieres?

—Entender.

—Entender qué.

—¿Por qué estás así conmigo? ¿Todavía estás molesta por el pendejo ése que se creía africano?

—No era más pendejo que tú. Pero no es por él, no te preocupes.

—¿Entonces? Pensé que teníamos algo bueno.

—Ése es tu problema, piensas mucho. No teníamos nada, nos la pasamos bien un rato y ya. Pero se acabó, punto, no hay ningún motivo, me aburrí. En cuanto Sara se ponga mejor y nos chinguemos a los chotas, nos largamos.

—Llévame contigo.

—No seas pendejo, Chamuco, regresa adonde perteneces.

—¿Qué carajos tengo que hacer para que me vean como uno de los suyos?

—No importa lo que hagas, nunca serás uno de los nuestros. Eres un puto asesino que nos usa de pretexto. Lo vi en tus ojos cuando ahorcabas al pendejo que se creía africano.

—¿Es todo? ¿Así nada más?

—¿Qué chingados quieres, un dramón de telenovela?

Me acerqué a Brisa, la tomé de los hombros con fuerza e intenté besarla. Me rechazó de un empujón.

—Vete a la chingada, puto —me gritó.

Le solté una cachetada, fuerte, sorpresiva. Brisa se llevó una mano al rostro, justo ahí donde mis dedos habían dejado unos surcos levemente más claros que su piel oscura. Su expresión de incredulidad y desamparo fue fugaz, un momento apenas que tuvo el efecto de excitarme. Le di una segunda bofetada. Su indefensión alimentaba mi libido y la certeza de que merecía mis golpes. Nunca había sentido semejante poder, ni al matar había experimentado ese frenesí. Le arrimé un tercer bofetón, un cuarto, la tomé del cabello y la tiré al suelo. Le pateé el estómago. Brisa recibía los golpes en total silencio, ni un gemido emitía, lo que me enfurecía y me excitaba aún más. Me arrojé sobre ella y comencé a manosearla. Brisa se dejaba hacer como si fuera una muñeca. ¿Quién no ha soñado con poseer una muñeca, un objeto con agujeros? Mis manos tropezaron con la hebilla de su cinturón, ansiosas. Intenté bajarle el pantalón de un tirón.

—¡Chamuco, basta! —gritó Sara desde la guarida —Déjala, vete.

Me detuve sin comprender. Todo volvió a ser como un minuto antes. Brisa tenía el rostro enrojecido y unas lágrimas llenas de ira se formaban en sus ojos. Jamás en mi vida nadie me ha mirado con tanto odio. Mis piernas se echaron a temblar y la repugnancia que yo mismo me provoqué se volvió un amago de vómito. Entonces lo soltó, con la calma y el sadismo de un torturador:

—Nunca te busqué porque me gustaras o sintiera algo por ti, pendejo. Me lo pidió Dionisio, pensaba que no podrías cumplir con tu promesa. Chamuco necesita un incentivo, me dijo, un estímulo. Y yo por Dionisio haría cualquier cosa, hasta coger contigo, pinche maricón.

Me aparté de su cuerpo asimilando cada una de sus palabras. Entonces, mientras me incorporaba, me eché a reír. Primero fueron unas carcajadas perezosas, desganadas. Luego se convirtieron en un ataque incontrolable. Doblado de la risa, alcancé a ver cómo Brisa, altiva como una pequeña diosa doméstica, desaparecía en la covacha. Me alejé de ahí con la sensación cada vez más intensa de que la realidad no era más que un supermercado.

VII

¿Lo hice por Sara, por el campamento, por Brisa, por Dionisio? ¿Por qué participé en ello? ¿Por mí? No lo creo. Tal vez sólo se trataba de una inercia cuya fuerza a esas alturas era eternamente igual a cero. Ni siquiera me detuve a valorar las opciones. Era una especie de autor intelectual de la muerte de mi padre. Había matado a pedradas a una pobre adicta al cristal en aquel asalto a la vieja casona porfiriana. Había degollado a una anciana inocente en nombre de un bien mayor. Había estrangulado a un insignificante músico callejero. Había robado. Había golpeado e intentado violar a una muchacha de veinte años porque me negaba su amor. La colección ya no despertaba en mí ningún remordimiento, al contrario, como buen coleccionista ansiaba aumentar el número. A estas alturas sigo sin saber por qué lo hice. Después de la confesión de Brisa nada me retenía en ese lugar: ni la fe ni el amor. ¿La justicia? ¿Sara me importaba tanto como para cometer un acto tan brutal y salvaje como el que cometeríamos en su nombre? No, claro que no. ¿Se trataba entonces de aplicar la justicia en abstracto? Nunca había sido una persona con especial sensibilidad social, adolorida e indignada a causa de las injusticias del mundo. Sobre todo había sido un cínico. Quizá la respuesta era la misma que dieron los niños y jóvenes que durante meses torturaron hasta la muerte a la adolescente Sylvia Likens: «No sabemos por qué lo hicimos».

No le reclamé a Dionisio haberme puesto el dulce de Brisa en la boca para que me quedara a cumplir con el pacto hecho casi medio año atrás, cuando me integré al parque a cambio de que matara a mi padre. Ya llegaría la hora de desquitarme. Me comporté como si todo siguiera igual. Me uní al grupo que ejecutaría la venganza por la violación de Sara con un espíritu casi festivo, de carnestolendas. Dionisio, el Tachuelas, Toño, Saúl y un servidor pasamos varios días

rondando la cantina La del Estribo. Por fin, una noche, a eso de las diez, la patrulla 0789 se detuvo en la entrada del bar. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Nos enfrentábamos a dos obesos oficiales de la policía municipal, cobardes, sin instrucción en el manejo de las armas, dedicados a extorsionar a vagabundos, delincuentes menores y a cobrar las cuotas en locales de dudosa legalidad. Nos escondimos entre los coches estacionados en la acera de la cantina, armados con cuchillos y machetes que no supe de dónde habían salido. Cuando el mesero apareció con el sobre del dinero para entregárselo a los policías, surgimos de las sombras. Yo puse mi cuchillo oxidado en la garganta del empleado de la cantina antes de que llegara a la puerta de la patrulla y lo retuve sin esfuerzo. El Tachuelas extrajo de entre sus ropas un machete de cincuenta centímetros que apoyó en la garganta del conductor. Dionisio hizo otro tanto con el oficial acompañante. Toño y Saúl vigilaban ambos extremos de la calle. Dionisio invitó a los policías a desbloquear las puertas traseras.

—¿Y si no, qué, puto? —preguntó el piloto. Dionisio aplicó un tajo veloz y limpio en la mejilla del copiloto, que soltó un alarido. Con la mano libre amordazó al policía para que los gritos no alertaran al vecindario. El chofer hizo ademán de llevar la mano a la pistola, pero el Tachuelas oprimió el filo del machete en su cuello. De la herida brotó un delgado hilo de sangre.

—Obedezcan o les cortamos la garganta —amenazó Dionisio.

Los seguros emitieron ese ruido seco, clac, apenas audible a causa de la música de cumbia que nos llegaba de la cantina. Dionisio obligó al agente a descender de la patrulla, lo despojó del mohoso revólver Smith and Wesson de cargo, abrió la puerta trasera y subió junto con el policía. El Tachuelas me indicó que amagara con el cuchillo al chofer mientras él rodeaba el coche y abordaba el asiento del copiloto. Antes, empujé al mesero hacia la entrada del bar. Le susurré que se metiera y cerrara la boca y la puerta. Adiviné por su media sonrisa que teníamos asegurada su complicidad. Luego coloqué la punta de mi cuchillo en el ojo del conductor. Ya que el Tachuelas se ubicó en el asiento derecho, desarmó al oficial y encajó el cañón de la pistola en sus riñones. Entonces me subí al asiento de atrás, de forma que el otro policía quedó aprisionado entre Dionisio y yo. El policía temblaba como un flan. Toño y Saúl robarían un coche para alcanzarnos en el ejido San Bernardo. Nos juraron que ya lo habían hecho otras veces y que por nada del mundo se perderían de la fiesta. Porque aquello era una fiesta de sangre que unos minutos más tarde celebraríamos en honor de los

desheredados de la tierra.

El Tachuelas le ordenó al patrullero que enfilara al paraje donde habían violado a Sara. El conductor entendió de golpe la causa del asalto y empezó a balbucear que no sabía nada de ninguna violación. El sudor brotaba de su frente y en el pliegue de grasa que se formaba en su cuello pude ver la húmeda pátina del miedo. El otro agente juntó las manos y se echó a rezar. La reja de protección que dividía la patrulla parecía la malla de un confesionario.

—Soy la Mónada Perfecta —tronó de pronto Dionisio—. De nada les servirán sus oraciones ni sus ruegos.

Luego se hizo el silencio y el Tachuelas se puso a tararear la misma canción sobre mojados que le había escuchado antes. Poco a poco pasó de tararearla a cantarla a voz en cuello y conminó al chofer a que hiciera lo mismo. El policía no se sabía la letra, así que farfullaba los últimos versos de cada estrofa. *Adiós, adiós, Colorado, / Nevada y Oregón; / Adiós les dice el mojado / que se empapó de sudor, / en los campos de Arizona / y fábricas de Nueva York.*

Al rato todos en la patrulla entonábamos la canción: el Tachuelas, Dionisio y yo con la alegría de los intoxicados de adrenalina; los policías persuadidos de que tal vez ello les salvaría la vida.

Esperamos a las afueras del ejido a Toño y Saúl. Veinte minutos después aparecieron en un destartalado Volkswagen Polo. El Tachuelas introdujo la punta del cañón del revólver de cargo en el oído del policía y lo obligó a llevarnos al paraje. Cruzamos el conglomerado de miserables casas en silencio, interrumpido por los ladridos de perros sarnientos. Nadie se asomó, en un lugar como ése y en ese tiempo era preferible no asomarse. A un kilómetro del ejido dimos vuelta a la izquierda en un camino de tierra con dos profundos surcos dejados por el paso de los tractores. Quinientos metros después nos hallamos un bosquecillo de encinos. Poco importaba si habían violado a Sara en ése o en otro lugar. Detuvimos la marcha y obligamos a los policías a descender. Los dos agentes de la ley nos imploraban entre lágrimas que los soltáramos: habían aprendido la lección, nunca más volverían a hacerlo. ¿Hacer qué?, les preguntó Dionisio. Violar a una mujer, confesó uno de los policías. Acababan de firmar su sentencia de muerte. La cobardía y el desmoronamiento de los dos uniformados me transmitían una paz fría y resuelta. Mientras los encaminábamos al interior de la arboleda, respiraba el aire fresco del otoño y podía apreciar los exultantes aromas de la naturaleza, yo que siempre había sido una rata de asfalto. Un bosque nocturno puede resultar

una experiencia purificadora.

—Aquí mero —dijo Dionisio—. Desnúdense. La comunidad se ha pronunciado. Hay una sentencia contra ustedes. Sufrirán un castigo ejemplar por su codicia, su lujuria, su falta de honor y sentido del deber. Los desheredados hemos decidido que ustedes deben expiar las culpas de un mundo enfermo, agónico, próximo a su fin.

Apenas podíamos distinguir sus cuerpos morenos, de grasa floja y tembleque, si no era por la luz de una media luna y el lejano resplandor de las luces del ejido. Saúl recogió las ropas y las registró. Dio con los celulares de los policías. Manipuló el primero y lo desechó. En el segundo, como había dicho Sara, encontró el video de la violación. Lo echó a andar y se lo mostró a los oficiales de la policía municipal de San Jacinto Río Muerto. De ese tamaño era la certeza de su impunidad, ni siquiera se habían tomado la molestia de borrar la evidencia. Me imagino que lo habían conservado para masturbarse o para presumirlo entre sus compañeros.

Con sus grilletes los esposamos abrazados a los troncos de sendos árboles. Yo participé en la violación de uno de los policías introduciendo su propio tolete por el ano. No ha sido fácil olvidar los gritos que profería a medida que el objeto desgarraba sus carnes. Actuaba como un cirujano lacerando la piel de un paciente con el bisturí, sin excitación ni titubeos. Toño ultrajó de la misma forma al otro agente de la ley. Saúl no dejaba de filmar las acciones con el celular del policía, teniendo cuidado de que no aparecieran nuestros rostros. Luego, el Tachuelas los castró con el machete. Dejamos que se desangraran un rato y se desgañitaran pidiendo ayuda mientras tomábamos un descanso. Al final, Dionisio le cortó la cabeza a uno de ellos. Observamos el espectáculo en un silencio plácido alterado por los lamentos desmayados de los policías. La operación duró mucho tiempo, exigió un gran esfuerzo de la Mónada Perfecta. Decapitar a alguien es lento, sangriento y extenuante. Cuando Dionisio se dirigió al otro agente para descabezarlo, lo detuve y le pedí el machete. Sentía una urgente necesidad de ponerme a prueba y demostrarme y demostrarles que, como ellos, había descendido a lo más profundo del infierno. Con la *Sinfonía Dante* de Liszt sonando en mi cerebro comencé a cortar la piel, los nervios, los músculos. La sangre empapaba mi rostro, mi ropa, mis brazos como la orilla de un mar sosegado moja los pies de los bañistas. Al momento de tropezar con la columna cervical estaba exhausto. Sudaba, los tríceps me punzaban y el pulso, de pura fatiga, me temblaba. La cabeza del policía colgaba de la nuca como un guiñapo. Me di un

respiro antes de acometer la última parte de la faena. Estaba agotado. El Tachuelas se ofreció a terminar la carnicería. Me negué. Después de un gran esfuerzo pude desprender la cabeza del resto del cuerpo. Cayó a los pies del policía con un golpe seco y sin gracia. Saúl depositó el celular entre las dos cabezas, las cuales dispuso como dos adornos de jardín. Había borrado todas las fotos y videos del archivo excepto el de la violación de Sara y el de su propia ejecución. Cuando nos alejábamos del lugar, el teléfono comenzó a sonar.

—Creo que no podrán contestar —comentó el Tachuelas.

Todos soltamos una carcajada liberadora y pura, incluso Dionisio, mientras nos subíamos al Volkswagen Polo que nos sacaría de ahí.

VIII

Les pedí que me esperaran un minuto con el pretexto de comprar una botella de agua. Con las pocas monedas que tintineaban en el bolsillo de mi pantalón, entré al Oxxo ubicado en el acceso a la central de autobuses, uno de los escasos lugares que aún conservan teléfonos públicos en este país, y llamé a la policía. De forma anónima informé de que un tal Dionisio encabezaba una secta satánica, la cual era responsable del homicidio de los dos policías. También les dije que podían encontrarlo en el Bosque de la Ciudad. Colgué.

Toda Mónada Perfecta necesita de su Judas para alcanzar el mito. No era nada personal ni lo hice por desquitarme... tal vez sí. En ese momento creía que sólo la aniquilación del campamento podría darme un lugar en el universo. Contaba con que la ciudad descargaría su furia contra los chivos expiatorios perfectos. Y esperaba ser un voyeur en primera fila.

A la mañana siguiente de la ejecución de los policías, el Tachuelas irrumpió en la gran carpa. Yo no había dormido en toda la noche. No podía hacerlo sin que las imágenes de la adicta, la anciana, los policías danzaran en mi cabeza en una especie de circo de los horrores, de espectáculo popular victoriano. El Tachuelas cargaba en su espalda un costal de ixtle con sus pertenencias.

—Vine a despedirme, Chamuco, me largo.

Me desperecé y luego lo contemplé en silencio. Me pareció repulsivo ese hombre de pie frente a mí, ínfimo, intrascendente, un esbirro.

—¿A dónde?

—A la frontera. En una de esas me brinco al gabacho, capaz y encuentro a mis hijos.

—¿Ya lo sabe Dionisio?

—No, la neta, no tengo el valor de decírselo. Me gustaría que

fueras tú. Esto se va a poner del cocol, mi hermano, ora sí nos va a llevar la chingada. Dos chotas son dos chotas, ¿que no? Hasta aquí llego yo, ya estuvo. ¿Tú qué harás?

—No sé, supongo que también me iré.

—Es lo mejor, deja al Dionisio con su locura. Suerte, mi hermano, tienes un amigo —y me tendió la mano y me la apretó firme y desapareció de la carpa sin más.

Recordé que Brisa y Sara también tenían pensado dejar el campamento. Me levanté, salí y me dirigí a mi madriguera. El bosque estaba dormido. El sol del amanecer se filtraba por las ramas de los árboles como si fuera una película de Disney. El canto de los pájaros se escuchaba diáfano, los mendigos aún no dejaban sus covachas, no imponían su ruido al del bosque. Mis manos todavía estaban manchadas de la sangre de los polis. También mi ropa. Me topé de bruces con Brisa y Sara. Cargaban sus mochilas sucias y ajadas dispuestas para el viaje. Primero me miraron como si fuera un gnomo salido de debajo de una seta, aunque no las hubiera en ese bosque. Luego Sara me sonrió y dijo algo sobre dejarnos solos para que habláramos.

—¿Se van?

Brisa se encogió de hombros y dibujó una mueca en su cara que no supe si era de hastío o piedad.

—Yep, ya es tiempo de llegarle —dijo—. Oye, mira, fue chido, todo bien, la pasamos a toda madre.

De pronto me pareció una niña perdida en el bosque. Una Caperucita roja de sueños rotos. Yo no era el lobo, tampoco el cazador.

—Es cierto lo que me dijiste que Dionisio te pidió...

—Sí. No sé qué vio en ti ni por qué se aferró a que formaras parte de la obra. Al principio sólo quería que pasaras un tiempo aquí, eras una especie de experimento para él, un juego, te encontraba divertido; luego, no sé por qué, creyó que podrías ser su heredero, para cuando él no estuviera...

—Pero entonces tú —la interrumpí. No quería escuchar los planes que Dionisio tenía para mí— ¿eras su amante o algo así?

—Todas lo somos. Sara también. Lo amamos de una forma que no puedes entender. Dionisio le ha dado sentido a nuestra vida. Hasta antes de encontrarlo, huíamos como ratones asustados. Él nos cambió, nos entregó un propósito, una posibilidad, una idea reconfortante de la humanidad, liberada de su hedonismo mezquino y esclavizante, pero también de la culpa y la resurrección. Hemos entendido que vivimos más allá del bien y del mal. La mayoría de

los que estamos en este parque, antes de encontrarlo, sentíamos vergüenza, ahora estamos orgullosos de quiénes somos: la semilla de la que nacerá un nuevo bosque. No nos vamos porque queremos, él nos lo pidió, desea que llevemos la obra a otras ciudades, a otras personas que están perdidas en la oscuridad de nuestros tiempos.

—¿La obra? —murmuré escéptico—. Entiendo.

—No, no lo entiendes, nunca lo has hecho.

—¿Puedo acompañarlos a la central? Aunque no lo creas, Sara, Saúl, Toño, tú misma a pesar de lo que pasó son como una especie de familia para mí.

Brisa volvió a encogerse de hombros. Lo tomé como un sí.

La Central de Autobuses de San Jacinto Río Muerto se encuentra en el lado opuesto de la ciudad. Así que emprendimos una larga marcha para llegar con las primeras horas de la mañana. Una expedición por callejones y atajos equívocos. La ciudad, con el asesinato de los dos agentes, estaba electrificada, al borde de la paranoia, indignada, alerta, espesa, histérica. Retenes, patrullajes incesantes, convoyes de las fuerzas del orden de los tres niveles de gobierno. La ciudad exhibía su músculo, pero no le alcanzaba para aplastar a los más invisibles de sus habitantes. Cruzamos esa urbe de provincia convulsionada, aterrorizada, con tal calma que era imposible asociarnos con uno de los crímenes más sangrientos de su historia. Íbamos en fila india. Toño a la cabeza, seguido por Saúl, Brisa y Sara; yo cerraba la marcha como un perro apaleado. A esas alturas, realmente deseaba quedarme en San Jacinto Río Muerto. Un morbo desprovisto de cualquier otra pasión que no fuera la del espectador me empujaba a presenciar la tormenta que pensaba desatar con una llamada anónima. Hacerlo desde el Oxxo ubicado a la entrada de la central, mientras contemplaba a través del escaparate a ese grupo de adoradores de Dionisio, me pareció un toque de ironía sutil y perverso. No demoré mucho en la despedida. Abracé a cada uno de ellos, salvo a Brisa, que aprovechó el momento para escabullirse en el baño. Les deseé suerte y regresé sobre mis pasos. Fue todo. Un nuevo proyecto había desplazado cualquier lazo sentimental con el clan tragafuego, que una hora después le diría adiós a la ciudad desde un autobús rumbo a otra ciudad parecida a ésta. No volvería a saber de ellos. *La gente como nosotros* no puede darse el lujo de mantenerse en contacto.

Me puse a caminar sin rumbo fijo, aunque una fuerza interna, una querencia, una saudade me empujaban a la que había sido mi casa, la casa de Gregorio Cárdenas.

Me llevé una enorme sorpresa al entrar a mi antiguo hogar.

Igual que la vez anterior lo hice por la puerta del patio que aún conservaba la falla en el cerrojo. Estaba ordenado, limpio, perfumado. No reconocí la mayoría de los muebles, todos ellos de muy buen gusto. Sólo la mesa del comedor, la cómoda de la entrada y una lámpara de pie quedaban de mi anterior vida. El resto, intuí, pertenecía a un nuevo inquilino. Seguramente mi esposa había rentado la casa. No podía haberla vendido porque estaba a mi nombre. La recorrí con calma como un fantasma que volvía del más allá para encontrarse con que la vida seguía su curso y su ausencia no era más que una anécdota. Por la ropa ordenada en el clóset, los objetos de aseo personal y los trastes en la cocina deduje que se trataba de un hombre solo. Por las fotos colgadas en las paredes y el refinamiento del decorado, me imaginé que era maricón.

A medida que pasaron las horas me adapté sin mayor contratiempo a la atmósfera acogedora y solitaria de mi nuevo hogar.

Me di una larga ducha. Gradué al límite de mi resistencia la temperatura del agua. Poco a poco mi cuerpo consiguió relajarse bajo los filos hirviendo. Era una sensación placentera, una experiencia de la que había perdido la memoria, como si nunca antes el agua hubiera recorrido mi cuerpo. Me senté en el suelo de la regadera y permanecí mucho tiempo celebrando aquel milagro. El agua caliente se llevó la mierda y la sangre coagulada de mi piel, y con ellas, se fueron las imágenes recientes y lejanas. Se trataba de un segundo renacimiento que terminó cuando el agua comenzó a entibiarse. Luego me rasuré la barba espesa y enredada.

Encontré un pantalón, una camiseta y una sudadera demasiado ajustadas para mi gusto pero que me quedaban. Hice un nudo con mi ropa vieja y la arrojé al bote de basura del patio. Descubrí que tenía un hambre salvaje, llevaba más de un día sin comer. En la alacena y el refrigerador sólo encontré comida balanceada, macrobiótica y saludable. Decidí freír tres huevos con jamón de pechuga de pavo sin gluten, cero por ciento grasa, acompañados con unas rebanadas de pan de centeno. No estaba mal. Con el estómago lleno y un sosiego cortesano, me recosté en el sillón de la sala y prendí la tele, una Daewoo de cuarenta y dos pulgadas, a un volumen muy bajo, apenas audible. Busqué el canal de la televisora de San Jacinto Río Muerto, de cuya programación provinciana siempre había aborrecido. Un par de anuncios después inició el noticiero de las tres de la tarde. La noticia principal era el operativo policiaco desplegado en el parque un par de horas antes. Una alharaca de patrullas, armas y comandos había arrasado con el

campamento. Me empeñé en localizar a Mocho en alguno de los paneos que el camarógrafo tomaba del bosque. No había pensado mucho en él. Lo había condenado a ser un perro sin dueño vagando por las calles, expuesto a la crueldad de la gente. La última imagen del reportaje era la de Dionisio con la cabeza gacha, escoltado por un par de policías ministeriales. Al acercarse a las cámaras de televisión levantó el rostro y las contempló desafiante, totémico, un maldito dios. ¡Soy la Mónada Perfecta!, idiotas, gritó a los micrófonos de los reporteros. La conductora del noticiero remató la nota diciendo que la Procuraduría aún desconocía la filiación del sujeto líder de lo que se creía era una secta satánica que realizaba rituales en honor de la Santa Muerte. Me reí con ganas. Entonces, un ruido en el exterior llamó mi atención.

Apagué la televisión e hice a un lado de forma discreta la cortina de la sala. Un coche compacto rojo se estacionó en mi cochera. Descendió de él un joven de no más de treinta años, delgado, pulcro, de cabello largo y sedoso hasta los hombros. Demoró unos segundos en bajar unos paquetes del auto. Corrí a la cocina, revolví en los cajones, me hice de un cuchillo cebollero ancho y largo, de mango violeta, y me dirigí al recibidor. Me puse del lado izquierdo, de forma que al abrir la puerta quedara oculto por ésta. El tintineo de las llaves, el roce de los dientes penetrando la cerradura, el ladrido de un perro vecino que daba la bienvenida al joven, el motor de un auto que pasaba frente a la casa, el llanto de un bebé proveniente de otra casa; el chirrido de las bisagras a las que nunca aceité a pesar de la insistencia de mi mujer; la sangre corriendo por mis venas; el aliento del joven colándose por la ranura cuando apenas abría la puerta, un aliento empapado en alcohol y cebolla... ¡Qué embriaguez de sonidos y olores, qué desenfreno, qué delirio!

—¡No te muevas y cierra el hocico —le ordené poniendo el filo del cuchillo en su garganta y amordazándolo con la mano libre.

Con el pie cerré la puerta. El joven dejó caer los paquetes. El estallido de una botella estrellándose contra el suelo me desconcertó por un instante. El joven aprovechó el momento para intentar liberarse. Logró zafarse de mi mano y gritar. Pero era débil, liviano y estaba asustado. Volví a dominarlo fácilmente y lo arrojé contra el sillón de la sala. Rebotó como un fardo y terminó en el piso hecho un nudo. Temblaba y balbuceaba. Le pedí que se sentara y le advertí que no gritara. Me hizo caso. No sé qué hubiera pasado de seguir mis instrucciones, probablemente estaría vivo. Pero empezó a llorar muy quedo, parecía una niña pequeña, y a rogar por su vida.

—No me mate, por favor, no me mate, se lo pido, no lo haga, llévese lo que quiera, todo, el coche, el dinero, todo, pero no me mate, por favor, no me mate, se lo ruego, no me mate, no me mate, no me mate...

—¡Cállate!

—No lo haga, no me mate, no lo haga por el amor de Dios, no me mate, no me mate, no me mate...

Rogaba, rogaba, no dejaba de rogar, y no cerraba la boca, y lloraba y rogaba tan niñita, tan indigno el hombrecito, tan puto, tan puñal, tan joto, tan maricón. Y le volví a pedir que guardara silencio pero él seguía y seguía y seguía. La única forma de hacerlo callar fue abalanzarme y hundirle el cuchillo en el estómago, en el pecho, en el cuello, en el estómago de nuevo: quince veces.

IX

Me instalé en el mundo virtual sin más objeto que el de seguir los acontecimientos. Estaba fascinado por esa diarrea digital que ensuciaba el planeta. Un gran inodoro en el que la gente vomitaba su imbecilidad a cada segundo. El inquilino de mi casa tenía suficiente comida para dos semanas por lo menos. Su cadáver reposaba frágil y helado en la ducha. Para retardar su descomposición, había cubierto al maricón con todo el hielo que pude encontrar en la nevera, como Pamela Courson había cubierto de hielo a Jim Morrison en la bañera del departamento que compartían en Le Marais. Dos veces al día descargaba los cubitos de cuatro charolas sobre su cuerpo sentado bajo la regadera, la vista horrorizada, perdida en el azulejo rosa, la mueca perenne de dolor. ¿Con cuánto tiempo contaba antes de que su desaparición despertara sospechas? ¿Tres, cuatro, cinco, seis días? Tal vez era un pobre desgraciado solitario que nadie echaría de menos en mucho tiempo. Tal vez no tenía parientes en la ciudad y su vida social se limitaba a la bujarrona nocturnidad. A fin de cuentas yo estaba en mi casa. El inquilino tenía una computadora portátil que por fortuna carecía de clave para ingresar al escritorio. Creé una nueva cuenta en Facebook con un nombre falso y durante un día entero estuve solicitando la amistad de usuarios al azar. Todos me aceptaron sin reparo, ansiosos de sumar *likes* a su miserable ingenio. Sin fijarme en los correos electrónicos que había recibido durante mi ausencia, limpié mi bandeja de entrada y salida, la de correos no deseados, borré todo hasta dejar virgen mi cuenta de Hotmail. Entonces me dispuse a pasar día y noche conectado a Internet, espectador mudo de ese universo en el que la ejecución de los dos policías y el juicio de Dionisio ocupaban buena parte del espectro. Dormía cuando mucho tres horas en el sillón de la sala. El resto del tiempo lo pasaba navegando por todas las páginas, blogs y

periódicos digitales que encontraba. Sólo interrumpía mi frenética actividad virtual para comer cualquier cosa y renovar el hielo sobre el cadáver del inquilino.

Algún empleado de la Procuraduría había filtrado los dos videos —el de la violación de Sara y el del ajusticiamiento de los policías— en la Internet. En cuestión de horas se hicieron virales. Hipnotizado, registraba sin intervenir las opiniones, exabruptos, condenas y reflexiones que provocaban en el millón de voces sin rostro que pululan en el ciberespacio.

Clasifiqué a los cibernautas en cuatro categorías:

Los responsables sociales que condenaban la violencia de ambos videos, que llamaban a construir una sociedad con base en la legalidad, el respeto, la tolerancia, la justicia y los derechos humanos. Activistas noños de la red.

Los sádicos que celebraban la violación exhibiendo una misoginia homicida, un deseo escalofriante de ultrajar a cualquier mujer y que se solidarizaban con la suerte de los polis.

Los cómicos que con espíritu festivo hacían escarnio de ambos videos con memes y comentarios de lo más ingeniosos.

Y los sociópatas que aplaudían la violación, la emasculación y la decapitación de los agentes de la ley, se apiadaban de Sara y justificaban el linchamiento. Había muchas mujeres en este último grupo.

Otro fenómeno que registré fue el del creciente número de adeptos que iba sumando Dionisio a medida que los medios de comunicación sacaban a la luz los detalles del campamento que lideraba en el parque. Expertos en todo, opinadores profesionales, trataban de darle al fenómeno una explicación de carácter social, religioso e incluso psicológico. La autoridad se empeñaba en presentarlo como un homicida peligroso, pero mucha gente comenzó a adorarlo, la mayoría por las razones equivocadas. Los admiradores de la narcocultura porque lo veían como una especie de sacerdote de la Santa Muerte. Algunos grupos de cristianos insatisfechos con la oferta oficial lo tomaron como una reencarnación de Jesús. La izquierda más radical, como el heredero del Che Guevara y el subcomandante Marcos. Y por supuesto, estaban los que creían que todo se trataba de un montaje del gobierno para ocultar problemas mucho más graves: los entusiastas de la cortina de humo.

Al cabo de tres días acusé los estragos de mi intensa actividad en el ciberespacio. Me dolía la cabeza, el estómago lo tenía destrozado por los litros de café que consumía (a pesar de ser orgánico) y mi

espalda y mis articulaciones chillaban anquilosadas. Me había convertido en setenta y dos horas en un adicto a la red. En mi anterior vida mi relación con el mundo virtual nunca llegó a ser muy estrecha. Era un usuario bastante apático que acostumbraba reprochar a mi hija y a mi esposa su dependencia del celular. Las veía como ratones de laboratorio enganchadas a sus teléfonos inteligentes, hamsters enloquecidos haciendo girar una rueda de proporciones gigantescas. Ahora me había convertido en uno de ellos. Para colmo, el cadáver del inquilino empezó a despedir olores repulsivos, el hielo ya no era suficiente para detener la descomposición. Por fortuna el muchacho era un obsesivo de la limpieza, así que guardaba en la alacena toda clase de productos aromatizantes con los que lograba a duras penas ocultar el hedor. El cadáver se hinchaba y los microbios trabajaban diligentemente al interior del inquilino. Pronto saldrían a la luz, viscosos, ahítos de la carne muerta del marica y los sarcofágidos llegarían de visita a poner sus huevecillos.

En la tarde del cuarto día tocaron a la puerta. Solía permanecer con las cortinas corridas, las ventanas cerradas, a oscuras; sólo la luz de la pantalla de la computadora iluminaba la estancia. La pulcritud con que me encontré la casa había desaparecido. Restos de comida, platos sucios, vasos a medio llenar se multiplicaban por la sala, el comedor y la cocina. Traté de ignorar la interrupción. Incluso, en un acto irreflexivo, contuve la respiración mientras leía un artículo en un blog sobre el problema de la indigencia en el país. El autor, de forma velada, proponía el exterminio de los indigentes ya que los consideraba individuos incapaces de adaptarse a la sociedad actual, por lo que se convertían en un lastre para el progreso. En cuanto a Dionisio, el bloguero se lamentaba de que en esta grandiosa nación no existiera la pena capital para aplicársela sin que le temblara el pulso al gobierno. Me pareció muy simpático este fascista disfrazado de demócrata. Puse un comentario lleno de faltas de ortografía para despistar: *ke lastima ke uste no es el presidente de este pais nos iria mucho mejor.*

Volvieron a llamar a la puerta. Presté atención a los sonidos del exterior. Unas voces llegaron hasta mí. Fernando, Fernando, ¿estás ahí? El cadáver del marica ya tenía nombre: Fernando. Debía salir, iban a terminar por hacer un escándalo y levantar sospechas entre los vecinos. Antes de abrir, busqué bajo el fregadero un aromatizante muy poderoso con olor a fresas silvestres y rocié la casa. También prendí unas varas de incienso que me había encontrado en un cajón. De todas formas, justo abrí la puerta para

que mi cuerpo saliera. La cerré tras de mí.

—¿En qué los puedo ayudar?

Eran un muchacho y una muchacha de la edad de Fernando. Él, un muñequito delicado y femenino; ella, gorda y fea, una amiga íntima de homosexuales. Su cara de desconcierto al verme me pareció grotesca.

—Buscamos a Fernando —dijo ella. Él me sonrió asustado.

—Ya no vive aquí. Hace cinco días que se mudó. Soy el dueño de la casa. Me dijo que tenía que salir con urgencia de la ciudad y me devolvió las llaves.

—¿Cómo con urgencia? —preguntó él con timidez.

—No suelo interesarme por la vida privada de mis inquilinos, así que no pregunté. Sólo me dijo eso, que le había salido una urgencia y que tenía que irse. No sabía si regresaría.

Mientras hablaba no dejaba de olfatear, preocupado por que los olores de la descomposición llegaran a las narices de los visitantes.

—¿No le dijo a dónde se iba? —preguntó ella.

—No, no dijo nada, sólo que salía de la ciudad ese mismo día.

—Si le habla, ¿le puede decir que lo estamos buscando, que en el trabajo están muy sacados de onda porque no se ha reportado? Soy Julia, mucho gusto, él es René.

Una mano regordeta y caliente permaneció medio segundo en la mía. René sólo sonrió.

—Con mucho gusto le diré que han venido a buscarlo, aunque no creo que se comunique conmigo, estaba muy apurado y preocupado.

—¿Pero no le dijo nada de por qué se iba así? —insistió René.

Estaba empezando a impacientarme. Fantaseé con la posibilidad de hacerlos pasar y acuchillarlos. Así le harían compañía a Fernando, tan solo en el baño, tan hinchado y flatulento.

—Ya les dije cómo estuvo. Márquenle a su celular, mándenle un *inbox*, no sé.

—Llevamos dos días hablándole, nos manda al buzón.

Yo había destrozado el teléfono contra el piso de la cocina.

—Pues no les puedo decir más; ahora, con su permiso, eh, que tengo cosas que hacer.

—Ahí le encargo que le diga si habla con él —dijo ella.

En el momento de cerrar la puerta, observé cómo el muchacho, a medida que se alejaba de la casa, echaba un último vistazo lleno de recelo. Me tiré en el sillón de la sala derrengado. La paranoia puede ser extenuante: taquicardia, sudoración, ansiedad. Tenía que dominar cuanto antes el terror que me habían despertado los

amigos de Fernando, un animal que creía aletargado en lo más profundo de mi indiferencia pero que seguía ahí, esperando que cometiera un error. Y lo había cometido, no tenía que haber abierto. Comencé a respirar profunda y pausadamente. Me oxigenaba y el oxígeno empezó a llevar por las venas una leve paz a todo mi cuerpo. Poco a poco logré modificar mis pensamientos. Si no hubiera abierto, me convencí, tal vez René y Julia habrían ido con algún vecino a preguntarle sobre Fernando y despertado suspicacias. Quizás alguno de esos vecinos me había visto hablar con los muchachos, pero no tenía nada de raro: ésa era mi casa. Contaba a mi favor que en todos esos años había evitado por todos los medios convivir y congeniar con los despreciables seres que habitaban esa calle. Me odiaban y viceversa. Su indiferencia era mi aliado. Pero tuve que reconocer que se me agotaba el tiempo. Tendría que abandonar pronto ese escondite. Iniciar una huida hacia los brazos de mis futuros captores. Entendí con precisión meridiana el deseo que asalta a los criminales de ser atrapados.

Decidí posponer el dilema para el día siguiente. Con las primeras luces de la mañana tomaría una decisión. Me entregué de nuevo al único propósito de mi existencia, explorar la red de redes para encontrarle un significado a todo aquello.

Uno de mis pasatiempos favoritos era navegar en YouTube. Algunos de los youtubers más populares habían decidido opinar sobre Dionisio, el campamento de indigentes, la violación de Sara y el asesinato de los policías. En general se trataba de muchachitos y muchachitas vestidos a la moda, capaces de intercalar un *o sea* entre cada enunciado, utilizar el adjetivo *padre* (cuando querían expresar lo contrario anteponían *eso no está*) y su superlativo *padrísimo* cien veces en un minuto, y sus equivalentes anglos *cool* y *nice*. El elevado número de visitas que recibían sus videos me confirmaba que a las personas les hacía muy feliz que alguien tan imbécil como ellas fuera un líder de opinión.

Y fue en ese momento que Dionisio tuvo un nombre y un apellido. En el Facebook comenzaron a hacerse eco del boletín que la Procuraduría había emitido para notificar que el asesino de los policías había sido identificado.

X

En el año 2005, el doctor en biología molecular Luis Carlos Rincón Jourcenar llegó a San Jacinto Río Muerto invitado por la universidad para rediseñar y dirigir el Departamento de Posgrados. Le precedía fama de genio, estaba considerada una de las mentes más brillantes del país. Contaba con treinta y ocho años. Su padre, un diplomático mexicano de carrera, conoció a la madre de Dionisio en Lyon, Francia, y al cabo de un año contrajeron nupcias. Luis Carlos Rincón Jourcenar nació y vivió hasta los siete años en Lyon. Después pasó una temporada en Múnich, Barcelona y Lisboa. Desde muy niño recibió una elevada formación musical. A los quince años aterrizó en México acompañando a su padre. Sus dos hermanas se quedaron con su madre en Lyon después de un conflictivo divorcio que marcó al joven Rincón Jourcenar. A los diecisiete años tuvo que decidirse entre una muy prometedora carrera internacional como violinista o dedicarse a la ciencia. Optó por lo segundo. Estudió biología en la UNAM. La maestría y el doctorado, en la Universidad de la Sorbona. Su tesis sobre recombinación genética fue objeto de muchas alabanzas en el mundo de la biología molecular. En México se convirtió en uno de los principales investigadores de la UNAM, pero de manera inexplicable, lo abandonó todo para hacer carrera en la burocracia académica de provincia. Las malas lenguas culparon a Carolina Pérez Petrovich, una exótica belleza quince años menor que él, alumna de biología, que deslumbró al genio en un abrir y cerrar de piernas.

Carolina Pérez Petrovich había heredado la hermosura fría y perfecta de su abuela materna ucraniana. Originaria de la Ciudad de México, su cabello rubio pajizo hasta la cintura y sus ojos verdes contrastaban con su piel morena, legado mexica. Pertenecía al equipo de gimnasia olímpica de la universidad y estudiaba biología como podía haber estudiado cualquier otra cosa. Tenía un cuerpo

atlético y flexible. En general, los hombres babeaban cuando se encontraban cerca de ella. Por algún motivo inescrutable, a Carolina se le metió entre ceja y ceja conquistar al maestro estrella de la facultad, que para entonces ya lucía una larga barba que le hacía verse como Jesucristo. Una serie de asesorías especiales en el cubículo del profesor, un par de cafés fuera de la facultad y una cena terminaron en la cama de Luis Carlos Rincón Jourcenar, quien después de esa noche supo que no podría pasar un día más sin el cuerpo de Carolina Pérez Petrovich. El prestigio, la honra y el decoro le importaron un comino al doctor: una semana más tarde la chica se mudaba a la nada modesta mansión en Polanco que Luis Carlos había recibido como herencia al morir su padre.

Pronto, los colegas del doctor Rincón Jourcenar se entregaron al nacional deporte de calumniar y destruir a quien posee lo que uno no. Los chismes, las mentiras, la maledicencia convirtieron en un infierno la vida de la pareja dentro y fuera de la universidad. Al parecer, esto y la cada vez más exigente Carolina en cuanto a caprichos y lujos, empujaron a Luis Carlos a abandonar su carrera como investigador y aceptar el puesto que le ofrecía la Universidad Autónoma de San Jacinto Río Muerto. En la academia, como en la vida, la carrera política administrativa paga mucho más que la investigación y la docencia.

Huyendo de su pasado, Luis Carlos Rincón Jourcenar y Carolina Pérez Petrovich llegaron a San Jacinto Río Muerto dispuestos a ser felices.

Cosmopolitas, ilustrados, *bons vivants*, la ultraconservadora, asfixiante e hipócrita capital de provincia los recibió con curiosidad. Pronto fueron la atracción en las reuniones de la más alta sociedad de San Jancinto Río Muerto. Los escotadísimos y cortísimos vestidos que usaba ella hacían las delicias de los caballeros; la cháchara mundana, ingeniosa, culta y procaz de él, las de las damas. Muchas secciones de sociales de periódicos locales dejaron constancia de ello.

Al cabo de dos años, el éxito social y académico del doctor Rincón Jourcenar lo perfilaban como el próximo rector de la UAS. Acababa de cumplir los cuarenta y Carolina los veinticinco.

Las exigencias de su carrera política académica provocaron que Luis Carlos descuidara a su joven esposa, con quien se había casado (por lo civil, eran recalcitrantes ateos) al poco tiempo de llegar a San Jacinto Río Muerto. Carolina Pérez Petrovich se aburría en esa circunspecta ciudad. Los cafecitos, los *baby showers*, las despedidas de soltera, las innumerables y fastuosas bodas comenzaron a hastiarla.

Para matar el tiempo se inscribió de nuevo en la universidad. No quiso saber nada de la ciencia y se apuntó en la Facultad de Filosofía y Letras. Cazadora compulsiva de maestros, un joven profesor recién egresado que enseñaba Introducción a la Filosofía atrajo su atención. Carolina ha de haber tenido algún tipo de parafilia relacionada con los cubículos y la autoridad magisterial. Por otro lado, difícilmente un hombre podía sustraerse a la belleza de esa estudiante que lo visitaba continuamente en su cubículo para pedirle asesorías especiales.

Un par de cafés después fuera de la facultad y una cena a la luz de las velas, terminaron en la cama de un hotel de paso. El maestro en cuestión era un pobre diablo que aún vivía con sus padres. Joven, vigoroso, romántico, ilustrado y adorador incondicional de Carolina, la joven esposa del doctor Rincón Jourcenar encontró en su profesor lo que su marido hacía tiempo había dejado de darle: sexo apasionado, culto a su cuerpo, prioridad sobre todas las cosas. Mientras que el amante únicamente tenía que atender unas pocas clases en la facultad, por lo que el resto del tiempo lo dedicaba a morirse de amor por Carolina, el doctor Rincón Jourcenar debía entregarse día y noche a impulsar su candidatura al rectorado de la UAS. Estaba en desventaja. Y no hay que olvidar esa máxima que dice que detrás de toda mujer hermosa hay un hombre cansado de cogérsela. Carolina, por su parte, se encontraba donde quería: tenía un magnífico proveedor de bienes materiales que para mitigar la culpa de su distanciamiento accedía a todos los caprichos, y un maestrito de filosofía que le recitaba poemas de Sabines (¡hay que joderse!) después de hacer el amor.

Pero la joven esposa no contaba con que San Jacinto Río Muerto es un rancho grande en el que vigilar la vida de los otros sustituye cualquier otra manera de entretenimiento. De una u otra forma, la aventura de su mujer llegó a oídos del doctor Rincón Jourcenar. ¡Sangre, Yago, sangre!, se ha de haber dicho el pobre cornudo.

Una mañana de domingo del año 2008, los vecinos alertaron a la policía por el fétido olor que salía de la casa de los Rincón Pérez. La autoridad procedió a entrar y se encontró con el bello cadáver de Carolina, semidesnuda, con una cuchillada en el corazón. La policía investigadora de San Jacinto Río Muerto, de suyo torpe, displicente e incapaz, calificó el crimen de pasional y sin averiguar mucho culpó al marido. Al doctor Rincón Jourcenar nunca pudieron encontrarlo. La autoridad emitió una orden de busca y captura y se olvidó del asunto, como usualmente ocurre.

Seis años después, Dionisio, el indigente homicida, era

identificado como Luis Carlos Rincón Jourcenar.

Fui armando esta desautorizada e incompleta biografía durante toda una noche de búsqueda en la red. Los huecos, muchos, he de confesarlo, los había llenado a golpe de imaginación, como toda biografía que se precie. Puse el nombre que daba a conocer el boletín de la Procuraduría en el Google y navegué de una página a otra, de un nombre a otro, hasta completar el rompecabezas que era Dionisio. Como ya dije, las piezas faltantes las inventé.

¿Había realmente Dionisio asesinado a su esposa? ¿Se había vuelto loco de celos y la demencia lo había empujado a transfigurarse en ese vagabundo mesiánico, constructor de una especie de secta cristiana primitiva entorno a su figura? ¿Durante seis años había permanecido oculto en la marginalidad un hombre que en su momento fue una figura pública? ¿Era posible eso? Por supuesto, yo mismo era un ejemplo de ello.

A medida que leía la información que encontraba en la Internet, iba recordando el caso. Por ese entonces hacía tres años que había terminado mis estudios de música y regresado para responder por el embarazo de la que era mi novia. Ya en esa época daba clases en la Casa de la Cultura y tocaba en el grupo que amenizaba bodas y bautizos. Vivíamos los tres en esta misma casa. La noticia sacudió a la ciudad. Políticos y empresarios locales, académicos, todos se apresuraron a negar cualquier vínculo con el feminicida. La xenofobia y el regionalismo se dieron un festín de lugares comunes al recordarnos a los habitantes de San Jacinto Río Muerto que había que desconfiar siempre de los extranjeros. En este pueblo no hay ladrones, etcétera. A los meses fue olvidándose el asunto. Al fin y al cabo Carolina Pérez Petrovich era una casquivana chilanga que no merecía mayor justicia.

Y de pronto el homicidio pasional de la bella jovencita, seis años después, resurgía alimentando la voracidad de las redes sociales.

Las tendencias en la Internet cambiaron bruscamente. Dionisio dejó de despertar simpatías para convertirse en un burgués hijo de puta feminicida que había nacido y crecido en cuna de oro. Un desgraciado que lo tuvo todo y que había desviado el camino, el clásico individuo que en este país nos encanta que caiga en desgracia. Hacían leña del árbol caído y yo, desde el anonimato de la red, atizaba el fuego. El mito se había derrumbado. ¿Qué tenías que decir a eso, Brisa puta?

Esperé en vano a que Dionisio, de una u otra forma, se manifestara. A través de un reportero, de un abogado, de una filtración, lo que fuera. Su silencio me desconcertaba. Me lo

imaginaba en su celda, encerrado en un digno y bíblico mutismo, más allá del bien y del mal, consciente de que la Mónada Perfecta únicamente podía ser juzgada por ella misma. Lo único que trascendió fue que en las sucesivas comparecencias ante el Ministerio Público se había reservado el derecho a declarar.

XI

Un correo electrónico me salvó de que el hedor que despedía el inquilino terminara por delatarme. Llegó en el quinto día de mi encierro, era del abogado de mi padre, un notario repulsivo que había sido su único amigo. Mi padre tenía admiradores y detractores, pero era incapaz de establecer lazos de afecto con nadie. El licenciado Eduardo Chong Rivera fue la excepción. Lo recordaba de niño: una presencia siniestra ciertos sábados por la tarde en el patio de la casa. Abrían una botella de malta y alternaban los tragos secos, derechos, con murmullos esporádicos que parecían una conversación. Jamás me dirigió la palabra, ni a mi madre, que se encerraba en la casa durante las horas que duraba la visita. Alguna vez mi padre me ordenó comparecer en el patio. El abogado me escrutaba sin romper el silencio mientras mi padre me daba alguna estúpida lección sobre la hombría y el mundo.

Deduje por el contenido del mail que desde la muerte de mi padre había tratado de localizarme. La noticia se resumía a que mi padre me había nombrado heredero universal de la vieja casa y su contenido, incluido el maldito piano. Me instaba a pasar por la notaría para conocer oficialmente el testamento, firmar la cesión de la propiedad y entregarme las llaves de la casa. La descomposición del cadáver del inquilino había llegado a tal grado que me daba asco entrar al cuarto de baño y rociarle el hielo ya inútil. Muy pronto la peste se filtraría en las casas vecinas y la policía no tardaría en llamar a la puerta. El correo del licenciado Chong Rivera llegaba en el momento preciso, una vía de escape, la última tal vez, una tregua. No lo pensé mucho. Me lavé lo mejor que pude en el fregadero de la cocina, me peiné, me puse las mejores ropas del inquilino y cerré tras de mí la puerta. Me llevé su cartera con el poco dinero que contenía y la computadora portátil. Antes de irme, tumbé algunos muebles y revolví cajones y clósets para simular un

robo con homicidio incluido. Contaba con la supina imbecilidad de la Policía Investigadora de San Jacinto Río Muerto, que de inmediato calificaría el crimen como el asalto de un drogadicto sin averiguar más. Si seguía con la suerte de mi lado, cabía la posibilidad de reinventarme en la antigua casa de mis padres. No dejaba de ser irónica la circularidad de mi periplo, como si la existencia sólo tuviera una dirección: la vuelta al origen.

El taxi me dejó frente a la Notaría n.° 77 del licenciado Chong Rivera, en el centro, una construcción pretenciosa, de un solo piso, con amplios ventanales por fachada. Antes de entrar, arrojé la láptop y la cartera del inquilino en un bote de basura, sólo conservé el dinero. En la entrada, la recepcionista, una señora severa y retraída, me hizo esperar al menos veinte minutos. Me entretuve analizando los cuadros de la recepción, una serie de abstracciones coloridas de autores desconocidos, pintados ex profeso para adornar las paredes de despachos como ése. Nada ahí tenía que ver con la personalidad del amigo de mi padre. Alguien —¿un socio, una esposa, un hijo, una hija?— había intervenido en la decoración. Por el contrario, el despacho del licenciado Chong sí correspondía a la oscuridad de su alma: un librero macizo, pesado, sobrio, con tomos de derecho e historia empastados en cuero, y un escritorio enorme, desierto, caoba labrada por ebanistas virtuosos, antiguos, de otro siglo. Me sorprendió no encontrar ninguna computadora ni láptop ni táblet en todo el despacho. Era como entrar en un túnel del tiempo al cabo del cual los ochenta me estaban esperando.

Ceremonioso, el abogado se levantó, caminó al centro de la habitación, me abrazó sin que nuestros pectorales entraran en contacto y me dio el pésame. Entonces caí en cuenta de que Chong Rivera no había acudido al funeral de mi padre. Seguramente mi padre no se habría presentado en el funeral del notario si la muerte lo hubiera sorprendido antes. Me indicó que me sentara en una silla forrada de piel mientras se dirigía al otro lado del escritorio. Tomó asiento, abrió un cajón y extrajo un expediente y un manojo de llaves. Las reconocí de inmediato.

—Aquí está todo —comenzó a decir con un rictus agrio que imaginé quería ser de condolencia—. El testamento, el título de propiedad ya a tu nombre, en fin, todo el papeleo. También serás beneficiario del saldo de su única cuenta de banco, estamos hablando de alrededor de seiscientos mil pesos. Solamente necesito tu firma, por el costo no te preocupes, tu padre pensó que no tendrías solvencia para cubrir el trámite, así que lo dejó pagado. ¿Quieres que te lea el testamento?

—No es necesario —mi mano dibujó un semicírculo en el aire para borrar la posibilidad de conocer el último deseo de mi padre. Quería gritarles al licenciado Chong y a mi padre que se podían meter la casa por el culo. La certeza con que había previsto mi insolvencia, la suficiencia con que el notario lo confirmaba me dieron asco, rabia y unas tremendas ganas de salir de ahí con un portazo. Pero no tenía a dónde ir. La casa donde había crecido se había convertido en mi única salida—. No estoy listo aún para escuchar las palabras de mi padre, aunque sea por voz suya. Todavía no supero la etapa del duelo.

El licenciado Chong me miró despectivamente: le he de haber parecido un ser débil, apocado, un pobre diablo. Pero se abstuvo de hacer algún comentario.

—Voy a necesitar una copia de tu acta de nacimiento y de una identificación oficial —dijo.

Era ahora o nunca.

—Mire, licenciado, no tengo esos documentos a la mano. Después de la muerte de mi padre entré en una profunda depresión, lo abandoné todo y me dediqué a viajar por el país. Hace un par de días regresé a San Jacinto Río Muerto. Por desgracia, llegando me robaron en la central de autobuses y no he tenido chance de reponer mis documentos. Por si fuera poco, mi mujer no quiere saber nada de mí, con toda razón, entiéndame bien, así que no tengo dónde vivir. Yo le pediría, en memoria de mi padre y de la amistad que tuvieron durante tantos años, que me dé las llaves de mi casa, bueno, de la casa de mi padre; le prometo que en cuanto tenga los documentos que necesita me reporto.

El licenciado Chong me estudió en silencio. Sopesaba la inusual petición. Era difícil saber qué pasaba por su mente. Me pareció adivinar un destello de sorpresa, de inseguridad, de duda, de repugnancia en sus ojos reptilianos. Me pregunté si el licenciado Chong no sería uno de los títeres manejados por los extraterrestres a los que la Organización Aniquiladora de Reptilianos había declarado la guerra.

—Tienes que entender que lo que me pides es contrario a la ley. Si no te identificas debidamente como el heredero, no puedo proceder. Se me ocurre que puedes traer a dos testigos que den fe de que eres quien dices ser. Aquí mismo podemos levantar el acta notarial. Claro que ello no estaría incluido en los honorarios que dejó cubiertos tu padre.

¡Hijo de puta! Incluso en esos momentos estaba dispuesto a hacer negocio. Pero yo venía preparado. A esta clase de sujetos no

le gusta ser testigos de la degradación de un hombre.

—Usted me conoce desde que soy niño —dije en voz alta, con un nudo en la garganta y los ojos húmedos—. Usted era un invitado de honor en la casa de mi padre, me tuvo en sus piernas, me enseñó tantas cosas... Yo lo considero como un segundo padre, un tío para mí. Usted sabe cómo era él, no teníamos relación con ningún familiar, usted era nuestra única familia. Tenía que haber escuchado a mi madre con el respeto y el cariño con que se expresaba de usted. Se lo pido por favor.

No dejé de ver a sus ojos mientras soltaba el soliloquio. Tenía que entrar de alguna manera en ese corazón seco y agrietado como un limón viejo. No pudo sostenerme la mirada, mi lloriqueo le provocaba repulsión. Estaba seguro de que el licenciado Chong nunca había llorado. Me derrumbé en la silla. Escondí la cara entre mis manos y aumenté mis sollozos. A través de los dedos vi cómo desplazaba el manojo de llaves sobre el escritorio hacia mí sin que su cuerpo se despegara del respaldo del asiento. Me pareció divertido ese muñeco tieso lleno de una dignísima piedad.

—Prométeme por la memoria de tu padre que antes de una semana me traerás el acta y la credencial. No sabes en qué problemas me metes si no lo haces.

—Cuente con ello.

—Prométemelo.

—Se lo juro por la memoria de mi padre.

Dejé el despacho del licenciado Chong en medio de abyectas reverencias de gratitud. El aire frío de principios de diciembre me envolvió y aplacó mi euforia. Conté el dinero que le había robado al inquilino. Me quedaban seiscientos sesenta pesos. Decidí tomar un taxi. A una cuadra había un sitio. Cuando abordé el coche, intenté darle la dirección de la casa de mi niñez al taxista pero no me acordaba del nombre de la calle. Lo fui guiando mediante indicaciones por las calles de San Jacinto Río Muerto, que ya se preparaba para despedir el año. Podía olerse en el ambiente esa mezcla de cansancio y excitación que trae consigo el último mes.

Los muebles cubiertos por sábanas blancas, al momento de abrir la puerta, me parecieron espectros congelados. Las persianas y las cortinas estaban echadas: la luz invernal del mediodía se filtraba por los resquicios, sumiendo a mi antiguo hogar en una atmósfera de agradable melancolía. Todo estaba exasperadamente ordenado. Sólo la leve película de polvo, el olor a encerrado y las sábanas blancas indicaban que esa casa pertenecía a un difunto. El licenciado Chong había hecho un excelente trabajo como albacea.

Me dirigí al piano de pared y lo descubrí con un gesto lento y temeroso. Parecía conservarse en buen estado. Mudo, con la tapa cerrada, inmune al tiempo, me dio la impresión de que se trataba de un organismo vivo lleno de reproches. ¡Tócame!, parecía decirme. Abrí la tapa: el teclado estaba inmaculado. Mi dedo índice saltó de aquí a allá arrancándole notas mucho menos desafinadas de lo que pensaba. Me senté y empecé practicar las escalas mayores. De inmediato me vino a la mente el lobby del hospital y Dionisio interpretando a Satie. Luego las imágenes se sucedieron una por una de forma pausada, como si alguien muy aburrido pulsara cansinamente el botón de un proyector. Mi padre y Dionisio al piano, mi padre en la cama del hospital, Dionisio tocando a Rajmáninov, a Liszt, doña Mercedes pidiéndome que me fuera, doña Mercedes degollada. Retiré las manos del teclado, las teclas parecían tizones. Me puse en pie y me alejé del instrumento presa de un horror que no entendía. El maldito piano ahora me hablaba con la voz aguda y amanerada del niño que fui.

—No puedo, padre, le juro que lo intento pero no me sale.

—La práctica hace al maestro, vamos, una vez más —replicó la voz de mi padre.

—¡Cállate! —le grité al instrumento.

El piano enmudeció. Me alejé de él y comencé a recorrer la casa. Me asomé al patio. El jardín que con tanto esmero había cultivado mi madre durante todos esos años en que vivió presa en esa casa había sido devorado por la maleza. En las paredes del largo pasillo que conectaba la sala con la salida al patio seguían colgados los retratos de Mozart, Beethoven, Bach, Wagner, Schubert, Brahms, con sus ceños fruncidos, sus miradas de genios atormentados, su expresión enajenada. ¡Cuánto miedo me provocaban de niño! Los descolgué uno a uno y los arrojé al patio. Desaparecieron entre la mala yerba. Me asomé al que había sido mi cuarto. Un montón de cajas se apilaban al centro, no había rastro de los muebles que lo habían ocupado. Encontré la habitación de mis padres intacta. Las dos camas individuales separadas por el buró de noche estaban impecablemente hechas. Me acosté sobre la que solía dormir mi madre. Su aura humillada y tierna permanecía entre las sábanas. Me cuerpo se hundió en el viejo colchón de muelles vencidos. Caí en cuenta de que hacía mucho tiempo que no dormía en una cama. Cerré los ojos. Me sumí en un profundo sueño.

XII

Encerrado con los fantasmas de mis padres en el viejo hogar donde había nacido, inicié una especie de terapia ocupacional. Sólo dejé la casa para ir a la tienda de la esquina y gastarme los seiscientos pesos que quedaban del dinero del inquilino en comida y una garrafa de cinco litros de Viva Villa en honor a los tiempos del campamento de mendigos. Me había acostumbrado a comer poco, así que mantenía una dieta frugal a base de arroz, frijoles y tortilla. Por las noches me emborrachaba para poder tocar el piano. Encontré en el trastero del patio las viejas herramientas de jardinería de mi madre y empecé a restaurar el pequeño jardín. Dedicaba toda la mañana a limpiarlo de la mala yerba y a tratar de rescatar las plantas que habían sobrevivido, las más resistentes. No tenía mayor conocimiento de jardinería que el que mi madre había tratado de inculcarme de niño. Pero el resultado de mis esfuerzos carecía de importancia. Arrancar maleza, escarbar, regar la parcela me permitían tener la mente clara y despejada para conversar con mi madre. De los reproches por su abnegación y complicidad fui pasando a las preguntas. Pero el fantasma de mi madre, como en vida, era mudo. Aun así, en su silencio fui encontrando las respuestas que me daban fuerza para enfrentar al otro fantasma, el de mi padre.

Por las tardes veía un poco la tele en el viejo aparato, grande y macizo, que había presidido la sala desde que tenía memoria. No tenía acceso a Internet ni al servicio de cable, así que me conformaba con la media docena de canales que captaba la antena, entre ellos, el de la televisora de San Jacinto Río Muerto. En el noticiero, Dionisio y el asesinato de los dos policías pronto pasaron a un segundo plano y la rutina escandalosa que vocean los medios como si fuera el fin del mundo siguió su curso.

Por las noches, después de templarme con unos tragos de

aguardiente, me sentaba al piano a discutir con el fantasma de mi padre. Había logrado acallar las voces del piano tocando viejas melodías de jazz, *rhythm and blues* y rocanrol; ninguna partitura de los grandes maestros que durante años había interpretado en ese piano bajo la estricta mirada de mi padre. Su fantasma reventaba de coraje, consideraba aquello como una profanación. Entonces aporreaba el teclado con más fuerza, dispuesto a que ardiera al modo de Jerry Lee Lewis en *Grandes bolas de fuego*. Mi comportamiento era infantil, cierto, pero mantenía a raya a ese espíritu insano, cuya toxicidad me había llevado a ese punto. Hasta que un día, el cuarto desde mi llegada a la casa, me dijo que estaba harto de que lo culpara de mi inútil, patética y parásita vida y anunció que se largaba unos días a otra parte. El fantasma de mi madre despareció junto con él, lo que hizo sentirme una vez más traicionado.

Las vacaciones de los espíritus paternales coincidieron con la llegada de mi esposa y mi hija. Me encontraba trabajando en el jardín cuando me pareció escuchar el timbre de la casa. Lo ignoré pensando que sería algún mendigo, un vendedor o un testigo de Jehová (era domingo). La insistencia del timbre me obligó a dejar lo que hacía y acudir a la entrada. Me asomé por la mirilla y ahí estaban: mi mujer tratando de otear al otro extremo de la mirilla y mi hija unos pasos más atrás, ensimismada en el celular. Mi primera reacción fue la de no abrir, guardar silencio y esperar a que se aburrieran y se marcharan. La voz de mi esposa llegó hasta mí a través de la puerta:

—Sé que estás ahí, Gregorio, el licenciado Chong me avisó que habías vuelto. Abre, tenemos que hablar.

¡Licenciado hijo de la chingada! Recargué mi espalda en la puerta y traté de pensar. Por segunda vez en muy poco tiempo mi destino dependía de abrir o no una puerta. Las implicaciones de no hacerlo me abrumaron. Pero dejar entrar a esas dos mujeres de nuevo en mi vida era algo que ni siquiera me había planteado. Como si hubieran dejado de existir y de repente aparecieran por arte de magia.

—Abre, por el amor de Dios, tu hija te necesita. Han pasado algunas cosas muy feas que tienes que saber.

¿Mi hija me necesitaba? ¿Esa zombi? La sola idea de que alguien dependiera de mí me provocó náuseas. Estaba acorralado. Al fin decidí abrir la puerta. La expresión de horror que adoptó mi mujer al verme me hizo retroceder buscando las sombras de la casa como si fuera el hombre elefante. Mi hija, por un instante, dejó de ver el

celular y me contempló boquiabierta.

—Pasen —dije desde el fondo del recibidor.

Las dos mujeres titubearon, luego, mi esposa aspiró profundamente para darse valor y traspasó el umbral seguida de mi hija. Los tres nos quedamos de pie, sin saber qué hacer ni decir. Le pedí a la nena que cerrara la puerta. Me hizo caso movida por un temor incierto. Mi esposa pasó el brazo por los hombros de su hija, mi hija, nuestra hija. ¡Qué absurdo! Las invité a instalarse en la sala y les ofrecí café (soluble, el único que tenía, de una marca endiabladamente mala pero muy barata).

—Agua está bien —dijo mi esposa.

—¿No te importa si es de la llave?

—Mejor no, no queremos nada, sólo vinimos de pasada.

Mi mujer se empequeñecía poco a poco como si la estancia se agigantara a su alrededor. Mi hija no dejaba de contemplarme.

—¡Qué flaco estás! —exclamó—. Y diferente, no sé, no pareces el mismo. Das miedo.

Me eché a reír. Mi hija en esos poco más de seis meses no parecía haber cambiado nada, seguía siendo esa avispa implacable en los cojones. Nos sentamos los tres en los suntuosos y alcanforados sillones de mis padres.

—¿Por qué? —preguntó mi esposa.

Guardé silencio. Decidí seguir con la mentira que había creado frente al notario.

—La muerte de mi padre me afectó mucho, necesitaba un tiempo lejos de todo. Emprendí un largo viaje por todo el país.

—Pero si lo odiabas —dijo mi mujer. Mi hija había vuelto a su celular.

—Por eso mismo, me dolió mucho no haber tenido tiempo de reconciliarnos, de hacer las paces.

—¿Y en dónde estuviste, si se puede saber?

—Aquí y allá, por todas partes.

—¿Y de qué vivías? No te llevaste ni tus documentos ni tus tarjetas ni dinero, nada.

—Tocando el piano en bares, restaurantes, cosas así.

—No me mientas, Gregorio, nunca te fuiste de la ciudad. Aquella vez en la casa, cuando te sorprendí en el patio...

—¿De qué hablas?

—No te hagas, Gregorio, por favor, eras tú. Parecías un pordiosero pero yo sé que eras tú.

—No sé de qué hablas, me fui, viajé por todo el país, hace apenas unos días que regresé.

—¡Gregorio, por Dios, crees que soy idiota!

Mi mujer acababa de gritar. Mi hija se sobresaltó. Yo agaché la cabeza compungido pero sereno, dueño de la situación.

—Si has venido a interrogarme, a cuestionarme, a insultarme, a humillarme, como siempre lo has hecho, déjame decirte que ya no soy el mismo, no tengo que darte ninguna explicación de nada. Así que, ¿qué quieres de mí?

—Tal vez a mí no me debas ninguna explicación, pero a tu hija sí, es tu hija, entiendes, tu hija.

Mi esposa siempre había abusado del melodrama.

—Nena, te pido perdón por lo que hice, necesitaba alejarme por un tiempo, es todo, espero que lo entiendas y puedas perdonarme.

Mi hija levantó el rostro del celular, me observó unos segundos, se encogió de hombros y sonrió hastiada.

—Ya está, listo. ¿Ahora qué? —dije con mi sonrisa más encantadora, que en el estado físico y emocional en que me encontraba, ha de haber parecido la mueca de un canalla.

—A los meses de que te fueras, nos mudamos con mi madre y renté la casa a un muchacho para poder tener un dinerito, nos dejaste en la calle, ¿sabes? Hace dos días los vecinos avisaron a la policía, lo encontraron acuchillado. Parece que se trató del robo de un drogadicto.

Ni siquiera parpadeé. Esperé a que mi esposa siguiera hablando. Comenzaba a despertarme un amago de ternura, un sentimiento reconfortante, tranquilizador, mucho mejor que el amor, sin duda. Pero se quedó callada y el silencio se transformó en desamparo.

—¡Qué fuerte! ¿Lo mataron en la casa? ¿Ya agarraron a alguien? ¿Tienen a algún sospechoso?

—Lo encontraron en el baño, tenía varios días, los vecinos dicen que toda la cuadra se apestó horrible. La policía dice que lo más seguro es que haya sido un drogadicto que entró a robar, se topó al muchacho, se puso nervioso y lo mató. Era un mariquita muy agradable, no se retrasó ni un mes con los pagos. Vivía solo, muy buena persona.

—¿Hay algún testigo, los vecinos vieron algo?

—¡Ay, Gregorio, qué va a haber nada! Los policías anduvieron preguntando en la cuadra y nadie vio ni escuchó nada. Ayer me di una vuelta por la casa y la Toñis, ¿te acuerdas de la Toñis?, vive justo enfrente, me dijo que según esto habían agarrado a un par de vagos de la colonia y que la policía dijo que ellos habían matado al muchachito. Fui a limpiar el cochinero, casi me vomito. Cerré con doble llave, no pienso volver jamás a esa casa. Haz con ella lo que

quieras.

De pronto entendí las intenciones de mi esposa.

—¿Quieren venirse a vivir aquí conmigo? ¿Por eso vinieron? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

Mi hija emitió un gemido como el de un cachorro soñando. De nuevo tenía su atención. Estaba aterrada, pendiente de la respuesta de su madre.

—Bueno, no sé —balbuceó mi mujer—. La verdad, cada vez se me hace más difícil vivir con mi madre, se la pasa diciéndome cómo debo de educar a la nena. Y ésta no ayuda mucho con sus groserías y desplantes. Y a pesar de todo tú y yo seguimos siendo marido y mujer, ¿no?

—Les propongo algo —la interrumpí—. Pueden instalarse aquí conmigo, en el que era mi cuarto. Está hecho un desmadre pero lo podemos acondicionar. Podemos vivir como amigos, no sé, como si yo fuera un tío o algo así. Compartimos el techo. Y vamos viendo qué pasa, tal vez con el tiempo logremos volver a ser...

—¡Estás loca, mamá, si crees que voy a vivir con él! ¿Pero no ves lo que nos hizo? ¿No ves en lo que se ha convertido? Prefiero vivir con la abuela.

¿En qué me había convertido según mi hija?

Una vez que se marcharon me quedé preocupado por su comentario. ¿Qué adivinaba la mocosa? ¿Qué sabía? Mi esposa, antes de irse, me pidió tiempo para pensarlo. Le dije que no había problema. Solo de nuevo, sopesé la proposición que acababa de hacerles. Necesitaba recuperar el mundo al que según el Tachuelas, Dionisio, Brisa, pertenecía: una fachada. Y ellas eran la fachada perfecta.

XIII

Tres días después, al atardecer, el viejo Tsuru se detuvo frente a la casa de mis padres y de él descendieron mi mujer y mi hija. Las maletas, bolsas y mochilas que se amontonaban en la parte de atrás me confirmaron que habían aceptado mi oferta. Mi esposa se presentó con un talante conciliador, mi hija hacía todo lo posible por ignorarme. Nada parecía haber cambiado.

Se instalaron, según lo acordado, en mi antiguo cuarto. Con el paso de los días la casa comenzó a tener una apariencia de hogar triste pero reconfortante. La cocina olía a grasa y aceite, los muebles brillaban, los suelos despedían un tranquilizador aroma artificial a lavanda, las paredes acumulaban el calor de nuestros cuerpos, el sonido de nuestras voces, humanizándose. Resultó que la relación con mi esposa —por ser una no relación— funcionaba mucho mejor que antes de mi partida. Una cortesía distante pero afectiva nos permitía convivir en los espacios comunes sin toda esa tensión que habíamos acumulado producto de la enorme decepción que nos provocábamos mutuamente. Al no esperar nada del otro, al no tener que comunicarnos (está muy sobrevalorada la comunicación por todos esos merolicos del vacío), al carecer de expectativas, nuestros breves encuentros a la hora del desayuno y la comida, al caer la noche frente al televisor, rezumaban una aceptable concordia. Éramos como dos ancianos esperando la muerte.

No cambié mucho mi rutina. Por las mañanas continué entregado al cuidado del jardín de mi madre, con la esperanza de que su fantasma reapareciera. Por las noches, en lugar de tocar el piano —con mi esposa y mi hija en la casa me daba un cierto pudor —, me dediqué a leer las biografías de los grandes compositores que mi padre había coleccionado durante buena parte de su existencia. Se trataba de unas ediciones de lujo de la editorial Aguilar que

encontré guardando polvo en el pequeño librero instalado a un lado del piano.

Mi mujer acudía a su trabajo de medio tiempo que había encontrado poco después de mi abandono. Era recepcionista en el consultorio dental de un primo lejano. Mi hija, cercana a cumplir los dieciséis, cada vez se mostraba más independiente, entraba y salía un poco a su antojo. A veces escuchaba las discusiones que mantenía con su madre relacionadas con permisos y castigos. No intervenía, los predecibles peligros de su edad me eran totalmente indiferentes. Sólo esperaba que no fuera tan imbécil como nosotros, y antes mis padres, y los padres de mis padres, y no terminara embarazada.

Mi esposa, cuando me largué, había guardado mis documentos, mis tarjetas bancarias, en fin, todo aquello que me daba una identidad, un ser. Al recuperarlos, acudí nuevamente con el licenciado Chong y formalicé la herencia de mi padre. La vieja casa en la que había nacido y crecido por fin me pertenecía. No sentí ninguna emoción especial. También tuve acceso a la cuenta bancaria. La cerré y deposité los seiscientos veintidós mil pesos con treinta centavos en la mía. Puse a la venta nuestra casita Infonavit en donde había acuchillado a un sujeto que, a decir de mi mujer, no le hacía ningún mal a nadie. Por un tiempo no tendría que preocuparme por mi economía.

Entonces tuve una idea que en ese momento me pareció brillante pero que después lamentaría: le propuse al licenciado Chong que se convirtiera en el abogado de Luis Carlos Rincón Jourcenar, alias Dionisio. Estaba dispuesto a ofrecerle la mitad del dinero heredado a cambio de ello. El notario, de entrada, se extrañó de mi encargo y quiso saber mis razones. Le dije que las dos únicas condiciones que ponía eran que no preguntara la causa de mi petición y que me mantuviera informado del proceso. Le ganó la codicia y aceptó. Por no ser un abogado penalista, me dijo, pondría el caso en manos de su hijo y socio, que sí lo era. Estuve de acuerdo siempre y cuando fuera él personalmente quien me mantuviera al tanto, no quería tener tratos con ningún Chong júnior.

Llegaron las fiestas decembrinas. La fachada familiar que nos empeñábamos en sostener mi esposa y yo resistió la sensiblería propia de la época. Incluso, todo ese asunto del amor y la paz en el mundo alimentado a golpe de tarjeta de crédito terminó filtrándose en nuestro hogar y por momentos parecíamos tocados por el embrujo burgués, que en esas fechas del año engorda sin mesura. Compramos la docilidad de la nena con un iPhone última

generación, ropa exclusiva y un perfume carísimo.

Se presentó el nuevo año y el planeta continuó su marcha.

Como supuse, el hecho de que Dionisio tuviera un abogado prestigioso y caro, hizo que las acusaciones de la fiscalía cayeran como frágiles fichas de dominó. En este país, ya se sabe, únicamente los pobres están en la cárcel. En el caso del homicidio de los policías, la Procuraduría no tenía mayor sustento que mi llamada anónima. La sistemática tortura a la que fue sometido Dionisio no le arrancó ninguna confesión, aspecto con el que también contaba, Dionisio se veía a sí mismo como un mártir. Los cómplices que podían haberlo delatado se hallaban a cientos de kilómetros, tal vez fuera del país. En cuanto al supuesto asesinato de su esposa, el tiempo transcurrido, la falta de pruebas contundentes y la desidia de la policía resultaron en lo mismo. El licenciado Chong me informó a finales de enero que antes de marzo Dionisio volvería a pisar las calles. Como también supuse, Dionisio nunca me delató ni a ninguno de los participantes en el homicidio, era demasiado soberbio para ello.

¿Qué haría llegado el momento? ¿Lo buscaría? Yo era el autor del encarcelamiento de la Mónada Perfecta y de su liberación. Si alguien merecía el calificativo de divino era un servidor. Hubiera querido que Brisa atestiguara esa obra maestra. Desgraciadamente no podía compartirla con nadie. Me sentí un poco frustrado.

El licenciado Chong me convocó de urgencia a su despacho el último día de febrero. Tenía que darme una gran noticia: esa mañana habían liberado a Luis Carlos Rincón Jourcenar. Grogui por la noticia como un viejo boxeador al que le conectan en la oreja, del aturdimiento poco a poco pasé a la angustia. Finiquité la cuenta por los servicios y salí del despacho con el deseo de no volver nunca a ese lugar.

Extrañamente me envolvía una sensación de melancólica impotencia, esa misma que, según Nietzsche, provoca la música de Brahms. ¿Se daría mi reencuentro con Dionisio? ¿Quería verlo de nuevo? Un vacío casi sólido me golpeó violentamente en el estómago. Me puse a caminar por las calles del centro tratando de ahuyentar esa enorme boca negra que parecía tragarme. Estuve horas vagando, desorientado, indiferente a lo que me rodeaba. Ahí estaba de nuevo, acechante, un viejo enemigo que torna después de haberlo derrotado: el proyecto de vida. En marzo cumpliría cuarenta años, dado los adelantos médicos, me quedaban por delante al menos treinta. La idea me era insoportable.

Regresé a mi casa pasada la medianoche, deprimido, exangüe.

En la sala, iluminada tan solo por la pantalla del televisor, encontré a mi esposa absorta en un programa de telemarketing. Vieja y derrotada, cuando la saludé, me contempló como si fuera un fantasma. Tal vez lo era.

—¿No puedes dormir? —le pregunté.

—Mira la hora que es y tu hija no regresa. ¿Podrías decirle algo, por favor? A mí ya no me hace caso.

Iba a dar la una de la mañana.

—Ése no fue el trato.

—¿Qué trato?

—El que aceptaste cuando vinieron a vivir aquí.

Mi esposa, de pronto, montó en cólera.

—¡Qué trato ni qué la chingada! También es tu hija, cabrón desobligado, así que te esperas aquí conmigo a que llegue y le lees la cartilla, la castigas, no sé... ¡Te comportas como su padre, cobarde!

Mi esposa gritaba a unos pocos centímetros de mí. No tenía ganas de discutir, ni en ese momento ni después. Así que le crucé la cara de un puñetazo con tanta fuerza que la senté en el sillón.

—Hicimos un trato y lo vamos a respetar —le recordé y me fui a mi cuarto. Mi mujer se quedó en la sala gimoteando.

Media hora después hojeaba la biografía de Beethoven, cuyo apellido, ilustraba el biógrafo, quiere decir granja de remolachas, y cuyo padre, de niño, lo despertaba en la madrugada para que deleitara a sus invitados al piano. Unas voces me distrajeron de la lectura. Mi hija había llegado. Presté atención a las palabras que poco a poco subían de tono. Mi esposa reclamó a la nena la hora de llegada y el hecho de que vistiera como una puta, lo cual era cierto. Mi hija le respondió algo relacionado a vivir conmigo. Después escuché un bofetón y de inmediato a la nena explotar en llanto. Luego un portazo. Luego el silencio. Continué con la lectura unos minutos más hasta quedarme dormido.

En la madrugada me despertó la música del piano. Pronto distinguí las notas de la *Gymnopédie n.° 1*. Recorrí el pasillo de la vieja casa de mis padres muy despacio, temía aquello que podría encontrarme al otro extremo. Me asomé con cautela. Ahí estaba, el fantasma de mi padre tocando la pieza de Satie. La armonía que exultaba se acoplaba a la perfección con la decadente melodía del francés. Me senté en uno de los sillones de la sala a escucharlo casi con devoción. ¡Qué belleza! Distinguí a través de la ventana al fantasma de mi madre trabajando en el jardín. Me invadió un dulce bienestar que hubiera querido que se instalara perpetuamente. Al

terminar de interpretar la composición, el espíritu de mi padre se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Es imaginable un ciudadano que no posea un alma de asesino?

Sonreía afable, como un abuelo frente a su nieto. El fantasma de mi madre se acercó a la ventana y asintió dulcemente. Me levanté y me dirigí hacia el espectro. Con los dedos recorrí el reflejo de su figura en el cristal, su piel agrietada, su cabello cenizo. El fantasma de mi madre también sonreía, y su sonrisa me transmitió un chispazo de felicidad escalofriante. En ese momento, como si la electricidad que había recorrido mi espinazo hubiera fundido el reflejo de mi madre en la ventana, se desvaneció y en su lugar apareció el rostro de Dionisio. Me hice atrás del susto. La Mónada Perfecta me contemplaba desde el patio de mi casa con una furia cósmica, como si la fuerza de gravedad de todos los astros de una galaxia se hubieran dado cita en sus pupilas. Con un gesto, me invitó a salir. Le hice caso. Había algo de hipnótico en su invitación. Dionisio se había ubicado en el centro del rectángulo de poco más de cien metros cuadrados. A su espalda, el jardín de mi madre volvía a florecer.

—Buenas noches, Gregorio.

—Buenas noches, Dionisio, o mejor te digo doctor Rincón Jourcenar. ¿Cómo me encontraste?

—¿Acaso no querías que te encontrara?

Me encogí de hombros. Un gesto del que me arrepentí de inmediato por su vulgaridad. Sólo estaba ganando tiempo.

—Tu padre me confió muchas más cosas de las que crees antes de matarlo. Si salgo de ésta, solía decirme, quiero que vengas a tocar a mi casa. Me explicó cómo llegar aquí por si se ofrecía; también me contó que todos los días afinaba el piano con la ilusión de que alguien llegara a tocarlo. Tenía muy claro que tú no lo harías nunca.

—Mi padre era un hijo de puta. Deja de hablar de él como si lo conocieras, no tienes ni idea de quién era. Detrás de ese anciano desvalido al que, por cierto, asesinaste, se escondía un verdadero tirano.

—También en la muerte hay piedad, Goyito. Veo que ha vuelto el hombre de familia. ¿Por eso destruiste nuestro sueño?

—No te entiendo. No sé de qué hablas.

—Sé que fuiste tú quien nos denunció a la policía. ¡Qué gran cínico eres Goyito! ¿Sabes por qué no te puse el dedo? Porque esperaba este momento.

—Yo no denuncié a nadie.

—Di la verdad, hombre, no seas cobarde.

Estaba empezando a hartarme de que todo el mundo me llamara cobarde. Guardé silencio.

—Durante todo este tiempo en la cárcel me preguntaba por qué lo hiciste, por qué acabaste con la comuna. Tenía tantos planes para ti, para nosotros. Estaba preparando el momento de mi partida para expandir mi obra por el país, por el mundo, y creí, llegué a estar completamente seguro de que tú podías ser la piedra sobre la que edificar mi Iglesia. Pero decidiste echar por la borda todo lo que habíamos construido. Pensaba que Brisa había sido la causa. Al final concluí que estabas destinado a ello, está en tu naturaleza. Entendí que desde el momento en que te acepté en el parque estaba dando entrada a nuestra destrucción. Supe que eras una prueba. Ahora estoy aquí para empezar de nuevo, mi obra debe continuar, levantaré de las cenizas la comuna.

—¡Estás loco! No existe eso que llamas *tu obra*. Nada más es un montón de mendigos egoístas, asustados, ignorantes, gentuza a la que lograste engañar.

—Pobre Goyito maestrito de música, sigues siendo la puta sombra de lo que tu padre quiso que fueras. Por lo menos él se atrevió a soñar.

Escuchar esas palabras en boca de Dionisio, esa definición que yo mismo me había aplicado tantas veces, me desconcertó. Me distraje y el doctor Luis Carlos Rincón Jourcenar aprovechó el momento para saltar sobre mí. Caí de espaldas con sus dedos atenazados en mi cuello. Quería matarme con sus propias manos. Tenía una fuerza descomunal. Traté de librarme de esas tenazas que apretaban mi gaznate. No podía moverme aprisionado bajo el peso de Dionisio. Comencé a sentir los estragos de la asfixia. Supe que no lograría desembarazarme de sus dedos largos y delgados engarzados en mi cuello; unos dedos que, contrario a su apariencia, parecían finos cables de acero. A punto del desmayo, con el último grado de conciencia que me quedaba, con la fugaz lucidez que precede a la muerte, mi obligué a golpear al mismo tiempo sus orejas con las palmas de mis manos. Sentí cómo sus dedos aflojaban la presión en mi garganta y por un instante aprecié en sus ojos el vahído que le había provocado mi golpe. Encogí con fuerza mi rodilla derecha y logré impactar con el muslo en su ano, desplazándolo hacia adelante. El lóbulo de su oreja apareció a escasos centímetros de mis dientes. Lo mordí y comencé a tironear como un perro tironea de su presa. Me di cuenta de que me había desembarazado del

miedo que Dionisio me provocaba. Mis sentidos percibían aquella realidad única, precisa y contundente de forma diáfana. Los olores que despedía el cuerpo de Dionisio, que gruñía aún sobre mí, llegaban no como una amalgama, sino diferenciados por su procedencia. Podía incluso clasificarlos por su grado de intensidad y podredumbre. Los puñetazos que la Mónada Perfecta me propinaba en el cuello y la cabeza para que soltara su oreja, eran absorbidos por mi piel como si se hubiera transformado en un campo gravitatorio ineludible. Me di cuenta de que el dolor era una sensación grata y reconfortante, una caricia sensual que recorría mi cuerpo con enorme sabiduría. Me supe invencible. Me quité a Dionisio de encima de un empujón y aproveché su movimiento involuntario para situarme arriba de él. Puse mi mano sobre su rostro divino, brillante, deseoso del fin, me pareció, mientras tentaba a mi alrededor en busca de un objeto con el que golpearle en la cabeza. Tuve la suerte de dar con una azada de mango corto. En el extremo opuesto a la azada se extendía una punta filosa que penetró medio centímetro en la sien de Dionisio. Había lanzado el golpe con el entusiasmo de un director de orquesta al momento de desplazar la batuta. Inhalé profundamente un par de veces y con el aire llegó la suficiente determinación como para descargar con la punta de la azada una serie de impactos en el cráneo de la Mónada Perfecta. Cuando detuve el martilleo, que por un instante parecía superar mi voluntad, observé a Dionisio: su cabeza me evocó a la de Trotski perforada por el piolet en manos de Ramón Mercader.

Cuando terminé de enterrar a Dionisio en el jardín de mi madre, clareaba ya en el horizonte. Me dirigí al interior de la casa. Estaba sin aliento y sentía vértigo: acababa de asesinar una idea. Poco a poco entendí que, más allá de haber actuado en defensa propia, había restituido una especie de orden universal. Si en un principio no tenía muy clara la razón por la que quise que Dionisio fuera excarcelado, ya no me quedaba duda: yo era el guardián de lo inamovible. La idea me tranquilizó. Con la ropa manchada de tierra y salpicada de sangre, entré en la cocina. Encontré a mi mujer preparando café.

—¿Quieres? —me preguntó. Tenía el ojo izquierdo hinchado y magenta producto del puñetazo que le había dado unas horas antes.

¿Me habría visto matar y enterrar a un hombre?

—Sírveme un poco, por favor. Se me espantó el sueño en plena madrugada y me puse a trabajar en el jardín.

Se acercó más de lo necesario. Hacía mucho tiempo que no la sentía tan próxima. Me sonreía aterrada. Sus ojos transmitían una

temerosa abyección que me reconfortaba. El calor de su cuerpo dócil me despertó una magnánima ternura. Acaricié con el pulgar su cardenal. Escondió la cara temerosa.

—Tranquila, todo va a estar bien.

—Lo sé. ¿Te preparo el desayuno? —dijo mientras me tendía la taza.

Asentí.

Me dio la espalda y se puso a cocinar. El primer trago de café, ese primer trago delicioso, insustituible, me terminó de devolver el aplomo. Con la taza en las manos me asomé al patio. El cuerpo de Dionisio alimentaba las flores del jardín de mi madre. De acuerdo con el principio de razón suficiente, excluimos toda verdadera contingencia, aceptamos un determinismo universal y rechazamos el libre albedrío. Así que no tenía ninguna importancia lo que había sucedido unas horas atrás ni el comportamiento que guardaba mi esposa o mi hija o quien fuera a mi alrededor: al matar a Dionisio me había convertido en el profeta de la Mónada Perfecta, todo en mi esencia estaba lleno de sentido.

XIV

Ésta es mi historia. Aunque más que una historia es mi camino a Damasco. He querido contarla porque desde la noche en que asesiné a Dionisio, a la Mónada Perfecta, hace ya dos años, un atisbo de culpa ha ensombrecido mi obra. He pretendido arrojar luz sobre unos acontecimientos extraordinarios, alejados de la razón, para alcanzar mi propia indulgencia. Imagino que no existe pastor de almas que en algún momento no flaquee en su infalibilidad y los remordimientos lo atormenten. He sido minucioso y sincero porque la tarea así lo requería. No esperaba menos del resultado: toda utopía necesita de mártires, pero sobre todo, de quienes traicionan la esencia misma que la sustenta para que perdure. Ahora entiendo que una de las losas que debo cargar en mi conciencia, más allá del dolor de la humanidad, de su miseria, de su irremediable vocación de plaga, es la de haber sido el agente destructor del gran sueño de Dionisio y, paradójicamente, su perpetuador.

La noche envuelve lentamente el templo. Los feligreses hace rato que se han marchado. Con ellos mi mujer y mi hija, que me aguardan en la que fue la casa de mis padres. Ambas han sido fundamentales para llegar a este gran día. La sumisión de mi esposa, su abnegación, su renuncia a los placeres de esta vida la han convertido en un ejemplo entre los seguidores de nuestra Iglesia. En cuanto a mi hija, su inescrutable don contagia como un virus a los integrantes de la Iglesia Única de los Pobres del suficiente coraje para enfrentar el escarnio al que nos somete este mundo cuyo fin se acerca inexorablemente. Ellas han sido dos resistentes e inamovibles pilares sobre los que a lo largo de estos dos años he construido la gran obra que nos salvará de la destrucción. Sobre todo la nena: aquella muchachita perdida en la banalidad de la sociedad contemporánea, en su egoísmo sangrante, en su individualismo catatónico, fue tocada un buen día por la gracia de la Mónada

Perfecta. Muy a su pesar, en sus manos fue depositado por designio divino el gran poder de sanar a los enfermos, de consolar a los desconsolados, de aliviar a los sufrientes. Ocurrió un día en que apenas sentaba las bases de nuestra Iglesia. Al principio ni mi mujer ni mi hija atinaban a comprender los alcances de mi empeño. El día siguiente de asesinar a Dionisio, las sorprendí tratando de huir. Les hablé de la revelación que había tenido y de mi propósito en la tierra. Sé que en ese momento me veían como a un loco. Reconozco que tuve que ser drástico. Les juré que si no obedecían mis designios, si trataban de escapar nuevamente, no habría lugar en el mundo donde podrían esconderse de mi ira. Las encerré en la casa de mis padres bajo un estricto régimen de adoctrinamiento. Mi hija intentó fugarse una vez más. La encadené a su cama y la castigué con severidad paternal. Contaba con la aprobación y el ánimo del fantasma de mi padre, que había reaparecido junto con el de mi madre, abnegadamente feliz. Poco a poco, el miedo y el sometimiento forzoso dieron paso a la liberación de sus espíritus y abrazaron la nueva vida que les proponía. En ese momento eran pocos los seguidores que se acercaban a escuchar el mensaje de la Mónada Perfecta. Un día, llegó al modesto templo una mujer con un niño en brazos enfermo de dengue. Su pobreza le impedía acceder a algún tipo de tratamiento y el infante estaba condenado a morir. Supongo que alguien le habló de nuestra Iglesia. La desesperación, la falta de respuestas de ese Dios borracho de poder, el de los católicos, la empujaron a encomendar la vida de su hijo a la Mónada Perfecta. La nena se encontraba ahí en contra de sus deseos. Un impulso que en el momento nos pareció inexplicable, pero que a la luz de los acontecimientos entendimos que fue providencial, llevó a mi hija a acariciar la frente del chiquillo, agonizante en fiebre, y a brindarle unas palabras de consuelo. Se trataba del primer gesto de solidaridad que yo atestiguaba en la corta vida de la nena. Al día siguiente la mujer irrumpió en nuestra misa proclamando a gritos que se había producido un milagro: su hijo había amanecido curado. Pronto se corrió la voz por la colonia, la ciudad y la región. En cuestión de meses la Iglesia Única de los Pobres contaba con miles de entusiastas seguidores que abrazaban la sencilla pero peregrina doctrina de la Mónada Perfecta: tender la mano al necesitado, al enfermo, al doliente. Abolir el yo, esa carga obsesiva, esa enfermedad de nuestro tiempo, para entregarse a un nosotros solidario e invencible, como lo pretendía Dionisio. Mi hija, de la noche a la mañana, se había convertido en un instrumento divino. Al principio se resistió a creerlo, incluso quiso suicidarse.

Nada pudo contra la providencia. Cuando los milagros se multiplicaron, cuando aquellas pobres almas comenzaron a postrarse a sus pies para agradecerle por la salud, el trabajo o el amor que llegaban a sus vidas por conducto de ella, la nena, por fin, sufrió una conversión definitiva y se convirtió en la Mónada de los Milagros. Gente de mucho dinero, ricos y poderosos, desesperados porque su propia vida o la de sus hijos, padres o esposas estaba amenazada por alguna enfermedad incurable, acudían a nosotros con la cartera abierta. Delincuentes en la cima de su carrera criminal comenzaron a creer que esa adolescente pálida y virginal, muda y de mirada ausente como un ánima, les garantizaba una protección divina. Con el dinero se multiplicó la caridad y con la caridad, la fe ciega.

Hoy es un gran día para los miembros de la Iglesia Única de los Pobres. Por fin inauguramos el nuevo templo, dejamos atrás la modesta casa en la que fundamos la hermandad, y estas paredes que me rodean, blancas, altas, purísimas, sobrias, sin adornos de falsas idolatrías, albergarán a partir de este momento los corazones puros que alimentan nuestra causa.

Únicamente el retrato de Dionisio colgado al fondo del templo rompe con su inmaculada simetría. Se lo encargué a un pintorcillo sin mucho talento. Lo ejecutó al óleo a partir de mis indicaciones, por lo que el resultado dista mucho del original, cosa que no tiene mayor importancia. Tampoco los milagros de Dionisio que proclamo desde el altar se acercan a la verdad, pero los seres terrenales necesitamos del mito para creer, tener fe, transformarnos y transformar el entorno. Tener fe: ¡qué sencillo pero qué complejo!

Cierro tras de mí las puertas del templo. La noche bendice mi corazón con su silencio y su sabiduría. Me despido con un beso en la mejilla de cada uno de los seis vigilantes que voluntariamente custodian la obra de la Mónada Perfecta. Sé que son capaces de entregar su vida si la causa lo requiere. Es una medida que la sordidez del mundo nos ha obligado a tomar. Nos acusan de ser una secta satánica, de oficiar sacrificios humanos; nos culpan de los niños y niñas que desaparecen constantemente tragados por las fauces de las mafias de la prostitución infantil. Me señalan de embaucador, de farsante, de estafador. Me han demandado judicialmente por fraude, por secuestro, por trata de personas. Afortunadamente, el despacho de los Chong se encarga con eficacia de estos asuntos que podrían poner en peligro la obra. Una vez, una horda instigada por fariseos llegó a quemar el antiguo y modesto templo. Pero ahora somos muchos y somos fuertes y somos

invencibles.

Abordo el BMW Gran Coupé, plateado como un río a la luz de la luna, que me aguarda al pie de las escaleras del templo. Un voluntario de la Iglesia funge como mi chofer y guardaespaldas; se trata de un expolicía al que encarcelaron por ser cómplice de secuestro. Una vez liberado después de diez años de prisión, se acercó al templo en busca de perdón y consuelo. Esta medida también se justifica, no es producto de la soberbia que hace mucho expulsé de mi corazón. Hace unos meses el padre de una adolescente de quince años que asiste a la Mónada de los Milagros con entrega y devoción genuinas, me atacó machete en mano acusándome de haber lavado el cerebro de su hija. Por fortuna no sufrí ningún daño. Un grupo de seguidores actuó rápidamente y lo redujo.

Le pido al chofer que antes de conducirme a la que fue la casa de mis padres, me lleve al Bosque de la Ciudad. Ahí empezó todo y me parece justo y necesario que en este día tan especial regrese a los orígenes. No queda lejos del templo. En menos de veinte minutos estamos frente al cerco derruido que lo encierra. En el trayecto, el chofer ha puesto el CD que la Iglesia Única de los Pobres tiene a la venta con mis homilías fundacionales. Escucharme me llena de una inmensa paz y, lo más importante, de certezas.

No había vuelto desde aquella vez en que me fui a la Central de Autobuses tras los pasos de Brisa, Sara, Toño y Saúl, de quienes no he tenido ninguna noticia. Tampoco del Tachuelas. Parece que se esfumaron en el aire. Escoltado por el chofer, de cuyo cinturón cuelga una escuadra automática, recorro los senderos de lo que por un tiempo fue mi hogar. La decadencia ha regresado. Mendigos harapientos fumando cristal, asaltando a los transeúntes descuidados o prostituyéndose a cambio de unos pesos; sombras que se escurren arrastrando su miseria, su dolor, su exclusión, en cuanto detectan el arma de mi guardaespaldas. Llego al árbol caído. Misteriosamente, permanece intacto y solitario, rodeado por un halo que lo aísla de la podredumbre de alrededor, como si los habitantes del parque supieran que sobre su tronco Dionisio nos salvó de nosotros mismos. Me pongo de rodillas y dialogo en silencio con la Mónada Perfecta.

De regreso al auto me digo que mañana mismo enviaré a algunos de nuestros misioneros a rescatar a esas pobres almas perdidas en la oscuridad de nuestros tiempos. También mandaré construir un cerco sobrio pero elegante alrededor del tronco caído para celebrar en ese lugar cada aniversario de la construcción del

nuevo templo. Haré que lo pinten de blanco: *Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos*. Apocalipsis 20:11. Toda Iglesia necesita de su Meca. Al llegar al auto, anoto estas ideas en el cuaderno que siempre me acompaña, en el cual acostumbro a escribir mis revelaciones. Luego le ordeno al chofer que me lleve a la que fue la casa de mis padres.

Acerca del autor

Imanol Caneyada es un narrador y periodista de origen vasco pero sonorense por decisión. Nacido en San Sebastián en 1968, radica desde hace 28 años en México, país del que ha adoptado la nacionalidad y en el que ha desarrollado su trabajo periodístico y literario.

Ha publicado los libros de cuentos *La nariz roja de Stalin* (ganador del Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández 2011), *La ciudad antes del alba* (ganador del Premio Regional de Cuento Ciudad La Paz 2009), *Los confines de la arena e Historias de la gaya ciencia ficción*; y las novelas *Un camello en el ojo de la aguja*, *Tardarás un rato en morir*, *Espectáculo para avestruces*, *Las paredes desnudas* y *Hotel de arraigo*, acreedora al Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares en 2015.

© 2017, Imanol Caneyada

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Fotografía de portada: © Adrian Britton/Arcangel Images
Fotografía del autor: © Eduardo Penagos. @epenagosv

Reservados todos los derechos de esta edición

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en colección Andanzas: junio de 2017
ISBN: 978-607-07-4098-5

Primera edición en formato epub: junio de 2017
ISBN: 978-607-07-4121-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV